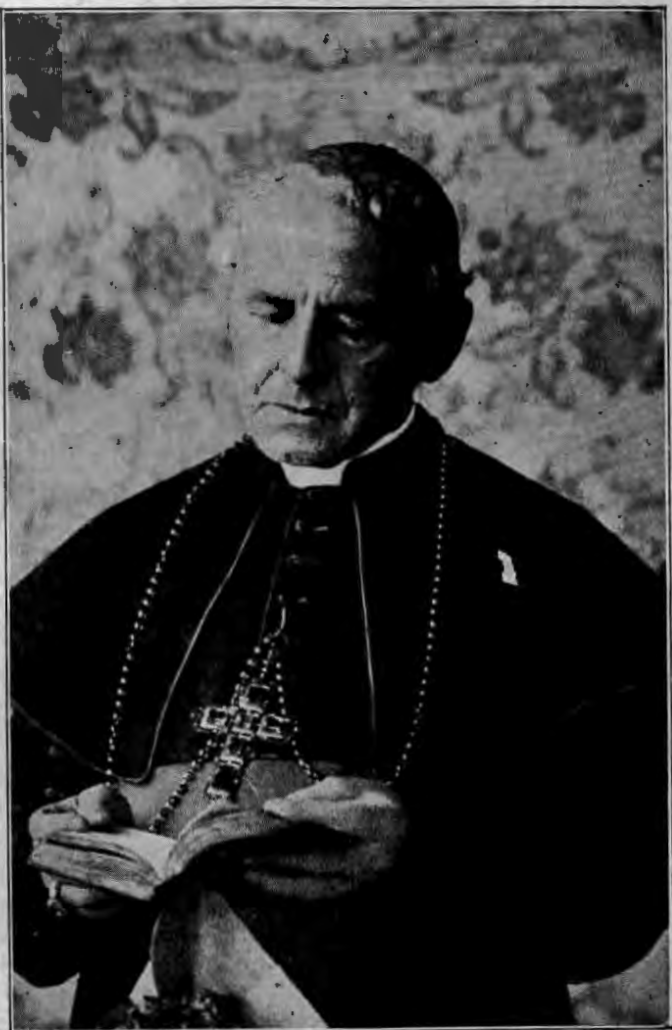




Ilmo. Sr. D. Santiago Costamagna
Obispo titular de Colonia
y Vicario apostólico de Méndez y Gualaquiza (Ecuador)

CONFERENCIAS

DEDICADAS A LAS

**Religiosas de Vida Activa en General
 y á las Hijas de Don Bosco
 en particular**

POR EL

Ilmo. Sr. Don Santiago Costamagna
Obispo titular de Colonia
y Vicario apostólico de Méndez y Gualaquiza (Ecuador)

EDICIÓN 3.^a CORREGIDA Y AUMENTADA POR SU AUTOR



SARRIÀ—BARCELONA
 ESCUELA TIPOGRÁFICA Y LIBRERÍA SALESIANA

1910

DOS PALABRAS DEL EDITOR

Aunque dirigidas por el ilustrísimo autor especialmente á las Hijas de María Auxiliadora, son también útiles estas conferencias, no sólo á las demás religiosas de vida activa sino á los fieles en general por muchas de las materias que contienen y por el modo de exponerlas.

Trata el Ilmo. Sr. Costamagna con mucha claridad y piadosa unción los puntos principales de la vida de perfección y las enseñanzas contenidas en dichas Conferencias están todas impregnadas de aquel espíritu práctico, que necesitan las personas del sexo débil en sus relaciones sociales, si en todo quieren conducirse como hijas de Jesucristo; y la prueba nos la dan los títulos de algunas materias: *Buena educación—Trabajo y estudio—La Recreación—Amor propio—Amor sensible—Prudencia—Buen ejemplo—Tristeza y Alegría, etc.*

Conforme siempre el Ilustrísimo Autor con los principios pedagógicos de don Bosco; conocedor experimentado del corazón humano, para saber apreciar la instrucción y educación que debe darse á las niñas, materias en que tanto yerro voluntario comete la Pedagogía moderna, que prescinde de Dios para con la sociedad; el escritor ha comenzado desde un punto más elevado, según el axioma filosófico: *qui est causa causæ est causa causati*; pues nadie duda que la cabeza tiene influencia en los demás miembros del cuerpo, y, por lo mismo, según las enseñanzas que hayan modela-

do el alma y el corazón de la niña del colegio, será la mujer en su triple aspecto cuando ejerza sus funciones en medio de la sociedad. El libro del Prelado Salesiano instruye, educa, convence y siembra en las niñas, semillas de bien, que más tarde, quizá en día no lejano, producirán frutos de bendición.

Porque bien puede afirmarse que la educación de la mujer es aún más necesaria que la del hombre, ya que no se pueden imaginar reyes como San Luis sin madres como Doña Blanca, ni Crisóstomos sin Antusas, ni Gregorios sin Nonas, ni Agustines sin Mónicas; ni se amansan los Longobardos sin Teodolindas, ni reciben el bautismo fieros Sicambros sin Clotildes, ni se salvan ciudades como París sin Genovevas.

Todo lo dicho basta para medir cuánta sea la utilidad que se obtiene con la lectura de estas Conferencias, y cuán grande sea el mérito, que la difusión de la obrita tendrá delante de Dios y de los hombres, que trabajan por las mejoras sociales. ¡Cuántos bienes sacarían las buenas maestras para sí mismas y para las alumnas que dirigen, si tuvieran delante este librito.

Decíamos el Autor, que hasta de los rincones del Chubut le llegaban peticiones de que escribiera algo encaminado al provecho espiritual de las religiosas y sus educandas; y el presente trabajo es el resultado de las súplicas de muchas personas piadosas.

Dirigiéndonos más especialmente á las Hijas de María Auxiliadora, parécenos oportuno aplicarles estas palabras del Autor de la Imitación: «Leed estas Conferencias con el mismo espíritu con que fueron escritas; es decir, con espíritu de caridad de padre y con no pequeño trabajo; corresponded á estos dos motivos grandes, leyendo, volviendo á leer y meditando sus palabras, para que no ocurra

la anomalía de que seáis vosotras las menos aprovechadas ó las últimas; tened presente que vuestra Madre María conservaba dentro de sí misma, todas las cosas de Jesús, meditándolas en el corazón (*Luc. II, 19*); hacedlo vosotras del mismo modo, dando á Dios gracias por el bien grande que os proporciona; exclamad con Bossuet: «He aquí mi patrimonio;» y estimad el don que Monseñor os hace de la manera que lo harían las Hijas de la Visitación, si San Francisco de Sales les regalara su Pilotea.

Y para que saquéis fruto de estos avisos de vuestro Padre Superior como le llamasteis en un tiempo, tened presentes aquellas palabras de la Imitación: «En el día del Juicio no se os preguntará qué habéis leído, sino qué habéis hecho,» y que ahora la intención del Autor, no es otra sino la del Apóstol Santiago en su *Canónica* (I, 22) cuando para la palabra de Dios no quería *auditores tantum sed factores verbi*, que, á saber, la escuchasen y la pusieran en práctica.

A LAS
HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

México, mayo 24 de 1909

Mis buenas Hermanas:

Os presento reunidas en un solo libro aquellas breves Conferencias que el año del Señor de 1894, como si presintiese mi próxima y dolorosa partida de la cara inspectoria argentina, os mandaba en forma de cartas.

Os las presento en compañía de otras, que fui obligado á escribir por las repelidas instancias de vuestras Hermanas de Italia, de España, del Uruguay, del Brasil, del Perú, de Méjico, del Salvador, de Chile y de la Tierra del Fuego.

¡Dios quiera que sean de gran ventaja espiritual para vosotras y para todas vuestras Hermanas presentes y futuras, á quienes especialmente las dedico! Así lo espero.

Vosotras sois las afortunadas hijas de María Santísima Auxiliadora, Madre del amor hermoso. En cada casa ó colegio vuestro le debéis erigir un monumento de amor santo, puesto que las hijas deben asemejarse á la propia madre. ¡Quiera Dios que estas conferencias contribuyan cual pequeño grano de oro celestial, para levantar este precioso monumento!

Vosotras sois aún siempre las amadas hijas del inmortal D. Bosco, de aquel que fué por antonomasia

el apóstol de la juventud en el siglo pasado. Quiero esperar que estas conferencias, bendecidas por Dios, acertarán á excitar en vosotras el mismo celo, que devoraba el corazón de nuestro Venerable Padre por la salvación de los pobres niños del pueblo.

No dudo que vuestra piedad me querrá compensar esta pequeña fatiga, rogando y haciendo rogar por mi alma ahora y después de mi muerte.—¡Así sea!

De todo corazón os bendice en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, aquel que por el espacio de diez y siete años habéis llamado con el nombre de

vuestro padre Superior

† Santiago

OBISPO TIT. DE COLONIA

PARTE PRIMERA

Lo que debe practicar y lo que debe evitar la Religiosa

CONFERENCIA I

LA PERFECCIÓN RELIGIOSA
POR MEDIO DE MARÍA SANTÍSIMA

Sed, pues, perfectos, así como
vuestro padre celestial es perfecto. (M. V, 48).

I.—Juana, hija de Altonso V rey de Portugal, princesa tan distinguida por su virtud, como notable por su hermosura y brillante educación, era pretendida por los príncipes más ilustres de la tierra. Como su padre la estrechara á enlazarse con algunos de tantos pretendientes, ella humilde, pero francamente, así le contestó: «Recorriendo hoy los nombres de los ilustres príncipes, que solicitan mi mano, he preguntado en espíritu á cada uno de ellos si nunca, nunca afligirían mi corazón. Y he aquí la respuesta que cada uno me dió: —«Todo el tiempo de mi vida haré lo que de mí dependa para no contristarte; pero mi muerte arrancará lágrimas amargas á tus ojos, y hará que tu corazón sufra cruelmente».

Al oír esta pregunta se me presentó un Esposo encantador, que me dijo: «¡Noble virgen, sé muy prudente en tu elección! Yo también te ofrezco mi mano; de ella dependen todos los reinos; ella es la que distribuye las coronas á los príncipes de la tierra. Sólo conmigo podrás hacer un desposorio eterno, que jamás la muerte podrá deshacer; porque mis tesoros y goces son eternos como Yo!» Ahora bien, padre mío, ¿á cuál de estos esposos debe elegir vuestra hija? ¡Sin duda vos queréis que sea eternamente feliz!...

Alfonso, derramando un mar de lágrimas, le contestó: «¡Oh Juana, oh hija mía, objeto el más querido de mi corazón, elige sin más ni más á este último pretendiente; toma por Esposo á ese Rey, que no muere, sino que vive eternamente, y te reserva tesoros y goces eternos!»

Juana siguió el consejo de su buen padre; abandonó el mundo y llegó á ser feliz esposa del Esposo eterno. (*Ex scala cæli* P. REIRE).

II.—La dicha inefable, que cupo en suerte á esta santa princesa, tocó también á vosotras, mis buenas hermanas. El mismo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores (*1. Tim. vi, 15*), paseando su mirada sobre toda la redondez de la tierra, ha elegido á cada una de vosotras de entre diez y seis mil niñas, según cálculos aproximativos hechos por personas competentes; y se ha dignado desposarse con vosotras mediante la fe (*Os. ii, 20*); os ha puesto un anillo en el dedo (*Luc. xv, 22*); os ha conducido á una tierra que mana leche y

miel (*Jerem. ii, 5*); es decir á la Casa religiosa que es su misma Casa, y ciudad de vuestra fortaleza, en cuyo derredor vuestro Esposo, el Salvador, se ha puesto por muro y baluarte, por defensa y parapeto (*Isai. xxvi, 1*); y la quiso ornar y enriquecer con una viña escogida, que El plantó de su propia mano (*Jerem. ii, 21*); de sarmientos selectos para dar frutos: estos sarmientos son vuestros santos Fundadores; y la cercó de vallado (*Matt. xxi, 33*), la santa Regla y la vigilancia paterna y asidua de los Superiores - ; y la despedregó (*Isai. v, 2*), á saber, le quitó los tropiezos é incentivos al mal, que á cada paso halláanse en el mundo; é hizo en ella un lagar (*Isai. ibid.*) que es el santo Sagrario, de donde brota á raudales el Vino del Amor Santo; y edificó una torre (*Matt. xxi, 33*), la protección especial de María Santísima, Superiora nata que es de todas las Casas religiosas.

Razón sobrada tenéis, mis buenas religiosas, de exclamation á menudo con el Real Salmista. «¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los poderíos! Mi alma codicia y desfallece por los atrios del Señor. Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo; pues el pájaro halló casa para sí, y la tórtola encontró su nido. ¡Bienaventurados, Señor, son los que moran en tu Casa por los siglos de los siglos te alabarán! Mejor es un día en tu Casa que millares fuera de ella. Escogí estar abatida, ó como se lee en Hebreo: *servir de portera* en la Casa de Dios, más bien que morar mil años en las tiendas de los pecadores».

III.—Subirá de punto vuestro regocijo al meditar cómo Dios os haya conducido á su santa Casa, no sólo para amarle, servirle y glorificarle, sino también para hacerlo amar, servir y glorificar de un sinnúmero de almas, que sin la religiosa educación que les estáis impartiendo, caerían sin duda en los eternos braseros, á maldecir eternamente de todos, hasta del mismo Dios, y de su divina Madre María Santísima... ¿Lo habéis pensado bien, oh religiosas de la vida mixta, que sois nada menos que las ayudantes y las cooperadoras de Dios *in salutem animarum*? ¿No oís la voz del Señor que, cada vez que entra una alumna á vuestros Colegios, os repite al oído del corazón: «Recibe á esta niña y educa para mi solo, pues yo te daré tu premio condigno á su tiempo?» (*Exod. II, 9*).

Las Congregaciones, que se dedican á la gran obra de la educación religiosa, más numerosas en esos tiempos tan necesitados que las órdenes contemplativas, son ciertamente un señalado beneficio de la Divina Providencia para la salvación del mundo.

Es la educación religiosa la que forma al hombre, y por ende á las familias y á las naciones; es ella que decide de la suerte de los individuos tanto en el tiempo, como en la eternidad; ella es quien guía por el recto sendero de la virtud, así las familias como los Estados; ella quien proporciona al Santuario dignos Ministros; á los Gobiernos legisladores y magistrados íntegros; á los hogares padres y madres dechados de virtudes, hijos bien

educados; á la religión protectores esforzados; Santos al Cielo.

Habrás, quizás; obras de celo de más lustre que la educación de la infancia y de la juventud, pero ninguna más sólida y fructuosa, ni más digna de Dios y de los hombres, que la educación religiosa.

Dejad, pues, que os lo repita, oh venerandas Esposas de Jesús, oh esforzadas cooperadoras de todo un Dios! Entre las personas felices de este mundo sois vosotras de veras las más dichosas!

IV.—Empero todas las inefables señales de predilección divina, arriba indicadas, exigen de vosotras una muy especial correspondencia de amor, un continuo progreso en la senda de la virtud; en una palabra, os exigen é imponen terminantemente la práctica de la perfección religiosa, que todas prometisteis solemnemente, cuando la emisión de vuestros santos votos.

Hasta á los simples cristianos dice el Señor: Sed santos porque santo soy Yo, el Señor vuestro Dios, que os separé de otros pueblos, para que fueseis míos (*Levit. xx, 22*). Sed, pues, perfectos como vuestro padre celestial es perfecto; (*Matt. v, 48*) es decir, imitad en cuanto os sea posible, la perfección del amor, que vuestro Padre celestial demuestra á cada uno de vosotros y á todas sus criaturas, colmándolas de bienes en cada momento, sin que detengan sus misericordias la ingratitud y dureza con que le corresponden. Haced ahora cargo, mis buenas Herma-

nas, con cuanto más derecho exigirá Dios de vosotras la santidad, ó sea la perfección religiosa habiéndoos tratado cual benjamines, y colmado de sus mas selectos beneficios.—«Yo soy el Señor, os dice, que os he sacado de la tierra de Egipto,—el mundo tan peligroso para ser vuestro solo Dios. (*Levit. ex cap. xxvi*). «Las que vienen á morar en mi Casa, las que pretenden ser esposas de todo un Dios, han de caminar siempre hacia adelante, de virtud en virtud». (*Os. 83*). «Quiero que suban de día en día por la senda de la santidad: *Ascensiones in eis disposui, (ex eod.)* «¡Ay de ti, oh religiosa tibia, que gozas fama de santa, y para mí estás como muerta! *Nomen habes quod vivas, et mortua es. (Ex Apoc. iii, 2)*. ¡Ay de la higuera infructuosa en la cual no hallé sino hojas! Habrá que cortarla y echarla al fuego! (*Matt. xxi, 19*). ¡Ay de las vírgenes necias, que al tomar sus lámparas, no se provieron de aceite; y como el Esposo tardase en venir, se adormecieron todas en el sendero de la perfección, y al fin se quedaron dormidas en el pecado! (*Matt. xxv, 30*). En verdad os digo que tanto á aquéllas como á otras que desgraciadamente las imitaren, yo me veré obligado á darles con la puerta del cielo en la cara, repitiéndoles el terrible: *Nescio vos*. ¡Ah, Esposas mías, corred por el camino de la perfección! La que ya es justa, que se haga más justa, y la que es santa, procure de hacerse cada día más santa, *qui justus est, justificetur adhuc, et sanctus sanctificetur adhuc. (Apoc. 22, 11)*. No bastan las veleidades de las perezosas, pues,

no sirven sino para dar muerte al espíritu: *desideria occidunt pigrum. (Prov. 4, 25)*. Se necesita amor, mucho amor: éste es el que procurará una firmísima voluntad de siempre ir hacia adelante: *Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum. (Os. 118, 32)*».

V.—Y cuando acaba de intimaros vuestro Divino Esposo, os lo repiten, mis Hermanas, N. S. Madre la Iglesia y sus santos Doctores.

«¡Oh celestial Jerusalén!—exclama la Iglesia en su oficio de la Dedicación.—¡Oh beata visión de paz! que toda formada de piedras vivas, te subes hasta los altísimos cielos! Todos tus muros son de piedras preciosas y tus torreones son de puros diamantes: *Lapides pretiosi omnes muri tui et turres Jerusalem gemmis aedificabuntur*. Esas perlas preciosas, esos refulgentes diamantes, son las almas de los celestes comprensores, máxime de los Sacerdotes y de los Religiosos y Religiosas.

Pero, ¿y cómo se han de labrar tales piedras vivas, para que se tornen verdaderamente preciosas y dignas de figurar en la eternal Jerusalén? A fuerza de golpes de cincel en la dura peña de nuestro corazón: *scalpri salubris ictibus*; limpiando y pulimentando el alma mediante esfuerzos continuos, para adquirir la perfección religiosa: *et tunsione plurima*; acrisolando nuestro corazón en el fuego del amor santo, bajo el martillo de la mortificación; *fabri polita malleo*. Sólo así tendremos al fin la dicha de ser verdaderamente lapi-

des pretiosi dignas de ser colocadas en las alturas del Paraíso: *locatus in fastigium*, (*ibid.*).

Hablen ahora los santos Doctores.—El angélico Santo Tomás después de habernos enseñado que por perfección religiosa no se entiende la santidad heroica, á la que subieron las almas más santas del Paraíso—puesto que una santidad semejante, uno no la alcanza sin ser guiado por el mismo Dios en los prodigiosos senderos de una gracia extraordinaria: ni que tampoco consiste en tener visiones, éxtasis y arrobamientos, en lo cual hay peligro de volverse orgulloso y soberbio: ni mucho menos estriba en esa santidad contrahecha, que hace alarde de mortificaciones exteriores y continuos rigores, indicio claro de hipocresía y vanidad;—después de habernos dicho terminantemente este santo Doctor, que la verdadera perfección religiosa se funda en el cumplimiento de todos los deberes de nuestra santa profesión, añade esta importante doctrina:—El que ha entrado al estado religioso, no está obligado á poseer desde luego la perfección: *non tenetur charitatem habere perfectam*, mas está en el deber de trabajar por conseguirla: *sed tenetur ad hoc tendere et operam dare ut perfectam habeat charitatem*. (2.^a quæst. 184-art. 5.º) El único objeto del estado religioso, añade, es la perfección de la caridad: *Perfectio charitatis est finis status religionis*. (*ibid.* art. 2.º). Es así que la caridad consiste en amar de veras á Dios; luego la perfección de la caridad se compendia sustancialmente en la perfección del amor á Dios: *Cha-*

ritatem quod est vinculum perfectionis, (*ad Colos.* 3, 14)—procurando tender á esta perfección seria y costantemente, evitando con todo empeño lo que á esta perfección se opone, y ejercitándonos siempre más en todo lo que á ella conduce.

El melífero Doctor San Bernardo, habla de un modo más explícito á las Religiosas:—«Oyeme, Hermana mía, ¿por qué no quieres progresar en la virtud? ¿Quieres ir para atrás? *Vis ergo deficere?*—¡No, jamás!—Pues, pretendes lo imposible. *Hoc ergo vis, quod non potes*. Ahí mismo, donde dejares de correr para adelante, ahí comenzarás por atrasarte, y, mal que te pese, te alejarás de tu Jesús... ¡Ay! ¡ay! Todos los que de Dios se alejan, inexorablemente perecerán: *Ecce qui se elongant a te, peribunt* (*Os.* 72, 27). «Así como el que quisiese limpiar bien una cloaca, receptáculo que es de tantas hediondeces, no solamente debería procurar de sacar todas las inmundicias, sino lavarla más y más de arriba abajo, interceptando además todos los canales, por donde pasasen las fétidas heces; así, oh religiosa, no basta haber sacado de tu corazón la horrible fetidez de los pecados graves, que hicieron tu alma abominable á los ojos de Dios, sino que debes tratar además de conservarte siempre bien limpia, evitando hasta la sombra de todo pecado venial deliberado, que directamente impide la perfección de la caridad».

A la verdad, ¿con qué frente se podrá presentar una religiosa á su Divino Esposo para decirle: Jesús mío, te amo, soy toda tuya, si contentándose

con no clavarle en el corazón el puñal maldito del pecado mortal, no reparara después en arrojar tango en su Divino Rostro con repetidos pecados veniales deliberados?

Finalmente, el Doctor máximo, San Jerónimo, dirigiéndose á los religiosos, exclama:—¡Ay de los que no produjeron frutos de santidad! *«Vae illis, ecc, qui non produxerunt germina sanctitatis»*.

Y escribiendo á su discípula Eustoquia, religiosa:—Esfuérzate, le dice, combate, reuiega de tí misma; pues, tanto más progresarás en la perfección, cuanta mayor violencia te hicieres á tí misma: *tantum profeceris, quantum tibi vim intuleris. (Ep. ad Eust.)*. Así como los viajeros no reparan en lo que han andada, sino en lo que aun les queda que recorrer, y como los comerciantes no consideran lo que ya han ganado, sino que ansían ganar siempre más y más, del mismo modo no debemos contentarnos nunca con lo que hayamos andado y ganado en el camino de la virtud, sino que hemos de aspirar siempre á dones mayores *emulamini charismata meliora. (I Corint. 13, 31)*.

VI. No se puede negar que eso de ir adelante, siempre adelante, en el camino de la verdadera perfección religiosa, es cosa no sólo árdua, sino del todo imposible á nuestra naturaleza ignorante, flaca, voluble, mísera y tan proclive al desaliento. ¡Oh con cuánta facilidad una llega á creerse virtuosa, tan sólo porque tiene estima de la virtud, ó bien suele inculcarla á menudo á los otros!

Con eso y todo, el *omnia possum in Eo qui me confortat, (ad Philip. 4, 13)*, no fué tan sólo propiedad de San Pablo, sino que lo fué y es de cuantos á imitación de este Apóstol, ponen por obra los abundantes y eficacísimos factores de santificación que Nuestro Señor Jesucristo nos ha dejado.

Pasando por alto sobre todos los demás, mentaré aquí uno solo de estos máximos factores, *y es la verdadera devoción á María Santísima*. Dios mismo nos ha grabado la letra inicial mayúscula M en ambas manos, casi diciéndonos: Lee y medita; «María es tu madre, María es tu Maestra y gran «Maestra de santidad. Yo la he constituido sobre «las naciones y los reinos todos, para que desarraigue y destruya, arrase y disipe cuanto hay de «maldad, para en seguida plantar y edificar toda «suerte de virtudes. (*Jer. 1, 10*). Yo he dicho á mi «dulcísima Madre, que habite en modo especial en «Jacob, es decir, en toda Casa Religiosa; y sea «Israel su herencia, y eche raíces en mis elegidos, (*Eccl. 24, 13*), las raíces de la inmortalidad, ó sea mis dones, que hacen fructificar las «virtudes y comunican la santidad».

¿Habéis entendido, Hermanas? María Santísima ha recibido del mismo Dios *la misión especial de formar santos*; de llevarlos á la perfección para que completen el número de elegidos, que han de ir á ocupar los tronos de donde fueron arrojados los espíritus revolucionarios.

María ha sido y será siempre la cultivadora de la herencia escogida de Dios, es decir, la maestra

de los santos. Cree la gente mundana que la semilla de éstos ya se perdió. Y no sabe ó no quiere saber, que aún no se ha encogido la mano del Señor; *Non est abbreviata manus Domini. (Isai. 59, 1)*. Y que centenares de causas de canonización de almas santas que vivieron en el siglo próximo pasado, se están ventilando actualmente ante la Santa Sede, entre las que santamente nos gloriamos de enumerar la de nuestro Venerable Fundador y Padre Don Juan Bosco, la de su discípulo Domingo Savio, la de su confesor el Venerable Cafasso, y la de su amigo el Venerable Cottolengo.

Ahora bien: la vida de estos santos nos asegura que han sido tales porque María los ha formado, así como formó la pléyade de todos los otros santos del Nuevo Testamento. ¿Por qué, pues, no acudiremos también nosotros á esa divina maestra de perfección y de santidad? ¡Oh! *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, (Hebr. 4, 16)*, y entreguémosle sin más nuestro corazón, tan pobre, tan mal inclinado, á fin de que con sus purísimas manos lo exprima, sacándole toda maldad y reemplazando á ésta con otro tanto de bondad y santidad.

No bien María haya tomado posesión de nuestro corazón, le comunicará su espíritu de humildad tan necesario para adquirir la santidad. Y ¿qué sucederá entonces? Si la superficie de la tierra estuviese más baja que el nivel del mar quedaría inmediatamente inundada por sus aguas. Lo propio dígame de un corazón dotado de humildad; al

instante lo inundan los dones del Espíritu Santo que María Santísima, *Mater divinae gratiae*, le obtiene; y de consuno entrará el don de la verdadera compunción, el desprendimiento del mundo, el recogimiento interior, el indispensable espíritu de oración y la rectitud de intención, sin la cual todas nuestras obras, buenas sólo exteriormente, serán echadas en un saco perforado, *in socculum pertusum. (Agg. 1, 6)*. Y para que la llama que sale de nuestro corazón, no venga á ser fuego de pajas que en un momento después de encendido, ya se apaga, nuestra óptima Maestra de santidad, María Santísima, nos alcanzará, si nos dejamos guiar por Ella, un deseo de la perfección siempre más ardiente, grande, generoso, eficaz y perseverante hasta el último instante de nuestra vida.

¡Oh qué misión tan admirable es ésta de María Santísima la de formar y perfeccionar en la santidad á las afortunadas Esposas de su Divino Hijo!

¿Cuál de vosotras se atreverá á descuidar este medio tan seguro de santificación? ¡Oh María, María! Vos sola sois después de Dios, todo el motivo de nuestra esperanza: *Tota ratio spei meae, Maria. (San Bernardo)*. ¡En Vos, oh Madre y Maestra mía, Dios ha acumulado todos los dones, todas las gracias, todos los privilegios, todas las virtudes y grandezas, que ha distribuido entre todas las demás criaturas visibles é invisibles! ¿Cómo dudar un instante de que Vos sepáis guiarnos al Paraíso por el camino de la santidad? Vuestro amor para con nosotros, oh María, es tan grande, que no ha habido, ni puede haber otro que lo

iguale. Así es. Todo el amor que tienen todas las madres á sus hijos, todas las esposas á sus esposos, todos los Angeles y Santos á sus devotos, no puede parangonarse al amor que Vos tenéis á una sola alma. Y ¿desconfiaremos de Vos? Y ¿no nos lanzaremos á ojos cerrados entre vuestros brazos, oh Madre ternísima, seguros de que nos llevaréis derecho al Cielo? Nuestra devoción hacia Vos, oh María, es el pasaporte de nuestra salvación. (*S. Efrén*). *In te, Domina, speravi; non confundar in aeternum.*

Os lo repetiré una vez más, oh buenas Religiosas, oh felices cooperadoras del Divino Redentor en su divino apostolado. —Si no queréis jamás desfallecer en el camino de la perfección, si queréis ser santas, acudid á la que ha recibido de la Santísima Trinidad la misión de hacer santos. ¡María es la gran Maestra de santidad!

Mas, no creáis que esta Maestra os enseñe, por ejemplo, á detener el sol como Josué, ni á sanar enfermos, ó á resucitar muertos como los Apóstoles, ni á hacer otros estrepitosos prodigios. No. La santidad que os enseña María consiste en practicar exactamente cada punto de vuestra santa Regla, lo cual, en sentir de Benedicto XIV, es suficiente para tener derecho á ser canonizados. La santidad, que os enseña María se compendia en aquellas dos palabras que con respecto á Jesús pronunciaron, y con razón, las turbas de la Palestina: *Bene omnia fecit*, (*Marc. 7, 37*), todo lo ha hecho bien, con religiosa perfección: *bien la santa Comunión*, sin dejarla por lo que de

vosotras depende en ningún día de vuestra vida excepto el Viernes Santo; y creciendo cada día más en humildad y fervor; *bien la meditación*, en la que os quedéis modestas cual violetas, y encendidas como una mística rosa, meditando y contemplando las verdades eternas, la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, etc...; *bien el Santo Rosario* y las demás oraciones de comunidad, sin que nunca os turbe la mente niuguna distracción ni aún sólo semivoluntaria; *bien la santa Obediencia*, imitando á Jesús vuestro Esposo y modelo perfecto de obedientes, y á vuestro Ángel custodio, que mantiene continuamente sus alas desplegadas, para ir á cumplir la voluntad de Dios; *bien las tareas agrídulces de la enseñanza y de la vigilancia* concienzuda sobre vuestras alumnas, de la asistencia á los enfermos, y de las demás obras tanto espirituales como materiales, que los Superiores, ó la santa Regla os imponen: *bien* hasta las comidas, los recreos, los inocentes solaces que os conceden de vez en cuando vuestras Superioras; hasta las peligrosas visitas *indispensables* á los bienhechores, etc., etc., en términos que si alguien os preguntase:—¿Qué harías, si ahora mismo te llegase el aviso de la muerte?—podáis sin vacilar responder como San Luis y el Beato Gabriel de la Dolorosa:—Continuaría haciendo la obra que tengo entre manos.

He ahí en compendio la verdadera santidad, que os enseñará Aquella que sabe formar santos como por encanto, con tal de que uno se decida á tomarla por Maestra y en Ella ponga toda su confianza.

Sí, Hermanas mías, Ella os enseñará el modo fácil de cumplir todas vuestras obligaciones de Esposas de todo un Dios, os enseñará á hacerlo todo con pureza de intención, es decir, por Dios solamente, y no por las criaturas, porque en el interior está la principal gloria ó lucimiento de la Hija del Rey: *Omnis gloria ejus filiae Regis, ab intus. (Psal. 44, 13)*; apoyadas en su brazo, daréis pasos agigantados en la perfección religiosa, y seréis un día ciertamente salvas, porque está escrito: Bienaventurado el siervo, á quien, cuando venga el Señor, lo hallare cumpliendo su obligación: *Beatus ille servus, quem, cum venerit Dominus, invenerit sic facientem. (Matt. 25, 46)*.

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA II

OBEDIENCIA RELIGIOSA

*Vir obediens loquetur victorium.
El obediente oantará la victoria.
(Prov. XXI, 28).*

¿Y no será tal vez pretender llevar agua al mar el querer inculcar la santa obediencia á Religiosas, á quienes se debe con todo derecho aplicar las palabras del Espíritu Santo: *Et natio illorum obedientia et dilectio (Ecc. 3, 1)*, y su estirpe es obediencia y caridad, virtudes que forman el esencial carácter de aquéllas?

Y sin embargo parece del todo necesario, porque ciertas lenguas, no muy delicadas, han llegado á decir:—Yo he hecho voto de obediencia, es cierto, pero, mi libertad es un bien harto grande para que yo deba sacrificarla.....—¡Oh! ¡Luego tu voto no vale nada! ¡Luego tú no eres religiosa!—¿Un bien harto grande la libertad? ¿Y no era un grandísimo bien para los mártires su misma vida? Sin embargo la sacrificaron con gusto en homenaje á su Dios. ¿Y por qué, pues, no sacrificarás, por qué no sepultarás, si no tu vida, al menos esa tu libertad, por medio de la santa obediencia, la cual es llamada precisamente *sepulchrum propriae voluntatis*, el sepulcro de la propia voluntad?...

I.—Necesidad de la obediencia religiosa.

«Pensadlo bien, decía Santa Teresa á sus hermanas. No ser obedientes quiere decir no ser religiosas, porque desobedeciendo se rompe del todo el vínculo de religión».

Más aún, sin la santa obediencia pronunciamos una fea mentira cada vez que al rezar decimos al Señor:—Dios mío, os amo con todo el corazón. Sin obediencia no somos ni siquiera buenos cristianos. Sólo el verdadero obediente dice en este caso la verdad, y es verdadero cristiano y verdadero religioso, porque no tiene voluntad propia, sino que reina en él la voluntad de Dios.

La casa religiosa, donde no reina la obediencia, está próxima á su destrucción; el demonio la domina y canta victoria. *Tota religio perimitur, si a materia subditi obedientia subtrahatur.* (Papa Juan 23). ¿Cómo puede esperar de obtener la victoria un ejército, donde no se conozca la obediencia á los propios jefes?

La obediencia religiosa es cabalmente como una orden militar, en la que hay que obedecer sin réplica y sin ambages. El militar no discute nunca; mas algunas religiosas á veces lo hacen, y demasiado. El militar es capaz de arrojarle á la boca del cañón para obedecer á su jefe; mas algunas religiosas... ¡Ay con sus terribles reticencias la-ceran el alma!..

El voto de obediencia es el más necesario al bien de la Comunidad. (Santa Teresa).

Examinémonos, pues, y si reconocemos que

todavía está demasiado viva en nosotros la propia voluntad, digamos no más con las lágrimas en los ojos: ¡Ay de mí que todavía no soy una verdadera religiosa! jantes bien no soy ni tampoco una verdadera cristiana!

Es cierto que no toda desobediencia ligera quebranta el voto; sin embargo es certísimo que nadie llegará jamás á cometer graves desobediencias y á transgredir el santo voto sin haber descuidado antes las pequeñas obediencias. — *Qui spernit modica paulatim decidet.* (Eccli. 9, 1). El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco tocará á su ruina. Se empieza con la transgresión de ciertas cosillas establecidas en el Reglamento, ó recomendadas por los Superiores, y después se rueda paulatinamente para abajo hasta exigir de los superiores, que obedezcan ellos en vez de mandar, y se llega hasta á decir: «quiero que me cambien de oficio, quiero que me cambien de casa, de otra suerte... — ¡Ay de mí que á veces son escuchadas! De un oficio pasan á otro, de una casa á otra, pero acabarán por pasar de la casa religiosa al desgraciado mundo, y, Dios no quiera que del atrio del Paraíso á los antros del infierno! Tan cierto es esto que no sin razón fué escrita la sentencia: *grande malum, propria voluntas*. Sí, es siempre el gran mal la propia voluntad.

Y dado aún que no se caiga tan abajo, es cosa cierta que las que viven de desobediencias, viven siempre desconsoladas, porque se han hecho esclavas en todo y por todo del mayor de los tiranos, que es la voluntad propia; y cuanto más éstas se

agitan para salirse con las suyas, tanto más inquieta y amargada queda la conciencia. Demasiado dueñas y siempre amigas del propio parecer, ellas no prestan otra obediencia *voluntaria á los propios Superiores* sino en cuanto éstos les manden cosas agradables. Entonces ellas son todo fervor, y ya les parece que tocan el cielo con las manos; pero á la más mínima contrariedad que les acontezca, be aquí que se apaga á un tiempo el fuego de pajas, y no queda otra cosa sino negro humo de murmuraciones, de insolencias, etc., que harto hace quemar los ojos á los padres superiores: ¡grande malum! ¡grande malum!

Excelencia de la virtud y del voto de obediencia.

Virtud de obediencia es la que vuelve y dispone al hombre á cumplir prontamente con el mandato ó la voluntad del superior. (*Sto. Tomás*).

Por la virtud de la obediencia los sujetos están obligados á cumplir con las disposiciones de las Constituciones y las órdenes de los superiores. (*Normas, 134*).

Excelencia.—Voto de obediencia es aquel por el cual una religiosa se obliga para con Dios á obedecer á sus legítimos superiores en todo lo que le manden *secundum regulam*.

Por el voto de obediencia el sujeto contrae la obligación de obedecer al mandato del superior legítimo en las cosas que se refieren directa ó indirectamente á la vida del Instituto, es decir: á

la observancia de los votos y constituciones. (*Normas, 132*) (1).

Es tan bella, importante y esencial la obediencia, que los antiguos monjes no hacían sino este voto. Los religiosos mismos llaman con el nombre de *obediencia* la orden del Superior que autoriza ú ordena ir de un lugar á otro; y dicen *casa de obediencia* aquella en que uno de ellos hace su ordinaria permanencia.

1.º, La santa obediencia es un verdadero *holocausto*. ¡Bendito sea el momento, mis buenas Hermanas, en que os habéis ligado á Dios con el voto de obediencia! Es éste sin duda el más excelente y el más noble de los tres votos, porque con la obediencia no sólo se ofrecen á Dios los bienes terrenos como en el voto de pobreza, ó nuestro mismo cuerpo con el de la castidad, sino que se le

(1) No sería exacto decir que las Constituciones de un Instituto deben ser observadas en virtud del voto, *vi voto*, de tal manera que el sujeto peque contra el voto de obediencia todas las veces que infrinja un punto cualquiera de las constituciones. (N.º 133).

El sujeto no está obligado á obedecer en *virtud del voto*, sino cuando el superior legítimo le manda expresamente en virtud de Santa Obediencia, ó bajo un precepto formal, ó con palabras equivalentes, según las Constituciones del Instituto.

Es conveniente que en este caso la obediencia formal sea dada por escrito, ó bien en presencia de dos testigos (135).

Dije según la regla canónicamente establecida. Si por ejemplo el Instituto tuviese por único objeto la educación, no puede la Superiora confiar á sus súbditas el cuidado de los hospitales. Si tuviesen clausura ó media clausura, no podrá la Superiora enviarlas á cuidar enfermos, ó á distribuir socorros á domicilio. No forman materia del voto las cosas ilícitas, ni los imposibles, ni las gravemente perjudiciales.

ofrece el mismo corazón, el alma toda entera, la propia voluntad, el *propio yo*, de manera que con toda verdad se puede repetir con San Pablo. *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus*. No soy yo quien vivo, sino que Jesucristo vive en mí. (*ad Galat. 2, 20*).

Melior est obedientia quam stultorum victimae. (*Eccles. 4, 17*). Mucho mejor es la obediencia que el sacrificio de los insensatos; sí, porque con las víctimas se sacrifica la carne ajena, mas con la obediencia se mata á la propia voluntad: *quia per victimas aliena caro, per obedientiam voluntas propria mactatur.* (*San Gregorio Magno*). Por el voto de obediencia sacrificamos á Dios nuestra libre voluntad, que es el don más bello que Él nos ha hecho.

Este voto, sin empargo, no disminuye nuestra libertad, dice Santo Tomás, al contrario, la perfecciona, porque la verdadera libertad consiste en la facultad de poder hacer el bien. Es así que la propiedad del voto es precisamente la de confirmar la voluntad en el bien, luego hemos de bendecir mil veces estas dulces cadenas del voto, que nos dan la verdadera libertad, al paso que la triste libertad de hacer el mal es una verdadera esclavitud. *Omnis qui facit peccatum, servus est peccati.* (*Joan. 8, 34*); todo aquél que comete pecado, es esclavo del pecado.

El voto quita la voluntad de hacer el mal (*Sto. Tomás*). ¡Dichosa necesidad, exclama San Agustín, que nos obliga á hacer lo que es mejor! Yo nunca he sido tan libre como después que me

dejé encadenar por el voto de obediencia: *Funes ceciderunt mihi in praeclaris.* (*Psalm. 15, 6*).

La obediencia es pues un verdadero holocausto de la propia voluntad. En esto consiste su principal nobleza y excelencia.

La desobediencia, especialmente cuando se ha hecho con los ojos abiertos y con toda reflexión (como por ejemplo cuando se resiste con obstinación y testarudamente á los superiores, diciendo de palabra y de hecho: *no quiero, no quiero*), es una especie de idolatría: *quasi scelus idololatriae est nolle acquiescere* dijo Samuel al desobediente Saúl. (*1 Reg. 15, 29*). Porque en vez de adorar la voluntad de Dios en la de nuestro Superior, adoramos la propia voluntad, el propio juicio. Pero la santa obediencia es un acto del culto de Latría, por el cual reconociendo á Dios como dueño y propietario absoluto de nuestro corazón, adoramos su Divina Voluntad expresada en la Santa Regla y en el justificado mando de nuestros superiores.

2.º, La obediencia es *la voz de Dios con respecto á nosotros*. ¿La Superiora habló? Es como si hubiera hablado Dios mismo. Bajo las especies Sacramentales está escondido nuestro buen Dios, y en el mandato de los Superiores está oculto su divino querer relativamente á nosotros.

Lo propio dígame de la Santa Regla, la que, siendo aprobada por el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, es la clara expresión de la Divina Voluntad. De manera que la que obedece, al mismo Dios obedece; mientras que *qui potestati re-*

sistit, Dei ordinationi resistit (Rom. 13, 2), quien desobedece á las potestades, á la voluntad de Dios desobedece. De consiguiente los que tal hacen, ellos mismos se acarrean la condenación.

Si un ángel apareciera trayéndoos una orden del Cielo ¿cómo estaríais de contentas!

Por otra parte una aparición de tal naturaleza podría aún ser un engaño diabólico, mientras que en el mandato expreso de una Superiora vuestra, cuando ella manda *secundum Regulam*, no hay duda que el Señor os habla expresamente. «Consideremos á los Superiores, dice la Madre Brechardt (Salesiana) como otros tantos Tabernáculos dentro los cuales está el Santísimo Sacramento».

En verdad, todo Superior es una especie de sacramento humano, cuyas apariencias permanecen, como las de la Santísima Eucaristía; pequeñas, frágiles y miserables, pero contienen realmente á Dios, es decir, su voluntad, para transmitirla á los súbditos. ¿Por qué en el Santísimo Sacramento, pregunta Mons. Bougoud (*La iglesia, capítulo, 11*), aunque esté Jesús verdadera, real y substancialmente, con todo no nos habla ya físicamente al oído como cuando vivía en esta tierra de vida pasible y mortal? ¡Ah! es porque ahora nos habla por medio del Papa, su Vicario.

La voz del Sumo Pontífice, cuando se trata de dogma ó de moral, viene á ser como complemento de la Santísima Eucaristía.

Algo parecido podríamos decir de la voz de nuestros Superiores, cuando nos mandan *secundum Regulam* en nombre de Dios. *Qui vos audit, me*

audit, les dice el Señor. (*Luc. 10, 16*), el que os escucha á vosotros, me escucha á mí.

«Y aun cuando la orden de un superior, escribe Suárez, no sea en sí misma divina, en cuanto que proviene de la boca de un hombre y no de la de Dios, sin embargo siendo el motivo de la obediencia puramente divino, es decir, la misma voluntad del Señor, se colige que nuestro acto de obediencia es como si hubiésemos recibido el mandato de los mismos labios de Dios».

Dice Dios por boca de Isaías, refiriéndose á la obediente: *Vocaberis voluntas mea in ea* (62, 4); serás llamada *mi voluntad* en ella; á saber: *Mi amada*, porque imitas á tu divino Esposo, que nunca hizo su voluntad, sino tan sólo la del Padre.

¿Por qué es tan bello el arco iris? porque es el espejo del sol. Del mismo modo vuélvese el alma muy hermosa, cuando por la obediencia refleja la voluntad del mismo Dios.

3.º) *Es un martirio*: La verdadera obediencia, además de ser un continuo y purísimo holocausto, que tanto agrada al Altísimo y aplaca su justa cólera, es también un *continuo martirio*; que, como el de la sangre, purifica el alma y soberanamente la embellece, á fin de que se vuelva digna de ir al encuentro del Esposo Divino.

Hasta hubo quien dijo que es mayor martirio perseverar por toda la vida en la santa obediencia, que no morir de un solo golpe de cuchillo. Con el martirio de sangre se sacrifica el cuerpo, mas con el de la obediencia se sacrifica la libertad de la propia voluntad.

4.º) *Parentela con Jesús*: Tres son los nacimientos de Jesús: el 1.º es del Padre: *et ex Patre natum ante omnia saecula*; el 2.º es de *María Virgen* en el tiempo; el 3.º es en el corazón de todo verdadero obediente, que con *María Santísima* repite el *Fiat mihi secundum verbum tuum*.

Por este acto de obediencia uno se vuelve como pariente de aquel Jesús que ha dicho: *Quicumque fecerit voluntatem Patris mei qui in coelis est, ipse meus pater et soror et mater mea est.* (Matth. 12, 50). Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana, y mi madre.

Jesús vino al mundo á darnos ejemplo de vida santa. Si todo cristiano está obligado á seguir sus huellas, cuánto más deberá la esposa imitar á este Divino Esposo, que hacía consistir su manjar en hacer la santa Obediencia; á aquel que prefirió perder la vida á perder la obediencia, á aquel que no sólo fué obediente hasta la muerte de cruz, sino que en el Santísimo Sacramento quiso ser obediente *usque ad consummationem saeculi*. ¡Ah! ¡comparamos los descuidos, insultos, desprecios, oprobios y demás humillaciones, que la santa Obediencia ha procurado y sigue acarreado á Jesús, con lo que nuestra obediencia nos hace sufrir, y ya no habrá quien se queje de ninguna obediencia!

III 1.º *Utilidad*: El Abad Juan desde joven fué puesto bajo la obediencia de un santo anciano religioso. Este para probar la virtud de aquél plantó su bastón en la tierra y le ordenó que

todos los días lo regase con agua. Lo hizo así ese óptimo novicio por tres largos años, y eso que la fuente estaba tan lejos que se ponía en viaje desde la tarde y no volvía sino á la mañana, caminando toda la noche. Pero en un hermoso día ese bastón reverdeció y produjo bellísimos frutos, los que distribuyó aquel anciano entre los monjes, diciéndoles: *Accipite et manducate fructus obedientiae*.

Ahora bien ¿quién podrá saber los dulcísimos frutos que esta virtud produce de toda religiosa, que sepa obedecer con perfección?

Si la desobediencia es el *grande malum*, la obediencia por el contrario será el *grande bonum*.

1.º *Utilidad para la Congregación*.—«Cuando no se obedece, dice San Alfonso, ¿para qué quedarnos en la Congregación? La pupila de la Congregación es la obediencia; ella es quien nos ha hecho religiosos. Si se pierde la obediencia la Congregación pronto será derrotada, acabada, ya no será casa de Dios.

Al contrario, la santa Obediencia viene á ser el nervio de la Congregación. La vuelve invencible.—Mirad á los Padres Jesuitas, atacados siempre por todas las potencias del Infierno, pero siempre victoriosos. ¿Por qué? Porque cumplen siempre con el programa que les dejó el Fundador:

«*Obediencia*». Es la obediencia la que mantiene entre los Jesuitas la armonía y tranquilidad de una familia y el férreo rigor de una milicia. Pero sobre este rigor ellos no discuten, mas lo soportan de buena gana. Para ellos todo comentario sobre las superiores disposiciones es una infracción de las Reglas. Entre los Jesuitas el *yo* está suprimido.

Quien existe es la Compañía. La Compañía quiere, piensa, obra. Todo Jesuita es la Compañía. Todo Jesuita, anónimo para sí mismo, se vuelve en la Compañía y por la Compañía un hombre excelso y victorioso. El se llama la Compañía de Jesús. El Jesuita no dice *yo, sino nosotros*. El está en cada uno y á la vez en todos; cada uno es todos en la potencia y en la fuerza. Y así la Compañía es siempre fuerte, joven y robusta.

2.º *Utilidad para cada miembro de la Congregación*: El apego á nuestra propia voluntad: ¡he ahí lo que aleja á muchos del camino de la perfección! Mas la obediencia, siendo el sepulcro de nuestra propia voluntad, destruye los gérmenes de nuestras malvadas tendencias.

La verdadera obediencia, dice San Pedro Damiani, es el camino de oro del cielo, *aurea in coelum via*; porque las ansias del verdadero obediente son todas para dar gusto á Dios.

El verdadero obediente no cae en la muerte del pecado, así como el obedientísimo Isaac no fué víctima de la muerte allá sobre el monte Moria; pues, (como respondió el monje Acacio, recién resucitado de entre los muertos, á un anciano que le había preguntado si estaba muerto). — *Obediens mori nequit*: el obediente no puede morir. — Oh religiosas, oíd: quizás muy pocas de vosotras, quedando en el mundo, se habrían podido salvar; mientras que ahora, por la misericordia de Dios, ninguna se perderá, á condición, empero, que persevere hasta la muerte en la santa obediencia, de la que está escrito: (*Prov. 21,*

28), el obediente cantará la victoria. Sí, sí. En la santa obediencia se halla la prenda de la predestinación; pues á la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán muchos (si lo imitan) constituidos justos. (*Ad Rom. v, 19*).

3.º Produce un feliz abandono en la mano de Dios, plenitud de paz, y un desapego universal de todas las cosas; y de ahí un grande amor á Dios.

He ahí por qué San Luis Gonzaga iba muy alegre al encuentro de la muerte. Es que podía decir haberlo hecho siempre todo según la más perfecta obediencia.

4.º La obediencia, dijo San Francisco de Sales, es la sal que da mucho gusto y sabor á todas nuestras acciones, y las torna meritorias para la vida eterna.

Una santa religiosa escribió estos apuntes: — He hecho voto de obediencia, luego he de obedecer de veras, y en todo y siempre. El mismo acto de obediencia es un aumento de gracia en la tierra y de gloria en el Cielo. ¿Quién más dichosa que yo? El Señor en su tribunal me pedirá cuenta quizás muy estrecha; pero yo le contestaré: Señor, he hecho siempre la santa obediencia.

5.º San Gregorio nos asegura que la obediencia *omnes virtutes in corde inserit, insertasque custodit*: siembra en nuestro corazón todas las virtudes y nos las conserva.

La virtud es un hábito, el hábito una repetición de actos. En el mundo ó en casa del desobediente

se comienza á veces una obra buena, pero presto se deja, y, ¡adiós virtud! La obediencia al contrario nos obliga á repetir cada día y muy á menudo actos de paciencia, de humildad, de devoción, de prudencia, de castidad, de celo... y nos da la victoria final sobre el enemigo, *vir obediens loquetur victoriam*. (Prov. 21, 28).

6.º «En la religión, decía el P. Vicente Carraffa, ser obediente y ser santo es una misma cosa bajo diversos nombres; porque el verdadero obediente no exceptúa otra cosa sino el pecado.

¿Quién es santo?—El que ama á Dios.—¿Y quién es el que ama á Dios?—El que hace su Divina voluntad. (*San Alfonso*).

7.º La obediencia es cual puerto seguro, donde el alma encuentra abrigo contra todas las tempestades, y pasa su vida alegre y tranquila hasta dar con la puerta del Cielo, donde le esperan los santos. Vivir en santa Obediencia, es lo mismo que colocar su propio peso en hombros ajenos; es nadar apoyándose sobre las espaldas de los superiores, es cruzar el mar bravío de la vida con breve y segura navegación. (*San Juan Climaco*).

8.º Ella nos cambia entre las manos nuestras obras, y hace que lo poco se torne en mucho ante el Señor; todo acto de virtud adquiere dos méritos: uno porque es acto de la misma virtud, otro porque es hecho por obediencia. De este modo el obediente recoge con dos manos por decir así, palmas y laureles. (Segneri junior).

9.º Las acciones indiferentes, como sería comer, dormir, recrearse, se vuelven meritorias para el Paraíso.

Todas las cosas que se hacen por obediencia son oración. (*Santa Magdalena de Pazzis*).

Es más meritorio el tomar alimento por obediencia que el ayuno por voluntad propia. (*San Germán*).

Se viaja hacia el Cielo, aún durmiendo: *Obedientia est confectum durmiendo iter*. (*S. Juan Climaco*).

10.º Hay todavía más. El verdadero obediente adquiere el mérito hasta de aquel bien que deja de hacer por obediencia. Por ella tienen su premio los buenos deseos, y así nos hace merecer en aquellas mismas cosas que no hacemos, y por esta causa la obediencia es llamada con razón el *atajo del Paraíso*.

11.º A veces la obediencia hace milagros. *Ite, ostendite vos Sacerdotibus*. (Luc. 17, 14) dijo Jesús á aquellos diez leprosos; id, haceos ver de los Sacerdotes. Aquellos obedecieron inmediatamente y... mientras iban quedaron sanos. *El factum est dum irent, mundati sunt*. (*Ibid*).

Mientras que Pedro y sus compañeros pescadores trabajaron á propio arbitrio, no pescaron nada. (1) Pero apenas oyeron el mandato de Jesús: *Mittite in dexteram navigii rete, et invenietis* (*Juan 21, 6*) y obedecieron; y fué tal la abundancia de la pesca (153 grandes peces,) que, debió de acontecer un segundo milagro para que la red no se rompiese.

La diestra es el lado de Dios: su divina voluntad; si trabajamos por el lado izquierdo, á saber: el de nuestro propio capricho, á expensas de la

santa obediencia, trabajaremos inútilmente durante toda la noche de esta mísera vida; si al contrario, obedecemos, todo nos saldrá á pedir de boca. Por más asidua, por más ardua, inoportuna, extraña y dañosa que nos parezca la obediencia, repetamos también nosotros con San Pedro: *in verbo tuo laxabo rete*. (Luc. 5, 6). Sobre tu palabra, oh Superiora, que es la palabra de Dios echaremos la red.—Y el Señor nos dará abundancia de gracias inesperadas, victoria sobre nuestros enemigos, etc., y nos hará gustar las delicias que prometió á quien sabe vencerse á sí mismo obedeciendo ciegamente. *Vincenti dabo manna absconditum*. (Apocal. 2, 17).

Consolado Jesús por la obediencia de los Apóstoles, les preparó sobre la playa del mar el pan y el pez, que había hecho asar El mismo sobre carbones encendidos. Y llamándolos á sí: «Venid, les dijo, comed,» y se los distribuyó. Así hará con nosotros si fuéremos perfectamente obedientes. Nos preparará el Pan Eucarístico, el Pan sobresustancial de su banquete, y también el pez, el cual como el pan, es figura de Jesucristo mismo; porque las cinco letras de la palabra griega *ἰχθῆς*, que significa pez, son las iniciales de las otras que significan: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.

En la vida de nuestro D. Juan Bonetti se narra que, predicando él á las Hermanas de Borgo San Martín, al sentirse estorbado por el chirrido de los pájaros del bosquecillo contiguo, dijo á la Directora: «Haga el favor de decir á los pájaros que procuren acabar ya, porque me estorban mi plática».

La Directora obedeció y el chirrido cesó al instante como por milagro.

Pero el milagro más grande que obra en vosotros la santa obediencia, es la perseverancia final. Os lo asegura el Venerable Fundador en sus memorias, donde dice:—En los tiempos primordiales de mi apostolado, no pocos de mis colegas me abandonaban. Acudí entonces á la Señora (María Santísima). Ella me alcanzó una cinta blanca, sobre la cual estaba escrita la palabra *Obediencia*, y me dijo.—cíñe con ésta la frente de tus coadjutores, y verás como ya no se te escaparán.—Así lo hice, y luego experimenté la milagrosa eficacia de esa cinta, que representaba el Voto de Obediencia. Los que estaban ceñidos con la cinta ya no me abandonaban.

IV *Práctica*. La perfección religiosa, á la que nos hemos obligado entrando en la casa santa, exige que no sólo evitemos los pecados mortales contra el voto de la santa obediencia (como sería, por ejemplo, desobedecer de una manera formal en materia grave á una orden dada en virtud de santa obediencia: ó resistir con el *no quiero*, con obstinación y testarudez á un mandato absoluto de la superiora: ó bien si de la desobediencia resultase un grave daño á la comunidad ó á la desobediente misma ó á una tercera persona): sino que también quiere dicha perfección que practiquemos la virtud de la santa obediencia; evitando las ligeras desobediencias en todo y por todo, movidos siempre por el espíritu de fe, por el cual,

como dice San Pablo á los Efesios, obedecemos á los Superiores como á Jesucristo, *tanquam Christo*. Si Jesús mismo en persona se dignase mandarnos ¿cuál no sería la prontitud, la exactitud, la perfección, en suma de nuestra obediencia? Por cierto que no tardarías ni un segundo á obedecer. Pero ¿no es siempre El mismo que te manda en la persona de tus superiores? *Ecce sto ad ostium et pulso (Apoc. 3, 20)*, El te dice: *Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea. (Cant. 5, 2)*. He aquí que estoy á la puerta de tu corazón y llamo.—Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi immaculada. ¿Por qué no me abres luego, luego? Cuando tú golpeas á la puerta de mi corazón, yo te abro en el acto: *Pulsate et aperietur vobis. (Marc. II, 24)*. Mas yo te llamo tantas veces por medio de la santa obediencia, y tú tardas en abrirme.

Para que la obediencia sea virtud sobrenatural—la única verdadera—debe ser tal cual la manda San Pablo: *Obedite sicut Christo. (Ephes. 6, 5)*. Obedeced como el mismo Jesucristo. Y el que así obedece, puede con derecho decir: Sólo á Dios reconozco por superior á mí. No me sujeto más que á El solo. Y San Alfonso agrega que el que obedece al superior, alcanza más mérito que si obedeciese á Nuestro Señor Jesucristo en persona; porque obedeciendo al hombre, se hace un acto de fe, reconociendo en él la autoridad de Jesús.

De todas estas consideraciones se deduce que nuestra obediencia debe ser:

1.º *Pronta*. San Benito solía decir á sus religiosos:—*Perfecta obedientia, sua imperfecta reliquit*: la perfecta obediencia, deja sus cosas propias imperfectas.

Debemos imitar á los Angeles, á los que pintamos con alas, para significar la prontitud con que obedecen á las órdenes de aquel Dios, que á sus ángeles ó embajadores los hace espíritus, ó ligeros como el viento, y á sus ministros, activos como la ardiente llama. (*Ad Hebr. 2, 7*).

San Bernardo llama á la obediencia *rueda perfecta*, porque el verdadero obediente, á cualquiera indicación del Superior ó de la santa Regla, pronto se mueve.

Las religiosas desobedientes son de cuello duro, inflexible, y no quieren someterlo al dulce yugo de la disciplina, (*Eccli. 51, 54*).

Mas la obediencia será como una corona para la cabeza de los obedientes, y como un collar para su cuello. (*Prov. 1, 9*).

El cuello es flexible y da vuelta como quiere la cabeza. Lo propio dígame de la obediencia pronta. El cuello comunica pronto al cuerpo las órdenes de la cabeza; así lo hace la pronta obediencia.

¡Ah! ¡que no se halle ya ninguna de cuello duro, y encadenada por el feo amor propio! *Solvi vincula colli tui, captiva filia Sion. (Isai. 52, 2)*. ¡Sacude de tu cuello el yugo, oh esclava hija de Sión! Y dí siempre al Señor, no bien asome la obediencia:—Habla, Señor, que tu sierva te escucha. (1 Reg. 3, 10). María y José, á la intimación del Angel, no esperaron que amaneciera, sino que se

marcharon al instante á Egipto. Si hubiesen tardado, quizás que el Niño hubiese sido muerto por los sayones de Herodes. ¡Ah! ¡cuántas niñas mueren víctimas del escándalo, por falta de vigilancia y pronta obediencia en sus maestras y asistentes!

El acólito salesiano Domingo Biga, al primer toque de la campanilla, parecía que la tierra le quemara los pies, pues volaba al lugar de la obediencia. Otro humilde religioso, al primer toque, lo dejaba todo, y corría, corría... ¿Por qué tanta prisa?—le preguntó una vez su compañero.— ¡Ah! es que me llama Dios, contestó ese perfecto obediente. «Una religiosa, decía la Venerable Fundadora de las Hermanas de San José de Cluny, debe ser como un pajarillo en las ramas de un árbol, con las alas entreabiertas, siempre pronta á volar al más leve impulso del suave céfiro de la santa obediencia».

¡A cuántos religiosos y religiosas conozco yo, que al primer toque de la campana, á una simple señal del Superior, dejando cuanto tienen entre manos, se levantan rápidamente y vuelan á cumplir con la obediencia! Los Reverendos Padres Redentoristas, por ejemplo, tienen *por regla* de no acabar, no diré ya una palabra, pero ni siquiera una letra, al primer toque de campanilla.

¡Y cuántos hay aún hoy día que no esperan el mandamiento expreso del Superior, sino que apenas ven una señal de él, ó columbran sus deseos, en el acto se disponen para la obediencia!

Su vida es un continuo: *Ecce ego*.—Heme aquí pronta, hablad, Señor, que vuestra sierva os

escucha. (*Loc. cit.*). Ella imita á las estrellas, que, apenas llamadas, dijeron: aquí estamos. (*Beruc, III*).

2.º *Sea íntegra y exacta* hasta en los más mínimos detalles. Y si se prevé que ciertas obediencias no se podrán llevar hasta el fin enteramente, hágase al menos la parte que sea posible, imitando así á Nuestro Señor Jesucristo, quien, previendo que no habría podido llevar la cruz hasta la cima del Calvario, la quiso llevar al menos hasta la mitad del camino, cuando á fuerza de caídas ya no podía absolutamente llevarla.

Ricardo, explicando el paso del Cantar de los Cantares: Mi alma ha quedado derretida, al eco de la voz de mi amado: *anima mea liquefacta est ut Dilectus locutus est* (5, 6), dice que el verdadero obediente es cual metal derretido, que toma exactamente el lugar y la forma mandada por la santa Obediencia.

La que no es exacta en la obediencia, no debe atreverse á mirar á Jesús crucificado, quien desde la Cruz le está diciendo: *¡Mira, oh religiosa, cómo se obedece!*

El evitar de intento de encontrarse con la Superiora á fin de que no nos dé ciertos mandatos, que sabemos quiere ella imponernos, sería una desobediencia voluntaria, como de quien no va al sermón para no saber cómo y cuándo se debe ayunar.

Falta á la exactitud la que delante de la Superiora es todo premura en cumplir la obediencia, pero apenas ésta se aleja, va aflojando y trabaja

con repugnancia ó desdenadamente. Obedezcamos, *non quasi ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed ut servi Christi, facientes voluntatem Dei ex animo*, dice San Pablo á los Efesios, (6, 6), es decir: no sirviéndolos solamente cuando tienen puesto el ojo sobre nosotros, como si no pensásemos más que en complacer á los hombres, sino como siervos de Cristo que hacen de corazón la voluntad de Dios.

Faltan también en la exactitud no solamente aquellos que no hacen lo que deben hacer, sino también los que propasan las órdenes expresas de los Superiores. Tanto el reloj que retarda, como el que corre demasiado, no sirven. Solamente el exacto es bueno.

La exacta obediente no sólo obedece en el acto, sino que continúa teniendo siempre presentes los preceptos, las decisiones y hasta las intenciones de los Superiores, ni nunca se persuade que un mandato ó un reglamento ya no tenga vigor por la sola razón de haber sido practicado una sola vez, y no repetido después. Ella no hace diferencia entre lo que está expreso en la regla y lo que en ella está sólo implícitamente; entre las Constituciones y el simple Reglamento; entre lo obligatorio y lo que está sólo recomendado. Ella obedece como lo hizo Jesús, perfectamente y hasta la muerte.

El Señor es asaz riguroso relativamente á la exactitud de la obediencia religiosa. Cuando Santa Teresa, para obedecer al Superior (que no daba fe á las visiones de la Santa) se hacía continuas se-

ñales de cruz durante la aparición de Nuestro Señor, y finalmente teniendo su brazo ya cansado de tanto santiguarse, tomando una cruz en la mano se la presentó como para defenderse; Jesús, no sólo no se mostró ofendido, sino que le cambió esa misma cruz en otra de perlas preciosas.

Pero cuando la B. Margarita, trasportada del deseo de sufrir, pasaba los límites de la obediencia, Jesús le dijo por boca de San Francisco de Sales: «¿Y qué? hija mía, ¿piensas tú agradar á Dios pasando más allá de las prescripciones de la obediencia? Esta, y no la propia maceración, es el sostenimiento de la Congregación». «Tú te engañas, le dijo el mismo Jesús otra vez, si crees agradarme obrando así. Yo deseo que un alma goce de todas sus pequeñas comodidades por obediencia, más bien que verla encorvada bajo el peso de las austeridades y ayunos por propia voluntad». Una vez prolongó ella la disciplina de regla por el espacio de *un Miserere*. Pero he aquí que le aparece Jesús y le dice todo disgustado:—La primera parte de la disciplina fué para mí; la segunda para el demonio. Quiero que renuncies á la idolatría del propio *querer*: *melior est enim obedientia quam victimae*. (1. Reg. 15, 22).

Es también sabido lo que aconteció á esta esposa de Jesús, cuando con un hierro candente se grabó el nombre de Jesús en el pecho. La llaga tremenda que de aquí resultó, la obligó á revelarlo todo á la Superiora, la cual impúsole que se fuese á la enfermera para ser curada.

¡Oh Jesús, dijo entonces Margarita, tú eres mi

médico, eres tú quien debe curarme! Jesús la curó pero le quedaron anchas cicatrices. Entretanto la Superiora, toda afanosa, mandó una hermana á averiguar la gravedad del mal.—Estoy curada—respondió la beata, y no permitió que la otra la observase con los propios ojos. Habiendo sabido esto la Superiora, le aplicó un castigo por la desobediencia, y Jesús le quitó del todo las gloriosas cicatrices, y durante cinco días la tuvo allí ante sus pies sin permitirle levantar la mirada á su Corazón adorable.

Más camina hacia el término de su viaje un pigmeo, dando cuatro pasos sobre el recto seudero, que no un gigante dando cincuenta fuera de él. ¡Tantas devociones particulares por propia inclinación, y después dejar las cosas de regla y las prescripciones de los superiores!... Sudar, por ejemplo, afauarse y perder el sueño, ya sea para adornar el altar, ó para hacer un regalo á la Superiora, ó por un capricho cualquiera, y después llegar siempre tarde al refectorio y á otros actos de la Comunidad, omitir la oración en común, etc., todo esto es querer caminar fuera de la vía, porque mucho mejor es la obediencia que la víctima de los necios, que no conocen el mal que hacen: *Multo melior est obedientia quam stultorum victimae, qui nesciunt quid faciunt mali.* (Eccles. 4, 17).

3.º *Alegre y generosa.* La prontitud y exactitud pertenece especialmente á la obediencia del cuerpo, pero se requiere además la obediencia del corazón, es decir, que es necesario obedecer Ale-

gre y generosamente, ó sea, de corazón: *ex animo*, como dice San Pablo: *hilem enim datorem diligit Deus*, (11 Cor. 9, 7); Dios ama al que da con alegría: *Cum bona voluntate servientes, sicut Domino et non hominibus*, (Ephes. 6, 7); servidlos con amor, haciéndolos cargo que servís al Señor y no á hombres.

Aquella que á la primera señal de obediencia corre inmediatamente y lo hace todo con exactitud, pero refunfuñando ó sea murmurando contra quien ordena y contra la cosa mandada (á menos que no barbote con santas jaculatorias; p. g. ¡Dios mío ayudadme! ¡Bendice á mi Superiora, etc.! ¡Que se haga tu voluntad y no la mía, etc...!) no puede decir que obedece con espíritu de fe y con perfección.

Las hay que obedecen alegremente en todo lo que es conforme á sus caprichos, pero si se les manda algo difícil ó repugnante, luego protestan y llenan la casa de lamentaciones y amenazas. Estas, en sustancia, no dicen al Señor como San Pablo: *Domine, quid me vis facere?* (Act. 9, 6), ¿Señor, qué quieres que yo haga? sino que exigen se les trate como al ciego del Evangelio, al que Jesús le preguntó: *Quid vis tibi faciam?* (Luc. 18, 41). ¿Qué quieres que te haga?—¿qué mandas pobre ciega? dílo no más, que tus superiores son tales cabalmente para obedecerte... ¡El mundo al revés! ¡pobre ciega!

Otras hay que obedecen, sí, pero por puro temor, olvidando el aviso de San Pedro que dice: *Animas vestras castificantes in obedientia cha-*

ritatis (1.^a Petr. 1, 22); purificando vuestras almas con la obediencia del amor.

Jesús fué de buena gana y hasta con gran deseo á la muerte de cruz por nosotros. «*Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur!* Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado. ¡Oh! ¡y cómo traigo en prensa el corazón, mientras que no lo veo cumplido!» (Luc. 12, 50).

San Juan nos dice que aproximándose el tiempo de su partida para el Paraíso *ipse faciem suam firmavit, ut iret in Jerusalem* (Luc. ix, 51); es decir *mostró su rostro decidido* para ir á Jerusalén, precisamente á aquella ciudad donde sabía que le esperaban para sacrificarle.

Ahora bien, si de veras amamos á Jesús, debemos también nosotros *faciem nostram firmare*, es decir, mostrar un semblante decidido, y abrazar alegremente la santa obediencia, cuando nos cambien de oficio, ó de casa ó de país, aun cuando tuviéramos la certidumbre que allí habíamos de morir pronto. ¡Ah! morir por amor de aquel Jesús que ha muerto por nosotros, ¡qué consuelo para el corazón de una verdadera Esposa suya!

«Madre mía, decía Santa María Magdalena de Páiz á la Superiora, haga Ud. caso que sea yo el andrajo de la Comunidad. Cuanto con más libertad me ordene, tanto más amor le tendré y rogaré á Jesús por su Reverencia para que le recomense la gran caridad que me hace».

4.º *Sea ciega*, (Obediencia de la mente). Santa Teresa solía decir que si todos los ángeles

del Cielo se juntasen para darnos una obediencia, y el Superior nos intimase otra contraria, deberíamos preferir la orden de este último, porque en el primer caso puede haber ilusión, mas no en el segundo, porque el Superior representa á Dios. Por consiguiente 1.) no fijarse en si la que, para vosotras representa á Jesús, sea ignorante, defectuosa ó tal vez no muy buena. Es una verdadera fortuna tener una Superiora, que, al menos á nuestros ojos, tenga defectos. Así se verá si somos verdaderamente obedientes, es decir, si obedecemos á Dios más bien que al hombre. (*San Alfonso*). ¿Qué diríase de un católico, que no quisiese prestar reverencia á un Crucifijo, porque no es de oro, ó de plata, sino sólo de madera? 2.) No hacer caso de la habilidad, prudencia, ni otras virtudes de la superiora, ni si manda dulce ó bien ásperamente, puesto que se debe obedecer para hacer honor á la voluntad de Dios, y no á la voluntad de la Superiora, la cual no es sino un instrumento que nos manifiesta la divina voluntad. Siempre es voz del Angel de Dios tanto la campana de sonido argentino, como la campana rota; ó bien la matraca de la Semana Santa.

Si yo al ir á mi patria me encuentro en una encrucijada con peligro de tomar el camino de un abismo ¿qué me importa si el que me indica el camino recto de la patria lo hace con palabras duras, más bien que con acentos dulces y suaves? Yo siempre se lo agradeceré de corazón.

Si una Comunidad tuviese por superior á un Angel del Cielo, ¿estaría quizás, con respecto á

obediencia, en grado de subir á más alta perfección que otra, dirigida sólo por una misera mortal? Ciertó que no; porque en el primer caso es muy fácil obedecer por puro placer sensible, por entusiasmo, etc., y por eude con poco ó ningún mérito, mientras que en el segundo caso hay que hacerse violencia contra nuestro amor propio.

Cuanto más áspera é irascible es una superiora, tanto más providencial puede ser para la Comunidad y para las súbditas: 1.º porque hay más mérito en obedecerla; 2.º porque ella misma viéndose así, tiene motivos para humillarse y no cometer disparates, de los que la soberbia produce; 3.º porque las súbditas que presencian y sufren los tristes efectos del carácter iracundo de la superiora, no serán tentadas de imitarla, por esta parte, si llegan á ser elegidas superiores de alguna casa.

Dijo Nuestro Señor á la Beata M. Alacoque: Todo superior, sea bueno ó malo, ocupa mi lugar. Y San Francisco de Asís solía repetir á sus religiosos: Sea cada cual como un ciego que se deja conducir por sus superiores; ó bien cual cadáver, que nunca se lamenta, ni tampoco chista, de cualquier modo se le trate y doquiera se le coloque.

San Ignacio quería que todo Jesuita fuese como un palo, en manos de un anciano, que lo usa como quiere. Y nuestro Venerable don Bosco quería que nos dejásemos manejar por la obediencia como su pañuelo blanco, que se dejaba doblar, extender, estrujar, etc., sin levantar la menor oposición.

Una óptima religiosa, queriendo imitar al pie de la letra á ese campesino, quien á cualquier orden que le diese su patrón, contestaba siempre: Sí, señor. Cuando la obediencia pareciale muy difícil, echábase á los pies del Crucificado, á cuyos pies estaba escrito: *factus obediens usque ad mortem*, (*Philip. 2, 8*); se imaginaba que Jesús le dijera: *Inspice et fac secundum exemplar*, (*Exod. 25, 40*); mira bien, y hazlo según el modelo que se te ha propuesto en el monte Calvario; y obedecía alegre y generosamente sin decir: esta boca es mía.

5.º Obedecer también en aquellos casos que nos parecieran humanamente tantos despropósitos (con tal de que no sean contra la santa Regla); porque en tales casos no se obedecé para hacer despropósitos, sino para cumplir la voluntad de Dios; y de este modo el *despropósito* de quien manda se trocaría en *propósito* para quien obedecce. Y San Alfonso añade que, estando nosotros en duda de que sea ó no pecado la cosa mandada, debemos todavía obedecer, porque en tal caso el error sería de quien manda, no de quien obedecce.

Un profeta, narra la Santa Biblia, se encontró con otro que le dijo: *In sermone Domini percute me*: Hiéreme de parte del Señor.—No haré esto jamás, respondió éste.—Y aquél le dijo: «Por cuanto no has querido obedecer la voz del Señor, apenas te apartes de mí, te matará un león». En efecto así sucedió. Aquel profeta prosiguió su viaje y habiendo después hallado á otro hombre le repitió la misma intimación: *Percute*

me: hiéreme, y este último obedeció, porque la obediencia aunque pareciese extraña, no lo era, mientras venía intimada en el nombre de su Señor, *in sermone Domini*. (Lb. III. Reg. Cp. 20, 35).

Y no vacilemos en obedecer, aun cuando se comprometiese el éxito de las más grandes obras. La perfección religiosa no consiste en hacer maravillas, sino en cumplir en todo y por todo la voluntad de Dios al grito de «Dios lo quiere» sacrificámoslo todo, hasta el placer de hacer el bien.

Propongamos, pues, de no exigir jamás que nos den á saber el *por qué* de lo que se nos manda porque al fin y al cabo si no obedecemos hasta que no nos hayan explicado el *por qué* y solamente cuando nos parece buena y útil la cosa mandada, en tal caso, obedecemos á nuestro propio juicio, más bien que á la voluntad de Dios, y no hacemos en rigor cuanto El quiere de nosotros y como El lo quiere; y de consiguiente, nuestra obediencia pierde mucho de su mérito. — Verdaderamente sabio es aquel que hace la voluntad de Dios, y deja la suya. (*Imit. Lb. 2. C. 3*).

Sin embargo, es siempre lícito hacer á los propios superiores todas aquellas observaciones que se creen justas, con tal de que lo hagamos con sinceridad, con respeto, con sumisión y resignación.

Objeción.—¿Y si la superiora no diese buen ejemplo? ¿si, por ejemplo descuidase bastante el bien espiritual y temporal de la casa? ¿habría aún obligación de obedecerla?

R.—En toda Comunidad bien regulada no fal-

ta quien tiene el encargo de amonestar, cuando se ofrece el caso, á la superiora que desviase del recto camino. Pero si no hubiese tal consejera, tendrían obligación las demás de avisar á los superiores mayores, para que pongan remedio, siempre que se trate de impedir males graves á la Comunidad entera; ex. gr: si ya no se observase el santo silencio; si se repitiesen en demasía recreos, meriendas, etc.; si se hiciesen muchos y vistosos regalos á expensas de la santa Pobreza; si se tuviese harta familiaridad con la gente del mundo, etc., etc.

Con eso y todo, cualquiera que sea la conducta de la Superiora, no se le deberá faltar al respeto y obediencia, excepto en el caso que mandase cosas que son *evidente pecado*.

6.º Obedecer no sólo á los superiores principales, si que también á los secundarios. Ello es cierto que, si la cosa debiese estimarse humanamente, con dificultad podriase inducir á un hombre á que obedeciese á otro hombre, máxime si éste nos fuese inferior por edad, ciencia, etc.; pero el someterse á un hombre cualquiera, que hace las veces de Dios, es sumamente glorioso, porque se obedece y sirve á Dios mismo; y todos sabemos que *servire Deo, regnare est*.

7.º Obedecer también en las cosas arduas y difícilísimas, sin emitir lamentos. San Basilio hubiera querido ver á todo religioso cual ovejita, que se deja conducir al matadero sin abrir la boca para quejarse. (*Isai. 53, 7*). Así lo practicó nuestro modelo Jesús, que descendió del Cielo

para obedecer al hombre; y obedeció perfectamente sin nunca contradecir: *Ego autem non contradico. (Isai, 50, 5).*

Y obedeció no sólo hasta la muerte, sino que sigue y seguirá obedeciendo hasta el fin del mundo á cuantos sacerdotes tienen la dicha de manejarle y mandarle en la Santísima Eucaristía. *Ego autem non contradico*: yo no me he resistido.

Y sus grandes imitadores María y José, tuvieron especial cuidado de no preguntar al Angel: ¿Por qué quiere Dios que vayamos á Egipto, nuestro enemigo, más bien que á la patria de los Reyes Magos, que tanto nos quieren?—¿Por qué partir de repente, de noche y sin tener nada preparado para un viaje tan largo y peligroso?—¿Por qué el Omnipotente no detiene el brazo del cruel Herodes? etc. ¡No! Ellos no chistaron, mas obedecieron luego el mandato al pie de la letra.

8.º Obedecer hasta cuando una especie de humildad (¡falsa!) nos aconsejara hacer á un lado la obediencia.—Jamás por jamás dijo Pedro á Jesús, no me lavarás los pies.—Mas Jesús respondióle: Si no te dejas lavar, no tendrás parte conmigo. (*Joán 13, 8*). ¿Será posible? ¿hasta desheredarlo por tan leve, y, al parecer, humilde desobediencia? Así fué, y lo tenía bien merecido, dice San Basilio, porque desobedeció á la voluntad de todo un Dios. (*San Basilio*). La obediencia es la hija primogénita de la humildad.

9.º Obedecer, finalmente, tan á ciegas, que nunca admitamos que los superiores se han equivocado con mandar esto ó estotro. Ellos, cabalmente

porque son superiores, están más en alto, su horizonte es más vasto que el nuestro, y pueden tener, para intimar ciertas obediencias, muchos motivos de interés general, que el súbdito no conoce.—Pero; ¿son ellos infalibles quizás?—No; mas tú eres más falible que ellos, pues no tienes, como ellos, la gracia del estado para mandar.

—Conque, ¿deberé decir que es verdad lo que yo tengo por error? ¿deberé llamar blanco á lo que estoy viendo que es negro?—No digo tanto yo, pero te digo y repito: Si la cosa mandada no es pecado, ¡no mires y obedece ciegamente!...

V.—Dos ejemplos de obediencia admirable.

Era el tiempo del terror (1793) y diez y seis Hermanas Carmelitas de Compiégne, por haber conservado la imagen del Sagrado Corazón y cantado alabanzas en su honor, fueron condenadas á la guillotina. Mientras se les leía la sentencia de muerte, ellas recitaban las Letanías de los Santos. Yendo en seguida al lugar del suplicio con blancos vestidos y radiantes de alegría, cantaban la Salve y el *Te Deum*, y llegadas apenas al pie del cadalso, entonaron animosas el *Veni Creator*, que dejó terminar el verdugo. Inmediatamente después renovaron sus santos votos en alta voz, y una de ellas con énfasis exclamó: «¡Oh! ¡cuán feliz sería si mi muerte corporal sirviese para dar la vida espiritual á mis verdugos, y así se aplacara la ira de Dios!» La Superiora, Madre Liduvina, pidió y obtuvo el permiso de ser la última ajusticiada. Entonces aquellas santas religiosas antes de subir

al palco feral, una en pos de otra iban á arrojarse á los pies de la Madre Liduvina, y cada una le decía con el corazón en los labios: «Madre mía, ¿me permite ir ahora á morir por amor á mi Jesús?»—«Sí, hija mía—respondía aquella heroína». Pocos minutos después todas aquellas diez y seis palomitas habían volado al cielo, muriendo, á imitación de Nuestro Señor Jesucristo, en el acto mismo de la santa obediencia.

Os voy á citar otro ejemplo de obediencia heroica.

Yo mismo lo supe de testigos oculares.

En 1861, un terremoto espantoso destruyó en pocos minutos toda la ciudad de Mendoza, (República Argentina). De 16.000 habitantes perecieron 10.000, y de cuarenta religiosas del *Monasterio de María* unas veinticuatro quedaron sepultadas bajo las ruinas. Hubo una, sin embargo, que quedó enterrada, pero no muerta; fué la madre Silva. Con las tijeras de hacer flores trabajó ésta durante cinco días perforando la pared (de adobes), que le había caído encima sin aplastarla, habiendo formado con las otras paredes una especie de cabaña. Salida finalmente de allá más muerta que viva, en el acto que, tambaleando, se dirigía hacia el pozo del jardín para apagar la sed, fué vista por el Gobernador que dirigía las obras del salvamento. Hizo éste que la llevaran en carroza á un hospital improvisado sobre la orilla del río cercano. Llegada allá, el mismo Gobernador le ofreció una bebida espirituosa. Pero la Madre Silva la

rehusó diciendo: «No está aquí la Madre Superiora para pedirle permiso». Y solamente condescendió á las repetidas instancias, cuando oyó estas palabras: «A mí también se me debe obedecer, que soy el Gobernador».

¡Cuánta diferencia entre tales heroínas y ciertas religiosas!

¡Obediencia! ¡Obediencia! ¡Oh esposas de Jesús!

El Venerable don Bosco, visitando la casa de la fundación de sus primeras Hermanas en Morneuse, solía repetirles: «Obedeced, oh hijas, obedeced siempre en todo. Sea siempre vuestra obediencia, pronta, exacta, alegre y ciega».

Considerad á vuestras Superiores, no sólo como Hermanas, sino como á Madres amorosas, que no desean otra cosa sino la gloria de Dios y la salvación de vuestras almas; que á otra cosa no aspiran sino á vuestro provecho espiritual y al de vuestras compañeras.

Consideradlas como á representantes de Dios mismo, mirando en sus órdenes otras tantas manifestaciones de la Divina voluntad. Y si aconteciere alguna vez que os dieran ellas órdenes no conformes á vuestro gusto y deseos, no por esta causa rehuséis acatarlas. También á ellas se les hace difícil mandar cosas graves y desagradables, y si así lo hacen, es sólo por la mayor gloria de Dios y bien del prójimo. Mucho más seguro es estar en obediencia que en mando.

¿Queréis la paz del corazón? No la hallaréis sino en la humilde sujeción á vuestros superiores.

¿A qué vinisteis á la casa religiosa? Habéis

venido para servir y obedecer, no para mandar. Y si algún día os tocara mandar, tened presente lo que dice la Imitación: «Ninguno preside dignamente, sino el que se sujete con gusto. (*Lb. 1. Op. 20*). Ninguno manda con razón, sino el que ha aprendido á obedecer sin replicar. (*Ibid*).

Sacrifiquemos, pues, de buena voluntad nuestros gustos y comodidades por todos estos nobilísimos fines, pensando que nuestra obediencia será tanto más meritoria delante de Dios, cuanto mayor haya sido el sacrificio para ponerla en práctica.

Bien será que de vez en cuando nos examinemos sobre si nuestra obediencia ha sido hasta la fecha una moneda buena, con la imagen y la inscripción de Dios, (*Matth. 22, 20*), ó si por motivos humanos, por amor sensible y estimación de la superiora, por inclinación natural, etc., y no exclusivamente por Dios, en términos que de nada sirvan para obtenernos el pasaporte para el Cielo.

Tratemos de dar cada día un paso hacia adelante en la perfección de la obediencia.—Cuando eras más mozo, dijo Jesús á San Pedro, te ceñías el vestido, é ibas adonde querías; mas en siendo viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te conducirá adonde tú no gustes. (*Joan. 21, 18*).—Los principiantes, dice á este propósito San Francisco de Sales, se ciñen por sí mismos, hacen la voluntad propia; mas los aprovechados y ancianos en la virtud y perfección, se dejan atar por otros, y se someten con generosos esfuerzos á la santa obediencia.—¡Seamos ancianos y no principiantes!

¡*Fiat voluntas tua!* ¡Sea éste el clamor continuo de nuestro corazón obediente! Del recién mentado Salesio, dejó escrito Santa Francisca de Chantal que, al fin de sus días, su vida no era más que un *fiat* sin interrupción.

Lo propio podemos decir de nuestro Venerable Padre don Bosco, que tan de cerca imitó á su modelo San Francisco.

Ahora permitid que mi voz, haciendo eco á la de mi dulcísimo Padre, os repita:

¡Obediencia! mis buenas Hermanas, y contentaréis así el espíritu electo de vuestro santo Fundador, atrayendo sobre vuestra Madre la Congregación las bendiciones de Dios: *Qui obedit Patri refrigerabit Matrem.* (*Eccli. 3, 7*).

¡Obediencia! y os encontraréis contentas en vida y especialmente en punto de muerte, porque habréis imitado á vuestro Divino Esposo. *Jesus factus obediens usque ad mortem.* (*Ad. Phil. 2, 8*).

¡Obediencia! Pero fundada en la fe y en el puro amor divino, que considera á Dios en los Superiores, y obtendréis así un grande sostén para alcanzar la santidad y acumular con seguridad innumerables tesoros para el cielo, porque está escrito por el mismo dedo de Dios, que el hombre obediente cantará la victoria. *Vir obediens loquetur victoriam.* (*Loc-cit*).

CONFERENCIA III

SANTA REGLA

Nolite facere iniquum aliquid
in regula.

No pequéis contra la Regla.
Lev. XIX 35.

«La obediencia, dice San Alfonso de Ligorio, es la pupila de los ojos de la Congregación; ella es la que hace á los religiosos. Si se pierde la obediencia, la Congregación se acabó, no es ya casa de Dios. Cuando no se obedece, ¿qué están haciendo ya en la Congregación?»

La obediencia hace fáciles todas las cosas. Ningún obediente se ha condenado nunca, dijo San Francisco de Sales. Pero es necesario obedecer bien, y esto quiere decir, imitar á María Santísima, la cual, según el decir de San Bernardino de Sena, fué cual *Rueda perfecta*, porque á cualquier leve inspiración ó mandato divino, pronto se movía para cumplirlo.

Obedecer bien, significa imitar especialmente al perfectísimo tipo de la obediencia, Jesús, nuestra vida y modelo, el cual no sólo fué obediente á María y José, sino hasta á los verdugos *usque ad mortem crucis*, y aún ahora obedece ciegamente á millones de sacerdotes... en su Augustísimo Sacramento.

Obedecer bien quiere decir, que nuestra alma á cualquiera señal del Superior ó indicación de la

santa Regla, por decir así, se derrite, tomando, como hace el agua en un recipiente, la forma perfecta exigida por la santa obediencia, de manera que con toda razón se pueda exclamar con la Esposa de los Cantares: Mi alma se derritió tan luego como Dios me hubo hablado por medio de los Superiores ó de las santas Reglas. *Anima mea liquefacta est ut (Dilectus) locutus est.* (Cant. 5, 6).

Después de la instrucción sobre la obediencia á los Superiores, debemos entretenernos naturalmente sobre la necesidad, excelencia, utilidad y práctica de la santa Regla.

He aquí enunciado, pues, el tema de esta conferencia. ¡Asístanos nuestra buena Madre la Virgen María!

Necesidad. 1.º La santa Regla es una manifestación de la voluntad misma de Dios con respecto á nosotros.

Es pues el mismo Dios el que quiere que la practiquemos.

Recordemos la visión que tuvo San Francisco de Asís una noche sobre el monte Alvernia. Vió el suelo cubierto de migas de pan y oyó una voz que le decía: «Recógelas y haz de ellas una hostia y dala á tus religiosos».

El santo obedeció y vió que algunos que se alimentaron de ella con desprecio, inmediatamente se volvieron leprosos. En la mañana siguiente anunció la visión á los suyos, pero ninguno entendía su significado. Entonces resonó otra vez la misma

voz y dijo: «Las migajas de pan son las palabras del Santo Evangelio; la hostia es la santa Regla; la lepra es la iniquidad».

Francisco puso inmediatamente por escrito la santa Regla, que ya había meditado bajo la divina inspiración, y la dió á Fray Elías. Pero éste la perdió. Francisco por orden de Dios la escribió por segunda vez. Pero Elías y otros religiosos poco fervorosos, intentaron rechazarla, so pretexto de ser demasiado rigurosa. Entonces San Francisco vuelto al Señor, así le apostrofó dulcemente: «Pero ¿no ves, Señor, que absolutamente no la quieren?» En ese momento fué vista por todos una nube, de la que salió una voz, que dijo: «Soy yo el autor de la Regla, á ti sólo te toca darla á conocer y hacerla cumplir puntualmente á la letra y sin glosa. Y los que la rechazaren, yo los haré reemplazar por otros, que sacaré si fuese necesario, de las mismas piedras!»

También vuestra Regla, oh hermanas, os la ha dado Dios por medio de la aprobación de su Vicario, el Sumo Pontífice. Ahora bien, ¿quién será tan audaz como para resistir el querer de Dios?

La santa Regla es una epístola, que El os manda desde el cielo, á fin de que conozcáis su voluntad: á vosotras no os toca sino responder —Amén. ¡Sí! ¡obedeceré! *Per amore di Gesù, capo giu! Per amore di Maria, così sia!*

¿No lo hemos dicho en los primeros días de nuestra vocación, *Domine, quid me vis facere?* Señor, ¿qué quieres que yo haga? (*Act. Apost. 9, 6*). Y El nos contestó con la Regla en la mano: *Tolle,*

et lege; hoc fac et vires. (*Luc. 10, 18*). Toma y lee y haz cuanto aquí te digo, y tendrás la vida eterna. En el día del juicio yo no haré sino comparar esta misma regla con tus acciones, antes de pronunciar el dulcísimo: *Veni, Sponsa, accipe coronam*, ó el terribilísimo: *¡Nescio vos!*

2.º Sois religiosas, ligadas, á saber, dos veces con vuestro Dios, por el ligamen de los Divinos preceptos y el de la Santa Regla. El nombre mismo de *Religiosas* hace comprender que quien no sigue la Santa Regla, es religioso sólo de nombre.

3.º La necesidad de obedecer á la Santa Regla, resulta también de la emisión que habéis hecho de vuestros votos *según las Constituciones, es decir, según la Regla misma.*

Sin esta formal promesa, vosotras no habríais sido ciertamente admitidas á los votos. Pensadlo bien.

Es cierto que las Reglas no obligan por sí mismas bajo pena de pecado: pero en la práctica, dicen los teólogos que se peca:—a) cuando la cosa prohibida por la Regla fuese intrínsecamente mala, ó bien, la cosa prescrita fuera necesaria para salvarnos;

b) cuando se violase la Regla por desprecio;

c) cuando los superiores nos mandasen, por ejemplo en virtud de santa obediencia ó en nombre del Espíritu Santo, ó so pena de culpa grave;

d) cuando con despreciar y maltratar la Santa Regla se conculca al mismo tiempo alguno de los Santos Votos;

e) cuando la violación habitual de la Regla

fuese de detrimento al espíritu religioso y de escándalo ú otro daño para la Congregación;

f) cuando las faltas á las Reglas proviniesen de alguna pasión desordenada: por ejemplo, si por pereza tardara en levantarse por la mañana; ó si se comiese fuera de regla, sólo por satisfacer la gula; si se quebrantase el silencio por cólera, y si por espíritu de locuacidad se profririeran palabras ociosas en tiempo de silencio, estando escrito en el Santo Evangelio que de toda palabra ociosa deberemos dar cuenta en el día del juicio. Y es bueno saber que se llama palabra ociosa, la que se pronuncia sin necesidad ó sin motivo de caridad ó de conveniencia. (San Gregorio).

Es evidente que en tales casos las culpas serían graves ó ligeras, según la gravedad de la materia y la voluntad deliberada de ofender las virtudes contrarias á los vicios preindicados. Hasta las personas seculares serían culpables en tales casos.

4.º El cumplimiento de la Santa Regla os es necesario para progresar en el camino de la perfección (lo cual es para vosotras de estricta obligación, porque es cosa propia de vuestro estado).

La que deja á un lado la Santa Regla, renuncia á hacerse santa. Cuando una persona del mundo dice á su confesor: «Padre, he vivido en un gran olvido de Dios,» quiere decir, que probablemente habrá barrenado toda la ley. Y si una religiosa desde algún tiempo no hace ya caso de la Santa Regla, el confesor deduce que en el corazón de ella hay muchas miserias. Y aun dado el caso que ésta hiciese milagros, no se le debía

creer, porque el primer verdadero milagro de una religiosa debe ser el cumplimiento de cada punto de la Santa Regla.

Una religiosa no tiene valor ninguno, como tal sino en relación con la Santa Regla. Por ella y en ella lo es todo, sin ella no es nada, aunque pase su nombre de boca en boca, ensalzado por todo el mundo. *Superior fui, et nihil est*, dice la Imitación de Cristo; *religiosus fui, et est aliquid*: he sido superior y eso es nada... religioso he sido, á saber: practiqué mi Regla, y esto es algo.

En el juicio de Dios, oh religiosa, serás premiada sólo á condición de si has vivido *secundum regulam*.

En el Purgatorio pagaremos hasta el último centavo, si no hemos dedicado á los ejercicios espirituales todo el tiempo que la Regla manda (*San Bernardo*). Nuestras faltas de fidelidad á la Santa Regla, me hacen temblar más que las persecuciones. (*San Alfonso*).

Y Jesús dijo á su sierva la Beata Margarita: «Tú no podrás complacerme mejor, que caminando con constante fidelidad y sencillez por la senda de las Santas Reglas, según las cuales los más pequeños defectos, son grandes á mis ojos, mucho más grandes que los de las demás personas».

El religioso se hace traición á sí mismo y se aparta de mí cuando piensa hallarme por otro camino que no es el de la santa observancia de sus Reglas. (*Imit. libr. 1.º*)

5.º *Todavía más*: Uno de nuestros grandes deberes es el de dar buen ejemplo, tanto en casa

como fuera de ella, no menos que promover muchas vocaciones para nuestra Madre la Congregación. Pero aquella que con facilidad quebranta la Santa Regla, fácilmente escandaliza á las de la casa y probablemente también á los de fuera, porque los seculares no os estiman sino en cuanto practicáis vuestra Santa Regla. Las vocaciones, de consiguiente, ya no irán á tocar las puertas de una casa religiosa inobservante; y si ya alguna hubiera por desgracia tocado, los confesores estarían obligados en conciencia á alejarla de allí é introducirla más bien en otra casa de verdadera observancia.

De lo dicho hasta aquí, se sigue que la obediencia á las Reglas es para vosotras una imperiosa, bien que dulcísima necesidad, pero para cumplirlas con más gusto servirá el considerar muy bien

II. *Su excelencia*: La Santa Regla puede definirse, el libro de la vida, la medula del Santo Evangelio, la escala del Cielo, la esperanza de nuestra salvación, el pasaporte y la llave del Paraíso; el maná del alma, la medula de nuestra perfección religiosa, nuestro muy hermoso libro de meditación, nuestro libro de texto para poder estudiar, practicar y así salir otras tantas maestras en la santidad; (texto mucho más necesario de lo que lo sean otros para la adquisición de las ciencias humanas y divinas).

La Santa Regla es, á buen seguro, una especie de línea recta, que yendo paralela á la línea de

los santos Mandamientos, forma para vuestras almas una preciosísima trocha, por la cual, caminando de virtud en virtud, podréis fácilmente llegar al abrazo del Esposo Divino, que allá os espera en las puertas de la eterna Sion.

La Santa Regla es un tesoro precioso que Jesús regala á su Esposa á fin de que crezca continuamente en virtudes y méritos. Es una fuente salu- tífica de donde manan perennes aguas de vida. Es un collar de perlas más preciosas que el oro y el topacio: *Mandata tua super aurum et topazion* (Ps. 118), con el cual el Divino Esposo orna el cuello de sus felices Esposas.

Las santas Reglas sirven para una religiosa como de místicas alas para remontarse siempre en alto hacia su Amado, centro de sus afectos y de su reposo.

La Santa Regla es la más preciosa reliquia que os dejó como herencia vuestro Fundador, (quien trabajó en los fundamentos de ella con una paciencia de santo) y que fué perfeccionada después por el mismo Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando uno considera de un golpe de vista todas las obras gigantescas del Venerable don Bosco, queda justamente maravillado de ellas. Pero la Santa Regla bien considerada, debe acrecentar este estupor, porque sin la intervención de ella nada se habría podido llevar á cabo en todas esas obras tan estupendas. Es el mejor libro que salió de su áurea pluma así como el mejor libro de meditación para nosotros.

Y por este motivo, oh Hermanas, el mejor modo de alabar y demostrar verdadero cariño á nuestro Padre Fundador, es el de practicar la Santa Regla.

La Santa Regla es la base de la potestad de los Superiores, quienes nada pueden mandar *contra Regulam*, ni fuera de ella, pero pueden y deben mandar todo aquello que es necesario para la observancia exacta de la misma Regla, y lo que está en ella implícitamente incluído, como sería la pena contra los transgresores, la manera de cumplir los empleos, oficios, etc.

III. *Utilidad*. Pero aquí se me podrá objetar que: por más que la Regla sea cosa excelente, no deja de ser una carga, una cadena pesada, y por ende una verdadera penitencia, etc.

Y ¿qué se sigue de esto? ¿Quién de nosotros está sin pecado? ¿Y no ha dicho el Señor, que si no hiciéremos penitencia, todos iremos á la perdición? ¡Con seguridad! Si no hacéis penitencia, pereceréis todos del mismo modo. *Si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. 13, 4). Es, pues, para vosotras una fortuna, el ser dulcemente obligadas á hacer todos los días, y, casi diré, cada momento un poco de penitencia, obedeciendo á vuestra Santa Regla.

¡Un peso la Regla! Concedamos que así sea, pero es como el peso de la rueda para un carro, y el de las alas para un pájaro; peso mínimo, peso sin el cual quedaríamos aplastados bajo otro peso más grave, ni podríamos dar un paso en el camino

de la Patria celeste. ¡Ay del avecilla si no tuviese alas! Muy pronto la pobrecita sería presa del gavilán.

Las Santas Reglas son cadenas, es cierto, pero cadenas de oro con que Jesús fuertemente os estrecha á El para que no caigáis entre las cadenas ominosas del demonio, del mundo y del vicio, de modo que podáis decir con San Pablo: *Ego vinctus Christi.* (Ephes. 3, 1). Yo estoy presa por amor de Jesucristo.

Mi esclavitud es de verdadera libertad, *qua libertate Christus nos liberavit.* (Galat. 4, 31); porque estas cadenas me impiden hacer el mal.

Las Santas Reglas son los fortines avanzados, que protegen la muralla, ó sean los baluartes de la Religión, que son los preceptos de Dios y de la Iglesia.

Son como fuertes llaves y cerraduras del alma, á fin de que esta pobrecita no sea fácilmente saqueada por el ladrón infernal. (Isai. 26, 1). Por eso es que toda religiosa deberá alabar y dar gracias al Señor con la palabra del salmista: *Lauda, Jerusalem Dominum.* (Ps. 147). Alaba á tu Dios, alma mía, porque El ha asegurado con fuertes barras tus puertas; ha establecido la paz en tu territorio (con la santa confesión) y te alimenta de la flor de harina (con la comunión frecuente).

«La Regla, añade la Madre Savouhe, nos sirve de guía en todos los países, en todas las regiones, en todo empleo, en toda necesidad».

La Regla, es pues, un gran regalo que os ha hecho el buen Dios; es, como ya se dijo, la mani-

festación clara de su voluntad con respecto á vosotras. «La Regla viene de Dios y os conduce á Dios». (Santa Juana de Chantal). Y os conduce tan seguramente, que el Papa Benedicto XIV dijo que estaba dispuesto á canonizar á aquel religioso, que hubiese siempre escrupulosamente observado todas y cada una de sus reglas. ¡Cuántas, oh, cuántas hermanas, desde los comienzos de Morne-se hasta ahora, subieron al Cielo por esta áurea escala, desde cuya cima don Bosco, vuelto hacia sus hijas, exclama: «La que quiera salvarse, que suba por esta escala de vida eterna».

La santa obediencia á la Regla, además de ser benéfica para la religiosa, atrae aún los favores del Cielo sobre toda la comunidad. Una religiosa observante, personificación de la Regla, es un libro vivo y abierto con su ejemplo de vida para las otras; mientras que al contrario, la relajación destruye poco á poco la comunidad, aunque ésta fuese la más observante.

Las vocaciones religiosas crecen ó decrecen en razón directa de la observancia ó inobservancia de las Santas Reglas. Está escrito que sobre todas las que siguieren esta Santa Regla, vendrá la paz y la misericordia, así como sobre el verdadero Israel, pueblo de Dios, es decir, sobre toda la santa comunidad, *et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia et super Israel Dei.* (Ad Galat. 6, 16).

Podremos, pues, decir sin temor de equivocarnos, que, mediante la práctica de la Santa Regla alcanzaremos toda suerte de bienes: *Venerunt*

mihi omnia bona pariter cum illa. (Sap. VII, 11).

¡Cuántos motivos no tienen, pues, las religiosas de secundar la presente observación de San Pablo, á fin de que todas tengan los mismos sentimientos y perseveren en la misma Regla! *ut idem sapiamus et in eadem permaneamus Regula.* (Ad Phil. 3, 16).

IV. Exhortación á la práctica de la Santa Regla.

1.º De lo dicho hasta aquí sobre la necesidad, excelencia y utilidad de la Santa Regla, se deduce que debéis ante todo examinaros cada día sobre aquellos puntos de la Regla, que fueran tal vez un poco descuidados por vosotras, á fin de procurar luego la enmienda.

Toda voluntaria é injustificada infracción de la Santa Regla, es ocasión de una sustracción de divinas gracias: *qui spernit modica paulatim decidet.* (Eccli. 12, 1); y por lo contrario, todo acto de acatamiento á un punto cualquiera de la Santa Regla, logra un aumento de gracia y de mérito para el Cielo.

La que infringiese una de esas mínimas reglas, mínima será llamada en el reino de los Cielos: *qui solverit unum de mandatis istis minimis, minimus vocabitur in regno coelorum.* (Matth. 5, 19).

Reglas *minimas* son, por ejemplo, las que se refieren á la disciplina y á la regular observancia; y las *máximas* son las que respectan la sustancia

de los votos y del estado religioso, como también las que fuesen expresadas á manera, no de consejo, de amonestación ó dirección, sino de precepto y orden terminante. Empero para una verdadera religiosa no hay reglas mínimas, puesto que las considera todas como importantes factores para alcanzar la gloria de Dios y la propia perfección, á la que debe buscar incesantemente. Ella sabe muy bien que un naufragio puede ser causado tanto por una gran oleada, como por un hilo de agua que se deje infiltrar en la carena.

Ella recuerda que la fuerza de Sansón toda consistía en los cabellos; cortados los cuales, volvióse débil y cayó en las manos de sus enemigos.

¡Oh, que ninguna peque jamás contra la Regla!
Nolite facere iniquum aliquid in regula. (Loc. cit.)

2.º No os olvidéis jamás de que sois las afortunadas Esposas de Nuestro Señor Jesucristo y que debéis por ende imitar sus preclaros ejemplos. Jesús no estaba en manera alguna obligado á las ceremonias legales, ya de la dolorosa Circuncisión, ya del Bautismo, ya de ir á Jerusalén para la Pascua; con todo dijo: *Non veni solvere, sed adimplere. (Matth. 5, 17)*, es decir, á obedecer escrupulosamente hasta la más leve prescripción de la ley. *Jota unum, aut unus apex, non praeteribit á lege donec omnia fiant. (Ibid. 18)*. No dejaré de cumplir una sola jota, un ápice solo de la ley, hasta que no sucedan estas cosas. Así dijo é hizo Jesús.

Y Nuestra Santa Madre la Iglesia nos recuerda que antes de dar comienzo á su Pasión, quiso

El dar perfecto cumplimiento á toda la ley: *Observata lege plene*. Lo propio podrán cantar los ángeles de cada una de vosotras. oh Religiosas, siempre que en vuestro lecho de muerte podáis exclamar con la verdad en los labios: — ¡He siempre practicado todas mis reglas, hasta la más pequeña!

Empero, ¿cómo se atreverá, pues, á llamarse su Esposa, cómo osará decir que ama á Jesús, aquella que, bajo pretexto de lo menudas que son ciertas reglas, las infringe sin más ni más á ojos abiertos, con voluntad plenamente deliberada?

Cabalmente, porque son cosas tan fáciles las que Jesús exige de vosotras, se deberán poner más fácilmente en práctica. Cuanto más ligero es el yugo, tanto más fácilmente puédese llevar.—Poco estima Jesús á la religiosa, que no estima su santa Regla, dice San Alfonso.

3.º Una verdadera Esposa de Jesucristo vive en continuo temor de violar toda clase de reglas, aunque sea levemente. Cada mínima prescripción tiene para ella tal autoridad, que á ojos cerrados se le somete con voluntad inviolable.

¿Tocan, por ejemplo á levantarse? Hela ahí que se alza inmediatamente al primer toque. Ella sabe muy bien que si hay un demonio, que está espiando el sueño para intestarle con malvadas imaginaciones, hay también otro que espía el levantarse para robarse los primeros pensamientos y afectos, y arrebatar para sí un holocausto de pereza, llenando además la cabeza de esas perezosas con pensamientos inútiles y vanos.

¿Es tiempo de silencio? No le acontecerá jamás que se le escape una palabra, fuera del caso de absoluta necesidad; y aún en este caso ella sabrá hablar *en silencio*, como lo supo hacer Marta con su hermana María.—*Vocavit Mariam sororem suam silentio.* (Joan. 11, 28).

Signe siempre ella en todo á la comunidad, como la sombra sigue al cuerpo, porque esto está prescrito por la Regla, imitando así á Santa Francisca de Chantal, que, aunque fuese Superiora, se hacía escrúpulo de estar lejos de la comunidad por el espacio de una *Avenaria*.

Ella está siempre atada á las antiguas tradiciones, referidas en la crónica del Instituto, las cuales recuerdan al vivo el espíritu que reinaba en los tiempos primordiales de la Congregación; estando muy persuadida de la verdad que encierra esta disyuntiva: *ó Crónica ó crónicas*.

Ella es rigurosa en cada punto de la santa Regla, porque recuerda cuanto dijo el alma de un sacerdote salesiano aparecido á un colega suyo: «Aquí en el Purgatorio se hila más delgado de lo que se cree por los mortales; aquí se pagan hasta las transgresiones no plenamente advertidas, aun de las más pequeñas reglas!...»

Ella es también muy especialmente rigurosa en aquellos puntos de la santa Regla, que se refieren á las *Prácticas de piedad*, teniendo presente cuanto escribió San Bernardo, á saber: que en el Purgatorio pagaremos todo, hasta el último centavo, si no hubiéremos dedicado á los ejercicios espirituales el tiempo exigido por la Santa Regla.

Ella, en fin, tiene siempre presente las palabras que Nuestro Señor Jesucristo dijo á su sierva la B. M. María Alacoque: «Tú no podrás demostrar mejor tu amor hacia á mí, sino caminando con fidelidad y sencillez constante por el sendero de tus santas reglas, según las cuales, los defectos más pequeños se hacen grandes á mis ojos. La religiosa se traiciona á sí misma y de mí se aleja, cuando cree encontrarme por otro camino que no sea la exacta observancia de sus santas reglas. (*Lib. 1.º*)

4.º ¡Religiosa afortunada! Imitadora eres de la dichosa Ruth, que recogía diligentemente las espigas, que caían de las manos de los negligentes segadores (figura que eran de los que descuidan las pequeñas reglas); y mereció así ser esposa de Booz, y abuelita nada menos que de Nuestro Señor Jesucristo. A cada regla que cumples, oh religiosa, hieres el corazón de tu Esposo Divino, que así te habla. «Y heriste mi corazón, oh hermana mía, esposa amada, y lo heriste con un cabello de tu cenello (símbolo de las pequeñas reglas bien observadas): *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa... in uno crine colli tui.* (*Cant. 4, 9*).

Tú *vives de regla* y por esto mismo *vives de Dios*. Tu vocación es más firme que nunca y tu santificación es, por decirlo así, un hecho consumado.

Puede ser que á los ojos de quien te observa parezca muy poco lo que haces; más don Bosco te dice que haces mucho, porque obrando según la Regla, haces lo que debes hacer. De esotra, por

el contrario, que alcanzó fama de *factotum*, porque todo el día se afana en mil cosas á la vez, y parece que tenga todo el mundo por encima; entretanto, empero, nunca está en horario común y á menudo barrena la santa Regla en varios puntos, ¿qué cosa se deberá decir?

«Esa hermana, continúa don Bosco, hace realmente muy poco, porque aun cuando al parecer haga mucho, no hace lo que debe; y si no cambia de conducta, se irá alejando poco á poco, hasta perder de vista el camino que debe conducirla al Cielo, que es cabalmente el camino de la Santa Regla». Lo ha dicho el Espíritu Santo. Quién descuida ir por su camino, ciertamente perecerá *Qui negligit viam suam, mortificabitur. (Prov. 19, 16)*. El que por el contrario tiene cuidado de su alma, es constante en su camino. *Custos animae suae servat viam suam. (Prov. 16, 17)*.

¡No nos olvidemos jamás de que esas desgraciadas religiosas que perdieron la vocación, dieron sus primeros pasos hacia el abismo precisamente por haberse alejado poco á poco de ciertas prescripciones de la Regla, que ellas solían llamar bagatelas.

5.º ¿De dónde nacen ciertos escándalos, por fortuna rarísimos, que á veces hacen llorar amargamente á vuestra noble Madre la Congregación?

¿De dónde ciertos remordimientos por haber emitido los santos votos, cosa que si la queremos llamar con su propio nombre, debemos sellarla con la marca de verdadera, aunque secreta *apostasía*?

¿De dónde ciertas faltas de respeto á la Superiora, cierta incalificable testarudez en repetir en su presencia la diabólica palabra: *no quiero, no quiero*?

¡Ay de mí! ¡la causa hela aquí!—la falta sistemática de observancia de la santa Regla.

¿Qué será de esas desgraciadas en el punto de la muerte? y, lo que es peor aún, ¡ante el tribunal Divino! Bien recuerdo las angustias que experimentaba en su última agonía una de vuestras Hermanas, sólo por haber quebrantado algunas veces el silencio riguroso. ¡Pobrecita! ¡de veras que daba lástima! ¡y eso que era una buena hermana!

¡Feliz de aquella que en ese terrible instante pueda mostrar á Jesús su Santa Regla y decirle: —Tú lo sabes, oh Jesús mío, que con tu gracia la he siempre amado y practicado!

Se cuenta de un religioso, que, asaltado en punto de muerte por muchas y afanosas dudas, sintió luego una paz perfecta, cuando, vuelto al Señor, le dijo: «Acuérdate, oh mi buen Dios, que con tu gracia he observado siempre bien toda mi regla del silencio!»

6.º También el Venerable Filomeno García, de Santiago (Chile), lego franciscano, moría todo radiante de esperanza en Dios. Pero se narra en su vida, que una tarde, volviendo del pozo con un balde de agua, y sorprendido por el toque del gran silencio, mientras había puesto un pie en el dintel de la cocina, estuvo en esa incómoda posición toda la noche, sin deponer el balde, para no quebrantar el silencio en manera alguna.

San Alfonso M.^a de Ligorio fué también admirable en la observancia del silencio nocturno. Cayendo, se había herido el pie, y trató de restañar la sangre con un poquito de polvo del pavimento. Y á la mañana siguiente, el enfermero, que, viéndolo con el pie hinchado, dulcemente le reconvenía porque no lo había llamado, respondió: «fué para no quebrantar el silencio».

San Juan Berchmans moría muy contento porque pudo al fin, como siempre lo había deseado, ir al encuentro de la muerte, teniendo entre las manos el santo Crucifijo, el santo Rosario y la santa Regla cual pasaportes para el Cielo.

7.º Que de cada una de vosotras se pueda decir lo que del santo salesiano, el Príncipe Csartoriski, decían sus compañeros: «Es la Regla personificada; dado caso que se perdieran todos los ejemplares de la santa Regla, no notaríamos su falta, porque siempre veríamos retratadas en él todas y cada una de las prescripciones de aquélla.

«Escucha, oh Esposa mía, dice á cada una de vosotras el Señor: Esa santa Regla, que yo te he dado, has de estamparla en tu corazón y en ella meditarás sentada en tu casa y andando de viaje, al acostarte y al levantarte; la has de traer para memoria ligada en tu mano y pendiente en la frente ante tus ojos, (es decir, te acordarás de ella continuamente). (*Deut. VI. et Seq.*)»

Y esto harán todas las novicias, y esto practicarán las profesas y con mayor razón las ancianas, quienes deben ser otros tantos espejos de virtud y obediencia para las jóvenes.

Quebrantar voluntaria y habitualmente una regla, aunque mínima, es señal de relajación. El que desprecia uno de estos preceptos mínimos, mínimo será llamado en el Reino de los Cielos. ¡Ay de la religiosa que maltrata habitualmente la regla! ¡De los pequeños defectos caerá en los grandes!

He dicho: que la quebranta *voluntariamente*, porque una infracción involuntaria ó casi involuntaria, no quita la snavidad de la devoción, ni lleva fuera del camino de la perfección. Dije también: que la quebranta *habitualmente*, pues sólo contra esta infracción habitual ha fulminado el Kempis, esa terrible sentencia: *Religiosus extra disciplinam vivens gravi patet ruina...*

Las religiosas que se alejan de la disciplina de la Regla están próximas á una gran ruina. En vano ellas llamarán Padre al propio Fundador; pues El tendrá que responder: *non ego Pater, quia nec vos filiae*: yo no soy vuestro Padre, porque vosotras no sois mis hijas!

La religiosa, que no se encamina por la senda de la perfección mediante la continua observancia de toda la Regla; según lo que prometió en el día solemne de sus santos votos, es una hipócrita, es un fantasma de religiosa, que en punto de muerte merecerá que Jesús la diga: deja esa máscara, depón ese hábito, tú no fuiste religiosa sino de nombre; no te conozco por mi Esposa *nescio vos!*

Al contrario, ¡feliz de aquella hermana que, hallándose ya en la agonía, pueda decir al Señor: — ¡Vos lo sabéis, oh Dios mío, que todas mis fal-

tas contra la Regla las cometí por pura flaqueza, y nunca por voluntad declarada, ni habitualmente!

La eterna predestinación á la gloria, está unida á la observancia de la santa Regla. ¡Viva pues la Santa Regla! y bendito sea el momento en que habéis recibido este gran regalo de Dios.

Narra San Lucas (*Cap. X*) que un doctor de la Ley preguntó un día á Jesús: Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna? Y Jesús le respondió: *In lege, quid scriptum est?* ¿qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿qué es lo que en ella lees? Haz eso y vivirás: *Hoc fac et vires.*

Lo propio responde el Señor, cuando una religiosa, acosada por el temor del infierno, le pregunta: Jesús mío, ¿me salvaré?—¿Qué dice la santa Regla? (responde Jesús) ¿qué es lo que está escrito en las Constituciones? Pues haz esto y te salvarás ciertamente.

¡DEO GRATIAS ET MARLÉ!

CONFERENCIA IV

EL SILENCIO RIGUROSO Y EL MODERADO

Quis dabit ori meo custodiam
et super labia mea signaculum
certum, ut non eadam ab ipsis
et lingua mea non perdat me
(Eccle. 22, 33).

¿Quién pondrá un candado en mi boca; y sobre mis labios un sello inviolable, para que no me deslice por su culpa, y no sea mi lengua la perdición mía? (*Eccle. 22, 33*).

I.—*Silencio riguroso.* Ensanche sus alas protectoras el *Angel del silencio* sobre todas las casas religiosas, y así se extenderá siempre más en ellas el reino de Dios, porque cuanto menos hablamos, tanto mejor se oye la voz del Señor que quebranta los cedros del Líbano y que hace estremecer el desierto de los corazones y hace caer un diluvio de gracias. (Ps. 28). Sí, oh buenas hermanas, cuanto mejor practiquéis el santo silencio, tanto más derecho tendréis de repetir á vuestro Amado: *sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis et facies tua decora*; suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce y lindo tu rostro. (*Cant. 2, 14*). Y oiréis entonces la voz de vuestro Amado, que llamando á la puerta os dirá: *ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, vox Dilecti mei pulsantis; aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea.* (*Cant. 5, 2*).

Excelencia del silencio: Bueno es, dice el Señor, aguardar en silencio la salud que viene de Dios: *Bonum est praestolari in silentio salutari Dei.* (Tren. 3, 26). En el silencio y en la esperanza estará vuestra fortaleza: *in silentio et spe erit fortitudo vestra.* (Isai. 30, 15).

El silencio, decía el acólito salesiano Domingo Biga, es el tiempo del Señor.

Durante el silencio, escribe un piadoso autor, Dios habla al corazón, y su palabra es tan maravillosa, tan dulce y atrayente, que el alma ya no quiere escuchar sino á su Dios; y esto continuará hasta el día en que, corridas ya todas las cortinas, ella pueda contemplarlo cara á cara en el Cielo.

El silencio, decía San Odón, es padre de los santos pensamientos y de las cosas grandes. Donde hay silencio, habitan la paz y la caridad, pues el silencio desarraiga la murmuración, los chismes, las contiendas, etc.

Y Santa Francisca de Chantal en sus sabias *Respuestas*, después de haber encarecido la belleza del silencio, tan recomendado por todos los fundadores de Institutos religiosos, después de haber asegurado á sus hijas que el silencio es el adorno de las casas religiosas, la madre de la oración, la puerta y la llave que guarda el corazón, añade: «para reformar un monasterio relajado, bastará introducir el silencio; así como es bastante para la relajación el desterrarlo. Sólo donde reina el silencio dan buen olor de santidad las casas religiosas.

El silencio es la belleza y alegría de toda

casa religiosa: Es *el tiempo del Señor*, porque es el tiempo de las santas inspiraciones. San Ignacio solía decir, que el silencio bien observado hace florecer todas las virtudes en una casa religiosa, y es una prueba evidente de que el fervor en ella reina. ¿Queréis saber, añadía, si en una comunidad religiosa hay virtud sólida? Examinad cómo se observa el silencio.

II.—*Necesidad del silencio.* Por el contrario según dice San Alfonso, donde no reina el silencio no hay recogimiento, ni se conoce regularidad. Pisoteada que sea la regla del silencio, entra en casa la relajación. «Nada contribuye más eficazmente á la ruina del espíritu religioso, dice el P. Calmet, como la inobservancia del silencio. Sin éste no puede subsistir comunidad alguna».

El silencio, oh hermanas, es para vosotras más necesario que el pan cotidiano. Es el punto capital de la disciplina religiosa. No sólo constituye la belleza moral de vuestras casas, sino que es su fuerza, su sostén; es una de las principales columnas del espíritu religioso, la cual si se conmueve, el edificio moral pronto viene á derruirse.

Santo Domingo quiso definir el silencio: el fundamento de la Orden. Y todos los fundadores de órdenes religiosas, todos, sin excepción, han puesto la regla del silencio en primera línea, y cual muro fortísimo de defensa contra los enemigos del espíritu.

¡Felices aquellos institutos, que han siempre practicado esta regla del silencio! Si la orden de

los Cartujos, desde que fué fundada por San Bruno, no tuvo jamás necesidad de reforma alguna, lo debe especialmente á la rigurosa práctica del silencio. De ahí con todo derecho se ha podido decir que *Cartusiana Religio numquam fuit reformata, quia nunquam deformata*.

III.—No creáis, pues, oh buenas hermanas, que sea cosa de poca monta el infringir con tanta facilidad el silencio.

Aquella que fácilmente falta á la regla del silencio, entristece el espíritu de Dios que reside en sus hermanas, persigue la virtud y se opone á Nuestro Señor Jesucristo. La que no observa el silencio, dice San Alfonso, se perjudica á sí misma y á las otras, porque donde no hay silencio, no hay recogimiento, ni se puede oír la voz del Señor.

Pero hay aún más.

Si dos ó tres hablan de cosas buenas, cuando está permitido hablar, no hay duda que el Señor se sienta en medio de ellas, así como lo asegura el Santo Evangelio allá donde dice: *Ubi... sunt duo aut tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum*. (Math. 18, 20). Jesús, pues, participa de sus discursos, las bendice, y de este modo aun la recreación contribuye al aumento de la santificación de ellas.

Pero, por el contrario, si dos ó tres hablan, aunque fuese de cosas indiferentes en tiempo de silencio y sin el debido permiso, es imposible que Jesús se les acerque y tome parte en sus discursos. El, más bien calla y se retira de esas desobedien-

tes. Y ¿qué sucederá entonces? El alejamiento de Jesús no pasará inadvertido al demonio, quien descubriendo el vacío que deja Jesús, se apresurará, el atrevido, á ir á ocuparlo él mismo. Y entonces?...

Desaparecido el sol, se hace el cielo oscuro, surcado por relámpagos precursores de la tempestad. A los discursos indiferentes suceden pronto los frívolos, en seguida las murmuraciones y ¡Dios no quiera que alguna cosa peor!

IV.—Esta desgraciada escena acontece especialmente en medio de las educandas, cuando las hermanas asistentes no cumplen con su obligación.

Siento aún ahora el corazón afligido con motivo de ciertos discursos diabólicos que el demonio fomentó, no ha mucho, en un internado dirigido por hermanas. ¡Ah! sería mejor, decía don Bosco, que un incendio ó un terremoto destruyese esos colegios, donde se da escándalo. Mejor sería, dice San Bernardo, que esas niñas no hubiesen entrado en una casa religiosa, sino más bien hubieran quedado en el mundo, donde la condenación habría sido menos terrible.

«Donde no reina el silencio, dijo Alberto Magno, allí el hombre queda fácilmente superado por el adversario: *ubi non est taciturnitas, ibi homo facile ab adversario superatur*. (De viot. c. 31).

Ahora bien, ¿de dónde partió la chispa que causó tan grave incendio? De haberse empezado con descuidar el silencio riguroso en un dormitorio, en la capilla, en la clase, en el taller, etc.

¡Pobres internas! ¡desgraciadísimas alumnas, que

dejándose arrebatado por el demonio el freno santo del silencio, corren á ciegas por la pendiente, hasta despeñarse en el abismo de la más hedionda malicia! Y esas hermanas que por descuido é incalificable blandura no vigilaron, como era su deber, ó bien pasaron fácilmente sobre tales infracciones del silencio, ¿no deberán después dar cuenta á Dios de las inevitables y tristísimas consecuencias? ¿No deberán temer de encontrar un día escritas en su propia libreta esas culpas, que por su negligencia hubiesen sido cometidas?

V.—Obsérvese bien, que el lamentable caso ya mencionado, no sucede tan sólo cuando las alumnas que quebrantan el silencio, son niñas del todo malas, sino aun cuando al presente fuesen buenas, si bien no lo hayan sido siempre en lo pasado. Basta una palabra mundana que se escape de una lengua imprudente, una expresión de doble sentido, una reminiscencia del feo mundano que nunca falta, para que, aprovechándose como de una chispa infernal, sople en ella el astutísimo demonio con tal ardor y constancia, que queme en breve y consuma el corazón de aquella imprudente parlera, en el terrible fuego en que arde él mismo.

¡Severidad suma á este respecto! No bien pueda haber una fundada sospecha, sepárense cuanto antes esas lenguas inquietas, aunque hasta ahora hayan gozado de una fama sin mancillá. Mandadlas á que les bendiga la lengua la Virgen María. Repetid siempre á todas que la mortificación de la lengua es la mejor penitencia que pueden hacer.

Se refiere de una educanda que había pedido permiso á su confesor de llevar cilicio para lograr más fácilmente mortificar sus sentidos. Pero el confesor le contestó: He aquí el cilicio: Hazte á menudo un signo de cruz en la boca, y está cierta que no hay mejor cilicio que el de velar continuamente sobre ese gran enemigo: ¡la lengua!

VI.—Nótese aquí que la doctrina antes expresada se debe explicar, con la debida proporción, no sólo á las alumnas, sino también á ciertas hermanas, para que el buen Dios se digne bendecir lenguas tan peligrosas. ¡Amén!

La falta del silencio y el prurito de hablar, dice San Antonio, será para la religiosa el naufragio de la vocación, la causa cotidiana de los defectos y caídas.—¡Oh! ¡á cuantos religiosos, escribe San Alfonso, veremos condenados el día del juicio por no haber observado el silencio! Se ha dejado abierta la puerta (la boca) y han llegado los ladrones, y se han llevado el tesoro. Penetraron los asesinos y dieron muerte á la pobre alma. *Qui custodit os suum, custodit animam suam.* (Prov-13, 3), el que cuida su lengua, cuida su alma; pero el immoderado en hablar sentirá los perjuicios; *qui autem immoderatus est ad loquendum sentiet mala.* (Ibid).

Es necesario por este motivo, no sólo observar exactamente el *silencio riguroso*, sino también practicar el así llamado

II. *Silencio moderado*. Y esto por las siguientes razones, todas á cual más importantes.

dejándose arrebatado por el demonio el freno santo del silencio, corren á ciegas por la pendiente, hasta despeñarse en el abismo de la más hedionda malicia! Y esas hermanas que por descuido é incalificable blandura no vigilaron, como era su deber, ó bien pasaron fácilmente sobre tales infracciones del silencio, ¿no deberán después dar cuenta á Dios de las inevitables y tristísimas consecuencias? ¿No deberán temer de encontrar un día escritas en su propia libreta esas culpas, que por su negligencia hubiesen sido cometidas?

V.—Obsérvese bien, que el lamentable caso ya mencionado, no sucede tan sólo cuando las alumnas que quebrantan el silencio, son niñas del todo malas, sino aun cuando al presente fuesen buenas, si bien no lo hayan sido siempre en lo pasado. Basta una palabra mundana que se escape de una lengua imprudente, una expresión de doble sentido, una reminiscencia del feo mundano que nunca falta, para que, aprovechándose como de una chispa infernal, sople en ella el astutísimo demonio con tal ardor y constancia, que queme en breve y consume el corazón de aquella imprudente partera, en el terrible fuego en que arde él mismo.

¡Severidad suma á este respecto! No bien pueda haber una fundada sospecha, sepárense cuanto antes esas lenguas inquietas, aunque hasta ahora hayan gozado de una fama sin mancha. Mandadlas á que les bendiga la lengua la Virgen María. Repetid siempre á todas que la mortificación de la lengua es la mejor penitencia que pueden hacer.

Se refiere de una educanda que había pedido permiso á su confesor de llevar cilicio para lograr más fácilmente mortificar sus sentidos. Pero el confesor le contestó: He aquí el cilicio: Hazte á menudo un signo de cruz en la boca, y está cierta que no hay mejor cilicio que el de velar continuamente sobre ese gran enemigo: ¡la lengua!

VI.—Nótese aquí que la doctrina antes expresada se debe explicar, con la debida proporción, no sólo á las alumnas, sino también á ciertas hermanas, para que el buen Dios se digne bendecir lenguas tan peligrosas. ¡Amén!

La falta del silencio y el prurito de hablar, dice San Antonio, será para la religiosa el naufragio de la vocación, la causa cotidiana de los defectos y caídas.—¡Oh! ¡á cuantos religiosos, escribe San Alfonso, veremos condenados el día del juicio por no haber observado el silencio! Se ha dejado abierta la puerta (la boca) y han llegado los ladrones, y se han llevado el tesoro. Penetraron los asesinos y dieron muerte á la pobre alma. *Qui custodit os suum, custodit animam suam.* (Prov-13, 3), el que cuida su lengua, cuida su alma; pero el inmoderado en hablar sentirá los perjuicios; *qui autem inmoderatus est ad loquendum sentiet mala.* (Ibid).

Es necesario por este motivo, no sólo observar exactamente el *silencio riguroso*, sino también practicar el así llamado

II. *Silencio moderado*. Y esto por las siguientes razones, todas á cual más importantes.

1.^a *Para evitar los pecados.* Dijo muy bien un óptimo autor. «Ten entendido que si dices cien palabras, tendrás que dar cuenta á Dios de cada una».

Y el sacro cancionero:

- «Ea! resuelve de callar,
- » Si el cielo quieres gozar;
- » Pues, quien quiere siempre hablar
- » Nunca deja de pecar.
- » De la lengua, odio y rencor
- » Salen siempre con furor.
- » De ella sale aún la guerra,
- » Que un infierno hace la tierra».

Y ya antes lo había dicho el Espíritu Santo: ¿Crees que podrá ser justificado el hombre de muchas palabras? ¡No! Quien habla mucho hará daño á su alma. *Qui multis utitur verbis, laedet animam suam, (Eccl. 20, 8).* Hablar mucho sin ofender á Dios es un prodigio que no se ve sobre la tierra; estando escrito que en el mucho hablar no faltará pecado; *in multiloquio non deerit peccatum. (Prov. 10, 19).*

Es por este motivo que David decía: Velaré sobre mi conducta para no pecar en mi lengua. *Dixi, custodiam vias meas ut non delinquam in lingua mea. (Ps. 38. 1).*

Nuestra lengua, dice San Bernardo, miembro tan pequeño y sin huesos, es sin embargo terrible.

Hasta cuando se habla por necesidad, fácilmente deja ella escapar palabras necias, vanas, ridículas, inútiles, picantes, etc., y á veces exage-

raciones y mentiras. ¿Qué será, cuando rompe el freno y pasa á morder en la murmuración, á seducir en la adulación y á dar muerte en la calumnia? ¡Oh y de cuánta materia de llanto nos es causa cada día la lengua, si no se la tiene enfrenada! Tenia razón el Apóstol Santiago, cuando escribía que entre los órganos de nuestro cuerpo, el de que más se sirve el demonio para hacernos pecar es la lengua. Si este *inimicus homo*, después de haber reducido todo el cuerpo de Job á una sola llaga, le dejó sin embargo intactos los labios y la lengua, no fué ciertamente por compasión hacia ese buen siervo de Dios, no, fué al contrario por refinada maldad, puesto que él esperaba que Job se hubiera servido fácilmente de la lengua para maldecir al Señor. Pero por fortuna de Job, el enemigo quedó en esto afrentado.

2.^o *Para aprender á hablar bien, es decir: santamente.*

La más difícil de las ciencias es la de hablar bien. Para aprender bien una ciencia, se requiere mucho tiempo, y tanto más cuanto la misma ciencia se hubiese ya aprendido antes, pero muy mal.

¡Cuánta dificultad en este caso para enderezar las ideas torcidas, los hábitos defectuosos, invertidos! Dígase lo mismo con mayor razón, tratándose de la difícilísima ciencia de hablar bien.

Es necesario ante todo callar, y callar por mucho tiempo: 1.^o para extirpar la manera mundana de hablar, que tan arraigada se tenía en el si-

glo. 2.º para dar lugar á que hablen los más sabios y prudentes y así aprender el modo sano y recto de emplear la lengua.

Es por este motivo que el Espíritu Santo no nos dice: *tempus loquendi et tempus tacendi*; sino más bien *tempus tacendi et tempus loquendi*; (*Eccles. 3, 7*) hay tiempo de callar y tiempo de hablar. Ninguno habla con acierto sino el que calla de buena gana. (*Kemp. 3, 20*). Por este motivo el Señor nos ha dado dos orejas y una sola boca; como para que no nos olvidáramos que debemos escuchar el doble de lo que hablamos. «Muchos hablan, dice San Ambrosio, porque no saben callar, y es cosa rara el callar cuando no es conveniente hablar. (*Lib. 3. Off. Cap. II*).

También San Basilio dijo, *que el silencio es escuela de bien hablar. Silentium est gymnasium bene loquendi*. El continuo silencio, dice San Bernardo, nos obliga á meditar las cosas del cielo: *coget coelestia meditari*; al contrario, añade San Doroteo, el mucho hablar apagará los santos pensamientos, que el buen Dios nos envía.

Callando y escuchando se forman los sabios, dijo A Lápide: *audire et silere faciunt sapientem*.

Los discípulos de Pitágoras callaban durante cinco años continuos para así aprender á hablar con perfección.

Y Jesús mismo á la edad de doce años, fué hallado en el templo, sentado en medio de los doctores, á quienes primero escuchaba y después interrogaba: *audientem illos et interrogantem eos*. (*Luc. 2, 46*).

3.º *Para aprender la piedad y la devoción.*
No hay persona de oración que hable mucho, dice San Alfonso. Si dejas destapada una redoma de precioso licor ¡adiós fragancia!...

¿Ves en el horno sin puerta
Como se escapa el calor?
Pues, hermana mía, alerta!
Que así se escapa el fervor,
Si tienes la boca abierta!

«He cerrado con llave la puerta, dice la Esposa de los cantares, y me he entretenido con mi Amado».

Moisés, callando con los hombres y hablando sólo con Dios, casi perdió el uso de la palabra.

Y Jeremías, apenas empezó á conversar con el Señor, se puso á exclamar: ¡Ah! ¡ah! Señor Dios, tú ves que casi no sé hablar, porque soy todavía un jovencito. (*Jer. 1, 6*).

La oración (es cosa cierta)
Será tibia, fría ó muerta,
Si el Señor, á quien se invoca,
No custodia nuestra boca.

Siempre que hablamos mucho con las criaturas el corazón derrama por la boca todo fervor; el cual se pierde como el agua en un recipiente roto.

Cuando la puerta de una casa está siempre abierta, señal clara que allá dentro no habrá muchos tesoros, que digamos. Y ¿cuál tesoro de virtudes podremos hallar en el corazón de las porteras?

Dice San Alfonso: el que mucho habla con las criaturas, habla poco con Dios, porque aun no sabe hacerlo. Mientras más habla, menos recoge el fervor; el espíritu de compunción se disipa; la oración está siempre llena de distracciones, el alma de venialidades, que la vuelven fea y asquerosa á los ojos de Dios. *Lingua est aptissimum evacuandum instrumentum*, dice Santo Tomás. La lengua es un instrumento muy apto para vaciar el corazón.

«No ser amigos del silencio y ser malos; es casi una misma cosa,» decía San Isidoro. El prurito de hablar, el estar habitualmente disipado, es señal de una alma débil y falta de virtud; si se quiere hablar mucho con las criaturas, no se tiene tiempo de hablar con el Criador. La religiosa disipada, dice San Ligorio, no sólo es la alegría del demonio, sino que hace oficio del mismo diablo, porque impide á las otras de observar el silencio y vivir en el santo ejercicio de la presencia de Dios. Las religiosas parleras son los demonios familiares del convento y hacen un mal incalculable, que sólo se conocerá en la hora de la muerte».

III. No me detengo á inculcaros el *silencio moderado* en tiempo de los ejercicios espirituales, porque es de creerse que á esta hora todas saben que el fruto de estos ejercicios está en razón directa del silencio que se observa; y actualmente no hay ya casa religiosa que no siga la regla general de observar, no ya el silencio moderado, sino el *riguroso en todo el tiempo* de dichos ejercicios.

Os diré más bien, que la moderación de la lengua, es necesario practicarla de un modo especial durante el tiempo de las vacaciones y toda vez que por particular ocasión se juntan hermanas de diversas casas. En tales casos, para contar las propias peripecias que ocurrieron durante el año, con mucha facilidad se murmura de las hermanas y de las superiores locales, vituperando la conducta de unas y el rigor ó la tolerancia de las otras; y, haciendo parangones ó cálculos que no siempre son conformes á la verdad, se acaba por hacer llorar á la *veneranda madre: ¡la Caridad!*

Es mejor que en semejantes circunstancias se narren cosas que edifiquen, ejemplos de virtudes que se hayan visto, gracias obtenidas, ventajas y consuelos obtenidos de vuestras alumnas, en las escuelas, en los talleres, en los oratorios festivos; en una palabra, todo lo que sirva para animar al bien. Pero declárese guerra sin cuartel contra toda murmuración, y si fuera el caso de deber avisar ó poner remedio á algún desorden, maniéstese, cuanto antes, pero solamente á la Superiora.

¡Cese de una vez este prurito de hablar de todo y de todos, ese convertirse, como algunas hacen, en una especie de gacetas universales, que siempre saben todo lo que pasa, dentro y fuera de casa; siempre son las primeras en recoger toda nueva noticia para esparcirla inmediatamente á los cuatro vientos con la rapidez del telégrafo! Religiosas son éstas, pero sólo de nombre; porque fué escrito que si alguno se precia de ser religioso

sin refrenar su lengua, antes bien engañando así su corazón, la religión suya es vana, es falsa su piedad, (es decir, no es religiosa). (*Iac. 1, 26*).

Tengamos siempre impreso en la memoria el consejo de San Bernardo: —antes de proferir palabras una sola vez, hazlas pasar dos veces bajo la lima: *antequam verba proferas, bis ad limam veniant quam semel ad linguam.* (*In spec. Mon.*)

IV. ¡Oh! ¡quien nos diera poder contemplar al angel del *silencio* protegiendo con sus alas santas á cada una de vuestras casas! ¡Cuántos pecados menos se cometerían! ¡Cuántas preciosas virtudes y preclaros méritos adquiriríanse para el cielo!

¡Silencio! pues, oh hermanas, ¡silencio! á fin de que Dios os hable; de lo contrario... ¡El se calla!

¡Silencio! para que se extirpe todo vicio, y germinen todas las más hermosas virtudes.

¡Silencio! á fin de que no se pierda la presencia de Dios tan necesaria.

¡Silencio! para que el espíritu de oración, la caridad, la humildad y la santa castidad, no deban suspirar y llorar desconsoladamente.

¡Silencio! á fin de conservar la pureza de corazón y la paz de Dios, que es el regalo más grande que el Señor puede hacer á una comunidad religiosa.

¡Silencio! oh Superiores, para que el espíritu religioso no vaya visiblemente menguando.

¡Silencio! oh súbditas, para que se restablezca el crédito de vuestra Comunidad.

¡Silencio! oh ancianas, para que podáis edificar á las jóvenes.

¡Silencio! oh jóvenes, á fin de habituaros á llevar desde vuestros primeros años el suave yugo del Señor.

¡Silencio! oh vosotras todas, que de veras queréis volveros santas, á fin de que vuestro justo deseo se convierta en una deliciosa realidad!

¡Oh Señor! exclame cada una de vosotras con el Eclesiástico: *lingua mea non perdat me!* ¡ah! que mi lengua no sea mi perdición. (*Eccle. 22, 33*).

A semejanza de Santa Marta, que fué á llamar á su hermana María, pero lo hizo en silencio: *vocavit eam silentio*, vayamos á llamar suavemente á la puerta del corazón de María, nuestra Madre, rigurosa observante del silencio y Maestra por ende de las almas que meditan. *María... conservabat omnia verba conferens in corde suo.* (*Luc. 2, 19*) á fin de que Ella nos obtenga de su Divino Hijo la gracia de mortificar lo mejor que se pueda, esta nuestra peligrosísima lengua; pues de este modo cuidaremos y salvaremos ciertamente nuestra pobre alma; estando escrito, como ya se dijo, que, quien custodia su lengua, su alma custodia.

DEO GRATIAS ET MARIE.

CONFERENCIA V

MURMURACIONES Y MENTIRAS

*Omnia facito sine murmuratib.
nibus.*

Haced todas las cosas sin murmuraciones.

Ad. Philip. 2, 14.

Noli velle mentiri omne mendacium: assiduitas enim illius non est bona.

Guárdate de proferir mentir alguna: porque el acostumbrarse á eso es muy malo.

Eccle. 7, 14.

Evitar toda murmuración y mentira: — perseguir sin tregua estos dos teos vicios: — temerle como se teme el pecado, contrario á la bella virtud; he aquí el corolario de la instrucción precedente; ¡he aquí cuánto, oh buenas hermanas, voy á recomendaros de todo corazón!

I. *Murmuraciones.* 1.º Sucede en la casa religiosa, como en todo el mundo, que á medida que entra más el invierno, aumentan los resfriados y la obstinada tos, máxime en las personas más delicadas de salud. Y hay días en que toda la enfermería se llena de personas constipadas, y toda la casa tiene aire de hospital. Pero al asomar los albores de la primavera, la tos obstinada va disminuyendo, y acaba por desaparecer del todo al llegar los calores estivales.

Se ve, pues, que la falta de calor es la causa de tales resfriados.

Del mismo modo la falta del fuego santo, del amor divino, trae consigo muchas enfermedades, entre las cuales hay que contar esa tos canina que se llama murmuración.

Lo que da pena á las superiores es tener hermanas sujetas á la tos crónica. ¡Pobres hermanas! Pasa el invierno, pasa hasta la primavera, y viene el estío, se cambia de casa, de temperatura, de país; ¡y la tos maligna no da señales de querer desaparecer!

¡Se ha estacionado en los bronquios, cerca del corazón, y no hay modo de poderla extirpar!...

Pero lo que causa mayor amargura al Corazón de Jesús y más aflige á las superiores, es la tos crónica de la murmuración, que en ciertas hermanas parece haber constituido su morada perpetua. He conocido á algunas de estas criaturas que, ni con el repetido cambiar de casa, ni con la llegada de la dulce primavera de los meses de María y del Sagrado Corazón, ni con el fuerte estío de los Ejercicios Espirituales, ni con pasar hasta de un país á otro han perdido su tos crónica. Avisadas, amonestadas, lloran, prometen: — ¡Ya verá usted que será ésta la última vez!... — pero al día siguiente hélas allí *sicut erat*. ¡Entonces se torna á amonestarlas, á amenazarlas, y vuelven ellas á las promesas y á las lágrimas!... pero á la primera ocasión hélas aquí con las tijeras, y, si se quiere, hasta con las tenazas de la murmuración en la mano, dando cortes á troche y moche, sin fijarse en si el paño que desgarran pertenece á una hermana, á una superiora ó á una casa entera; y...

¡dichoso de quien no cae bajo esos cortes inexorables! De éstas dice el Espíritu Santo que: aguzaron sus lenguas como espadas: *exacuerunt ut gladium linguas suas*. (Psl. 43, 3). Aguzaron sus lenguas viperinas: *acuerunt linguas suas sicut serpentis*. (Psl. 139, 3).

Su lengua es como una penetrante flecha: *sagitta vulnerans lingua eorum*. (Jerem. 9, 8).

Es como fuego devorador su lengua: *et lingua ejus quasi ignis devorans*. (Isai. 30, 27).

Son éstos unos fantasmas de religiosas, aptas para acrisolar la virtud de sus compañeras, máxime de las superiores; cuyas palabras y acciones nunca dejan de observar con ojos de lince, para desatarse después en murmuraciones, lamentos y rayos y truenos.

Algunas de ellas se querrán excusar diciendo que la causa de sus quejas y murmuraciones se debe á la poca consideración en que se las tiene; á la dureza é imprudencia de las otras, etc., etc.

Pero no es así, señoras mías; la causa es una sola: la falta de calor, la falta de amor á Dios. ¡He aquí la verdadera causa de esa diabólica tos, que se llama murmuración!

¡Sólo un milagro podrá cerrar esa lengua, cerrar esa boca, haciendo desaparecer para siempre esa tos crónica tan fatal!

Hermanas de tal ralea ¿por qué callarlo? infunden miedo, no sólo á las superiores, sino á todos. Y si, además, fuesen de aquellas que sieñbran discordias entre las otras, serían execrables hasta delante de Dios. (Prov. 6, 19).

2.º ¡Que el Señor os libre de toda especie de murmuraciones, hasta de aquellas que se hiciesen con apariencia de caridad y de compasión, que uo por esto dejan de hacer un gran mal.

Oíd un hecho: Había una hermana de corazón sencillo, muy recto, maestra en el colegio de N..., donde pasaba tranquila sus días, amiga de su Dios y toda confianza con su Directora. Cierta día, en ocasión de una fiesta en la casa central, había ido á ver á la madre Visitadora, y se había despedido de ésta llorando de consuelo. ¿Por qué lloras? le preguntó una hermana, de lengua poco prudente. Y no recibiendo respuesta alguna, prosiguió: Ya sé por qué estás llorando. Es porque no estás de buena gana bajo la dirección de tu superiora. ¡Y tienes razón de sobra, pobrecita! Yo también, cuando estuve en aquel colegio, sufrí mucho á causa de aquella directora! ¡Te compadezco y te repito que tienes razón!...

Pero, digo yo, ¿dónde habrá aprendido aquella imprudente un modo tan cruel de consolar?

Esa pobre hermana, aun cuando no haya respondido ni una palabra á aquel triste *páño de lágrimas*, sin embargo, quedó desde un principio turbada, herida después en medio del corazón; perdió la confianza con la directora, y pasó días bastante amargos. ¡Oh, mis buenas hermanas: decid á menudo á María que os bendiga la lengua!

3.º A veces, hay que decirlo, las murmuraciones son efecto de ligereza de cascos, más bien que de corazón duro y soberbio. Pero esta facilidad de hablar puede causar serias consecuencias. Se dirá,

por ejemplo: fulana es un buen sujeto, le falta sólo un poco de juicio; zutana fácilmente se resiente por ser algo uerviosa; mengana es muy piadosa, pero es también algo devota del santo *Clavó*. Ahora bien, ¿quién no ve que las críticas de esta especie, tanto más si se hacen delante de las superiores, pueden acarrear graves daños, no sólo á los individuos, sino, y especialmente á la Comunidad, siendo que los superiores, mal impresionados por tales murmuraciones, no tratarán, quizás, de poner á esas hermanas, por otra parte muy dignas, sobre el candelabro, para que alumbren con sus virtudes á la Comunidad?

¡Ah, hablemos siempre bien de todos! Por cuantas imperfecciones tenga una religiosa, siempre posee algunas buenas cualidades. Sean, pues, éstas, y no los defectos, las que formen el sujeto de nuestras conversaciones. Dios os ha congregado para que forméis una sola alma y un solo corazón *in Domino*. ¡Oh, Dios mío, haced la unidad de los espíritus en la Verdad, y la unión de los corazones en la Caridad! (S. R. C. 24 Maj. 1904; 300 días de indulgencia).

4.º Ahora, una pregunta: ¿Será también murmuración el criticar de las otras Congregaciones y Ordenes, con el fin de mostrar estimación y afecto á la nuestra?

No cabe duda que semejante crítica es mala, muy mala, porque, al fin y al cabo, es efecto de nuestra gran soberbia. ¡Ah! seamos humildes si queremos á la Congregación.

San Francisco de Asís, á los suyos los llamó

Menores. San Francisco de Paula los apellidó *Mínimos* entre los demás religiosos.

San Francisco de Sales no sólo no permitía que sus hijas tratasen de enaltecer su orden ó aun sólo equipararla á las demás, sino quería que todo el mundo supiese que la Orden de la Visitación, última por nacimiento, no era sino una pequeña violeta de primavera, que no resplandece por su color, sin dejar por eso de exhalar suave fragancia para su Divino Creador.

Y este pensamiento se lo repetía á menudo, á fin de que estuvieran bien penetradas, por el conocimiento y amor de su poquedad y abyección.

También nuestro padre, el Veu. Juan Bosco, que no quiso, por humildad, imponer su nombre á las dos Congregaciones que él fundara, sino que llamó á la primera: *Pia Sociedad de San Francisco de Sales*, y á la segunda: *Congregación de las Hijas de Maria Auxiliadora*, siempre nos inculcaba gran respeto y admiración hacia las otras Ordenes y Congregaciones, sin dejarnos, empero, roer el corazón por la envidia de su esplendor y prosperidad: *Omnis spiritus laudet Dominum*. (*Psal.* 150, 6). Empléese todo espíritu en alabar á Dios.

Con todo esto, no se quiere decir, mis buenas hermanas, que debáis amar á vuestra Congregación menos que á las otras. Si vieseis juntas, por ejemplo, á la primera emperatriz de este mundo y á vuestra madre, haríais, por supuesto, muchas demostraciones de respeto y veneración á la primera, pero reservaríais para la segunda las más singula-

res muestras de cariño, aunque vuestra madre no fuese más que una simple lugareña.

Pues bien, la Congregación es vuestra tierna Madre. Estimad cuanto queráis á las otras Ordenes y Congregaciones, pero amad con predilección á la vuestra, puesto que á ésta Dios la creó cabalmente para vosotras, de modo que está perfectamente cortada y adaptada á la calidad de vuestro espíritu.

5.º Tomaremos margen de lo que acabamos de decir, para predicar la cruzada con más razón contra la manía de censurar las otras casas de nuestra misma Congregación.

¿Si será verdad que tal cosa pueda acontecer? ¿Y no es ésta una barbarie semejante á la que comete aquel que se hiera á sí mismo? ¡Por amor á Dios y á vuestra buena Madre, la Congregación, alabad siempre con mucha franqueza y cordialidad á vuestra propia Casa, máxime cuando habláis, de palabra ó por escrito, con los seglares, pero mucho cuidado con deprimir á las otras para ensalzar la vuestra! Se sabe que los parangones son odiosos, y...

San Francisco de Sales dijo un día á Santa Francisca de Chantal: «¡Yo soy capaz de soportar toda otra clase de disgustos y sinsabores, mas el de ver la desunión entre los Monasterios de la Visitación, es cosa superior á mis propias fuerzas!»

Algo parecido á esto manifestó nuestro Venerable fundador, tanto en sus escritos como en sus discursos.

¡Guerra, pues, á la negra envidia, madre que

es, fatalmente fecunda, en más negras murmuraciones! ¿Las otras casas prosperan? ¿todo les va á pedir de boca? Gocémonos y alegrémonos con ellas y por ellas. ¿Sufren y lloran bajo el peso de tantas cruces de repetidos reveses? Tratemos eficazmente de ser su paño de lágrimas. Es éste el gran consejo de San Pablo: *gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus* (Roms. 12, 15). Alegraos con los que se alegran, y llorad con los que lloran.

6.º No quiero abandonar este espinoso enredo de la murmuración sin descubrir todavía una de sus agudísimas espinas: el murmurar, á saber, de los sermones y de los predicadores, el imitar su tono de voz, aun sus mismísimos ademanes, etc.

Es ésto uno de los defectos más graves que pueda manchar la fama de una hermana, la cual deberá, por esta causa, temer los juicios de Dios.

¡Que la gracia divina difunda sobre vuestros labios, pero nunca jamás, la crítica burlona!

¡Que cada hermana se pueda decir lo que el Espíritu Santo dijo de María Santísima: *Diffusa est gratia in labiis tuis!* (Psl. 44, 2).

Las hermanas humildes son como las abejas industriosas, que se valen hasta del fango para elaborar su dulcísima miel. Las soberbias, al contrario, son como las arañas, que de las mismas flores extraen veneno. Procuren las superiores arrancar, desde las raíces, ese vicio tan abominable, y repitan frecuentemente á sus hermanas esta sentencia: «La que se crea sabia, debe hacerse virtuosamente sencilla y estulta, para llegar á ser sabia de veras. Esta es divina filosofía».

¡Que el Señor se digne infundirla en vuestro corazón!

II. *Mentira*. 1.º Entre las seis cosas que odia el Señor: la primera, son los ojos altaneros; la segunda, la mentira: *sex sunt quae odit Dominus... oculos sublimes, linguam mendacem.* (Prov. 6, 17).

Y ¿Será necesario tocar también este punto, hablando á religiosas? Sí, porque hay desgraciadamente algunas, muy pocas por buena ventura, que hablan mentiras: *loquuntur mendacium.* (Psl. 5, 7); que no saben decir la verdad, porque acostumbraron su lengua á los embustes: *et veritatem non loquuntur, docuerunt enim linguam suam loqui mendacium.* (Jer. 9, 5) y que todo el día acumulan mentiras sobre mentiras: *tota die mendacium multiplicant.* (Osea. 12, 1).

Y han llegado hasta este punto, porque no tuvieron cuidado desde un principio de evitar con fuerza y sin indulgencia alguna, las exageraciones y las mentirillas, habiendo dicho el Espíritu Santo, que quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco se perderá: *qui spernit modica, paulatim decidet.* (Eccl. 19, 1).

2.º *Mendacium fugies*: huíd de la mentira, dice á todos el Señor. (Exod. 22, 7). Esto se refiere, por supuesto, hasta á las más ligeras.

San Agustín dice que la mentira nunca puede ser lícita, porque las palabras fueron instituidas para que los hombres puedan manifestar sus pensamientos, y no para que se engañen. Y no hay

que creer que se pueda mentir con el fin de hacer algún favor al prójimo, porque lo mismo se podría decir del hurto; si, por ejemplo, se diera á un pobre lo que se ha hurtado á un rico.

¿Ayer habéis arrebatado, á fuerza de súplicas y lloriqueos, una excepcional licencia de una superiora mayor? Hoy, para justificaros ante las otras superiores subalternas, diréis que no fué un permiso, sino una estricta obligación que la que era superiora os ha impuesto.

Santo Tomás de Aquino enseña que ni por broma es lícito mentir. Narra su vida, que ciertos amigos suyos, queriendo chancear con él, le dijeron un día:—¡Padre! ¡padre! ¡mire allá ese buey volando!—Al oír esto Tomás, todo maravillado paseaba la mirada en rededor para ver en donde estaba el tal buey. Estupefactos por esto sus amigos, echáronse á reír por su gran credulidad. Pero el Santo, que había querido darles una lección, lanzó una mirada severa, y les dijo: ¡Se debe creer más fácilmente que vuela un buey, que no que una boca cristiana llegue á proferir una mentira!

¡Cuidado, pues, con las mentiritas! Son ellas unas culebrillas que mañana se harán grandes serpientes. ¿Exageraréis hoy un poquito una cosa? Dentro de poco vuestros labios dirán una mentira completa. ¿Pintaréis hoy, con negros colores, los defectos de una alumna, de una hermana? y mañana los inventaréis del todo. ¿Ahora os excusáis ante la Superiora, disminuyendo asaz la malicia de esa vuestra debilidad? Más tarde echaréis la

culpa á otras; culpa que es toda vuestra, exclusivamente vuestra. ¿Ahora atenuáis un tanto las culpas al confesor? ¡Mañana el humo de la soberbia, obscureciendo la mente, tornará vuestras confesiones un triunfo para el padre de la mentira, y justo motivo de gemidos y de lágrimas para el pobre Jesús, rechazado en la entrada de vuestro corazón!

¡Cuidado, repito, con las mentirillas! Son caminos torcidos que rápidamente conducen á la ruina; son invitaciones que se hacen al forjador de mentiras para que vaya á tomar posesión de su casa, que es la boca y el corazón del que miente.

¡El corazón de una embustera es ese desgraciado lugar donde se acuñan ciertas falsas monedas, llamadas mentiras, que no llevan la efigie del Padre de la Verdad, sino del *pater mendacii*!

Del demonio, dice San Juan, que no hay verdad en él: cuando dice mentira habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira: *non est veritas in eo; cum loquitur mendacium, ex propriis loquitur quia mendax est, et pater ejus.* (San Juan. 8, 44).

3.º ¡Toda una religiosa! ¡Toda una Esposa del Dios de la Verdad ser mentirosa! ¡Qué repugnante y fatal contrasentido! ¿No os parece ver á un demonio vestido de religiosa? ¡Ah, mis buenas hermanas, no queráis jamás mentir contra la verdad! *Nolite mendaces esse adversus veritatem.* (Jacob. 3, 14). ¿Y quién podrá ponderar los castigos reservados para las lenguas embusteras? Por tales pecados se atrae sobre sí la ruina. Y en primer

lugar la *perdida de la reputación*. Esta hermana mentirosa se habrá ya quizá arrepentido, su boca dirá ya la verdad; pero quien la oyó mentir una vez, no está ya dispuesto á creerla, parécase á un ángel, haga milagros. Ha mentido *una vez*, pues, mentirá siempre: *semel mendax, semper mendax*. He aquí la opinión que ella se ha conquistado en la casa donde vive. Y si quisiere hacer un poco de bien, será necesario trasladar á otra parte la acción de su apostolado.

Pero el castigo más grave, es el que directamente viene de Dios. Abomina el Señor los labios mentirosos: *abominatio est Domino labia mendacia.* (Prov. 12, 22). A El dice el profeta Rey: Tú perderás á todos aquellos que hablan mentiras: *perdes omnes qui loquuntur mendacium.* (Psl. 5, 6). Acabe el Señor con todo labio engañoso: *disperdat Dominus universa labia dolosa.* (Psl. 11, 3).

Y el Espíritu Santo nos aseguró que la boca mentirosa da muerte al alma: *os quod mentitur occidit animam.* (Sap. 1, 11).

¡Malditísima mentira! ¡odiémosla, hermanas, como la odia el Señor! ¡aborrezcámosla con todo el corazón! *Verbum mendax justus detestabitur.* (Prov. 13, 5). Detesta el justo la mentira. Mejor es ser pobre que mentiroso: *melior est pauper quam vir mendax.* (Prov. 19, 22).

Sea siempre vuestro modo de hablar: si, si, ó no, no: *sit sermo vester: est, est, non, non.* (Math. 5, 37).

De modo que Jesús pueda decir de todas vos-

otras en el día supremo del juicio: no se halló mentira en su boca: *in ore eorum non est inventum mendacium*. (Apoc. 14, 5).

Para alejarnos más y más del abismo de la mentira, procuremos evitar las expresiones exageradas é hiperbólicas. No se digan harto fácilmente, para excitar mayor interés, las palabras, por ejemplo: *extraordinario, bellissimo, horribilísimo*, etc.; y úsense con parsimonia los adverbios: *prodigiosamente, excesivamente*, etc.

Lo bello, llámese simplemente bello y no ya *perfecto*: lo feo, feo, y no ya *horrible*. ¡Evítese del todo el adverbio *divinamente*, hablando de dotes y obras puramente humanas, que esto luele á blasfemia!

La exageración en el hablar, es muchas veces causa de que no se crea más á ciertas personas.

Mas, si alguna mentira se nos escapase á veces del labio, sin ó casi sin querer, desdigámonos en el acto. Las llagas, como todos saben, se curan con más facilidad cuando están recién hechas. (Sales).

Florezca para siempre, en todas y cada una de vuestras Casas, la encantadora virtud de la sencillez, que es la expresión genuína de la verdad, á la que nunca trata de esconder con el manto de la hipocresía, ni con palabras ambiguas, ni con tergiversaciones ó con restricciones estrictamente mentales.

Toda religiosa verdaderamente sencilla, encontrándose en deber de hablar, dice claramente lo que piensa, evitando, sin embargo, el zaherir toda ajena susceptibilidad.

4.º El profeta rey penitente David, preguntó un día al buen Dios: «¡Ah, Señor! ¿quién morará en tu celestial tabernáculo, ó quién descansará en tu santo Monte?» (Prov. 14, 1). Y el Espíritu Santo le respondió: *qui loquitur veritatem in corde suo* (id): aquél que dice la verdad según la siente en su corazón.

Renunciando, pues, mis buenas hermanas, á toda mentira, hable cada una la verdad con su prójimo, puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros. (Ephes. 4, 25).

Acordémonos, empero, que del Señor es el gobernar la lengua: *Domini est gubernare linguam*. (Prov. 16, 1).

Y de aquí es, que, si verdaderamente queréis arrancar del corazón la mala yerba de las murmuraciones y mentiras: *ut recedant vetera de ore vestro* (1. Reg. 2, 3). decid francamente al Señor: Aleja de mí la vanidad y las palabras mentirosas: *vanitatem et verba mendacia longe fac a me*. (Prov. 30, 8). No te olvides ni apartes de las palabras de mi boca: *ne obliviscaris, neque declines a verbis oris mei*. (Prov. 4, 5).

Pon, Señor, una guarda á mi boca y un candado que cierre enteramente mis labios: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiae labiis meis*. (Psl. 140, 3). ¡Así sea! Dios mío, haced la caridad de los espíritus en la verdad, y la unión de los corazones en la caridad. (300 días, S. R. C., 24 Maj. 1904).

5.º Acabaremos por recomendaros encarecidamente el hacer guerra sin cuartel hasta á las

mentiras *de hecho*, como serían, v. gr. ficciones, dobleces, simulaciones, subterfugios, etc., que son parientes próximos de la mentira. Ciertamente, artificios y enredos vuelven á la religiosa muy reprehensible, ante Dios y ante los hombres. Si, por ejemplo, una está sana, ¿por qué fingirse enferma? Si puede, fácilmente, desempeñar ciertos cargos, cumplir con ciertos deberes, ¿por qué ir á buscar una serie interminable de fútiles pretextos para poder eximirse? ¿Por qué comer á escondidas y hacer al mismo tiempo el feo papel de mortificada y penitente? ¿Por qué aparentar devoción, con el solo fin de captarse fama de santidad? etc.

Ah! sed siempre sencillas como palomas: *estote... simplices sicut columbae (Math. 10, 16)*, especialmente tratando con vuestros superiores: que son los representantes del mismo Dios; porque, si á los hombres los podéis á veces embrollar, nunca alcanzaréis á engañar al Omnisciente Jesús, que es la misma Verdad: *quoniam Christus est Veritas. (1.ª Joan. 5, 6)*.

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA VI

AMOR PROPIO. — AMOR SENSIBLE

*Erunt homines seipso amantes...
alati, superbi...
Levantantur gentes amadoras ó
pagadas de sí mismas, altaneras,
soberbias.*

(2.ª ad. Tim. 3, 2).

I. Hay quien exagerando dice, que el así llamado *sentido común* no es tan común, que se diga; al contrario, es bastante raro entre los míseros mortales. Pero todos están más bien de acuerdo en decir que el *amor propio* es cosa de todos, y por este motivo algunos lo quisieran llamar *amor común*. Entiéndase que aquí se habla, no de ese amor propio santo, fundado en la humildad, la cual no busca más que la virtud, sino del amor propio defectuoso, hermano gemelo que es de la soberbia.

1.º Pero aun cuando tal amor sea común á todos, sin embargo no ha sembrado sus raíces igualmente profundas en el corazón de todos. Y por esta causa se encontrará alguno con una dosis de ese amor, otro con diez, un tercero con ciento, que equivale á decir: con el corazón que rebosa de este amor desgraciado.

2.º Si se pudiera ver lo que pasa en el corazón de ciertas religiosas, se encontraría algo semejante á lo que se ve en ciertos pueblecitos de nuestro Piamonte, los cuales, allá por la edad media, fue-

ron tierras feudales. La Iglesia Parroquial, donde habita Jesús, está allí debajo, pero allá arriba en la cumbre del collado, en acto de dominar, tanto la Iglesia como la población, está el castillo del conde ó del marqués A ó B.

Lo mismo acontece en el corazón de estas pobrecitas. Un lugarcito para Jesús lo hay aún en su corazón; pero quien ocupa la parte dominante, no es Dios, sino simplemente el yo. Sí, el mismo Señor *Yo*.

¡Ah! ¿quién me diera una fuerte piqueta para destruir luego y para siempre ese infausto castillo? ¿Quién pondrá la dinamita para hacer saltar por los aires al monstruoso ídolo *Yo*, y luego convidar al Rey de los corazones, Jesús, á que suba y ocupe el puesto que le corresponde?

¡Si hay un caso excepcional en que la revolución se supone lícita, es éste ciertamente! ¡Animo, pues, oh hermanas! ¡Abajo el *yo*: arriba Dios! ¡Muera el *yo*, y que viva el solo Dios!

3.º Me parece oír ya un *hurra* general, que anuncia la victoria en toda la línea. ¡El *yo*, ha muerto! ¡El amor propio ya está aplastado!...

Pero, *experto crede Ruperto!* Yo no creo haber atrapado el gato mientras no lo tenga en el saco.

Si á un fulano cualquiera, después de haber oído el fragor de vuestras protestas, le viniese la idea de colocar una línea telefónica entre su casa y la vuestra, ¿qué cosa no debería escuchar?: Esto no me toca á *mi*. Y á *mi* ¿qué me importa? ¡Nadie me manda! ¡Ay de *mi*, ninguno me quiere bien!

¡No es sino á *mi* á quien se hacen injusticias! O bien: ¡Me he lucido! Todos celebran *mi* buen humor, todos desean *mi* compañía, todos se fijan en *mi*: superiores, alumnas y parientes, etc. Si me diesen este oficio á *mi*, ¡ya verían! etc.

¡Oh, cuántos *mi*! En la música los tonos de *mi* no son más que cuatro: dos mayores, que son fuertes, y dos menores, que son débiles y melancólicos; pero en la música de la inteligencia y del corazón de esas tales, todos los tonos son en *mi mayor* y siempre *fortissimo*. ¡Oh, quien pudiera hallar modo de penetrar en esos cerebros armónicos, y cambiar registro, y anular para siempre esos tonos de *mi*, que no sirven absolutamente para alabar al verdadero Dios, sino sólo para adular é incensar al desgraciado ídolo *Yo*, el cual no tiene derecho ninguno, no diré ya de ocupar un pedestal, ni de recibir homenajes y adoraciones, pero ni siquiera de existir un momento en nuestros corazones!

Destruyase, pues, el ingrato tono de *mi*. Cántese más bien de hoy en adelante, en los tonos de *do*, de *re* y de *sol*, si se quiere, pero nunca más en el de *mi*. Por ejemplo: *Doy á mi* Jesús, de palabra y de obra, todo mi corazón. El es *mi* verdadero *Rey*: á El toda mi voluntad y para siempre, puesto que El es el *Sol* de Justicia, y el *solo* dehe ocupar todos mis pensamientos y afectos, etc.

4.º Nuestro examen particular, no debería jamás alejarse de este punto; á saber: considerar en qué se ocupa nuestra mente, nuestra fantasía y

nuestro corazón. ¡Oh, si velásemos siempre atentamente, cuántas veces no sorprenderíamos al desgraciado *yo*, á quien creíamos muerto y sepultado, en el acto de incorporarse, de levantarse, é intentar nada menos que escalar el pedestal, sobre el cual reina el soberano Jesús, sino para derribarlo de allí, á lo menos para quedarse á su lado ¡el atrevido! ¡Sí, todo para Jesús, pero también un poco para mí! Y ¿será esto posible? ¿Dos Dioses? ¡Pero ésta es una herejía de hecho! El corazón humano no puede encerrar en sí dos señores dominantes. Un trono no admite á dos reyes, ¿podrá admitirlos Jesús, que es, por antonomasia, el Dios celoso, y que nunca pudo tolerar rivales? ¡Abajo el *yo*! ¡Viva Jesús para siempre en nuestros corazones!

5.º Lo haremos, pues, de esta manera, dirán algunas, de hoy en adelante intimaremos guerra sin cuartel al amor propio, y...

—¡Sí, está muy bien! Pero... ¿y por cuánto tiempo? ¡Cuidado con ser del número de aquellas que son *perfectas*, mientras procede bien todo lo que desean y del modo que les place; pero... ¡Ay de quien les hace un poco de resistencia á su voluntad! Las veréis luego con la cara oscura, fruncidas las cejas, y con la trompa larga, larga, por días enteros, siempre dispuestas á tomar fuego en cualquier leve encuentro. ¡Santas de palo! ¡Devotas del *santo clavo*! ¡Verdaderas esclavas de su amor propio!

¡Religiosas, según las pinta San Francisco de Sales, que llenan ordinariamente la casa de quejas,

lamentaciones y llantos; que viven de meras sospechas y quimeras; siempre melancólicas, despechadas, tomando lo difícil por imposible; que, amonestadas, redoblan sus lamentos, y claman y protestan contra la falta de caridad, si no se gime y llora con ellas, á fin de compadecerlas y asegurarlas que hasta razón tienen para afligirse; que, si están enfermas y no se les encarece su mal, y no se corre luego acá y allá para juntar todos los remedios que el capricho les sugiere, se creen abandonadas, desgraciadas, y las demás las tildan: ¡almas de cántaro!—religiosas que están siempre en acecho para observar si á las demás se les hace preferencias...; pobres víctimas de ese gran tirano llamado *amor propio*, que les está diciendo de continuo á la imaginación:—¡Mira que te descuidan! ¡Mira que no te tratan como mereces!...

Imperfección femínea, por cierto, y propia para turbar y hacer perder el vigor á una Comunidad entera...

6.º Aquí, sin embargo, me diréis que querer acabar del todo con el amor propio es poco menos que imposible: ya que, según se dice, este gusano, asqueroso en toda la extensión de la palabra, no morirá mientras tengamos un hilo de vida; y hasta hay quien asegura que sólo dejará de existir algunos minutos ¡después que *hayamos muerto*!

Respondo que es muy cierto que nosotros á solas somos incapaces de destruirlo del todo, pero, y ¿por qué nos olvidaremos del *omnia possum in* *eo qui me confortat* de S. Pablo? (*Ad Phil. 4, 13*). Todas las cosas me son posibles en Aquél que me conforta.

Es muy cierto que así como del género de nuestros vestidos nace la polilla que destruye el mismo género, así se desarrolla y multiplica hasta lo infinito la carcoma y el microbio del amor propio, que acomete, avanza, roe y destruye todo el poco bien que hacemos, si no tomamos las debidas precauciones.

Pero esto último es á nosotros á quien toca el hacerlo.

¿Habéis observado lo que hacen no pocos de nuestros operarios americanos para tomar nuevos bríos y no desmayar en la pesada fatiga cotidiana?

Van á tomar, cada mañana, la famosa copita; y en seguida se marchan al trabajo. Y si más tarde se sienten sin fuerzas, vuelven á tomar otra copita para *matar el gusano* ó el microbio, como dicen ellos.

No de otra manera hemos de hacer nosotros para dar muerte al fatal microbio de nuestro amor propio, para fortificarnos en el amor santo y en la recta intención de hacer y sufrirlo todo, á fin de consolar al buen Jesús.

La farmacia, el farmacéutico, el médico, todo lo tenemos en nuestra misma casa: en el Santo Tabernáculo.

¡No dejemos de entrar toda mañana en esta divina Farmacia, y digamos á Jesús en la Santa Comuni3n:—¡Oh, Señor, tengo verdadera necesidad de una bebida muy amarga, que apague para siempre el feo microbio de mi amor propio!—Y Jesús nos dará luego una gota de esencia de la

humilde violeta, mezclada con el ajeno de la verdadera mortificación. Y ¡oh, qué bebida tan salu-
dable será ésta! ¡Cómo se siente uno en seguida dispuesto á sufrir, en silencio y con resignación, las humillaciones!

Y si después de algunas horas se percibe de nuevo el agitarse de ese asqueroso gusanillo, si ya torna á levantarse por el aire ese microbio pestilencial..., nos volveremos inmediatamente á la farmacia, ó sea dispensa divina de Aquél que dijo: Sedientos, venid todos á las aguas: *Omnes siti-
entes, venite ad aquas*, y vosotros que no tenéis dinero, apresuraos, *et qui non habetis argentum,
properate*; venid y comprad sin dinero y sin otra permuta, vino y leche (símbolo de la gracia y de la sabiduría divina): *venite, emite absque argento,
et absque ulla commutatione vinum et lac.* (*Isai. 55, 1*).

Y se repiten las visitas y se hacen fervorosas comuniones espirituales, y el amor santo aumenta, y el amor propio va perdiendo toda su fuerza sobre nosotros, y no transcurrirá mucho tiempo sin que sintamos el corazón todo cambiado, y con el brazo tan fuerte como para destruir del todo al falso dios *Yo*, y tendremos tan dulce y potente la vez como para dar el *do* de pecho, y, si cabe, hasta el *re* y el *sol* de la tercera escala, evitando cuidadosamente todos los tonos de *mi*.

Habitnadas así á las bebidas dulce-amargas que Jesús os prepara, oh hermanas, en la Divina Farmacia del Altar, no sólo no huiréis de las humillaciones, sino que las buscaréis; á lo menos

os estimaréis afortunadas cuando os encontréis humilladas, y diréis también vosotras con el profeta Rey Penitente:—Bien me está, oh Señor, que me hayas humillado, para que así aprenda tus justísimos preceptos. *Bonum mihi quia humiliasti me ut discam justificationes tuas.* (Psl. 118, 71). Y sólo entouces obtendremos el triunfo sobre el amor propio, y gozaremos de una paz perfecta. Concluiremos con las palabras de la Imitación. (Lib. 11. Cap. XI). Si el hombre diese su hacienda toda, aún es nada. Si hiciera otra gran penitencia, aún es nada. Aunque tenga toda la ciencia, aún está lejos; y si tuviere gran virtud y muy ferviente oración, aún le falta mucho: le falta la cosa que le es más necesaria.

¿Y ésta cuál es? ¿Que dejadas todas las cosas, deje á sí mismo y salga de sí del todo, y que no le quede nada de amor propio!

¡Ah, quién pudiera ser tan desprendido como aquel santo Jesuíta que, al oír que una buena religiosa, su penitente, le decía: Padre mio, nosotras todas rezaremos por Vuestra Reverencia, y le recordaremos siempre delante de Dios!—¡No lo hagáis, contestó, no lo hagáis, os lo ruego! Yo no deseo tal cosa, puesto que no quiero ser propietario de vuestras oraciones. Mas, rezad, si os place, por nuestra Compañía, y así yo tendré parte también, como el mínimo entre todos.

Grau prueba daríamos de haber vencido, al menos en parte, nuestro amor propio, si todas las virtudes y adelantos espirituales que á Dios pedimos para nosotros, se las pidiésemos también para todos los demás, máxime los de nuestra Casa.

II. *Amor sensible.* He aquí otro amor más peligroso aún que el anterior.

Si no hay cosa mejor que una religiosa, cuyo corazón está todo poseído del amor de Dios, tampoco hay cosa peor que el de una hermana que deje reemplazar en sí el amor divino por el sensible para con sus alumnas y hermanas.

1.º ¡Ojalá que toda hermana dedicada á la educación é instrucción de la juventud, pudiera merecer de Dios el hermoso elogio que hizo el santo sacerdote Eliacin á la fuerte Judit!—Porque te has portado con varonil esfuerzo y has tenido un corazón constante, porque has amado la castidad..., por esto también la mano del Señor te ha confortado, y por lo mismo, serás bendita para siempre. *Quia fecisti viriliter, et confortatum est cor tuum, eo quod castitatem amaveris..., ideo et manus Domini confortavit te, ideo eris benedicta in aeternum.* (Judith. 15, 11).

¡Oh, hermanas! Si debéis hacer guerra sin cuartel al amor propio, con mayor razón aún al amor sensible, que fácilmente se torna en sensual, debéis hacer guerra de exterminio con las bien templadas armas de una dolorosa y sincera confesión, de una plena confianza con la superiora y de las enérgicas separaciones que el caso requiere.

El demonio siempre anda al rededor buscando á quien devorar, y prefiere los corazones de las Hermanas y de las alumnas, como que son sus bocados más tiernos y por él más apetecidos,

Sorelle! sursum corda!

Ché il diavol non vi morda!

Tan sólo no sirviendo á las pasiones y resistiéndoles continuamente, es como se halla la verdadera paz del corazón. Pues, como dice la Imitación, no hay paz en el corazón de quien se ha entregado á las ilusiones de los sentidos, sino en el del fervoroso y espiritual. (*Libr. I, cap. 6, 2*).

2.º Una hermana, en medio de sus alumnas, puede parangonarse á la vara de Moisés, la cual, levantada en alto, operaba maravillosos prodigios, pero arrojada al suelo se trocaba en una serpiente venenosa y mortífera.

Esas vuestras alumnas, ¡oh, hermanas! amadlas, sí, ¡pero amadlas en Dios! ¡Arriba el corazón! No miréis más que su alma y así la salvaréis con la vuestra. *Diligite*, os dice el Ven. D. Bosco, *sed diligite animas vestras et vestrarum*.

Y San Francisco de Sales solía repetir á sus Religiosas:—No queráis amar según la carne, sino según el Espíritu Santo: *Nolite amare secundum carnem, sed secundum Spiritum*.

Vuestras niñas son la imagen del Señor: amadlas, pues, por puro amor de Dios.

Quien las ama de otro modo, corre riesgo de no amarlas de una manera pura, ni constante ni igual. Los cuidados y servicios que prestamos á quien amamos por inclinación, tienen muy poco mérito, á causa del gusto y satisfacción que en ello tenemos; pues, en general, más lo hacemos por ese movimiento natural, que por amor de Dios. Santa Catalina pone á este fin una comparación muy exacta: «Si tomáis, dice, un vaso, y lo llenáis en una fuente, y bebéis de él sin retirarlo

de la fuente, aun cuando bebieseis sin cesar, el vaso no se vaciaría jamás. Pero si lo separáis de la fuente tan pronto como bebáis, se quedará vacío: así sucede con el amor: cuando no se le separa del manantial, que es Dios, nunca se agota».

¡Ay de vosotras si en ellas sólo miráis el cuerpo, prescindiendo de su alma! ¡Ah, el cuerpo no es más que tierra, y tierra enferma y miserable, que produce serpientes y bichos venenosos de tantos pecados!...

¡Cuántas niñas se encuentran sin gracia ni hermosura en lo exterior, y son, sin embargo, muy agradables á los ojos de Dios! La buena gracia y la cara simpática, contentan la genialidad de los que viven según las inclinaciones terrenales; mas, la verdadera caridad, repara tan sólo en la hermosura del alma y se difunde sobre todos, sin aceptación de personas.

3.º Comprendo que algunas veces conviene, y hasta parece necesario, prodigar á vuestras alumnas algunas caricias para que no acaben por desanimarse del todo; pero debe haber siempre el *modus in rebus*. D. Bosco, vuestro Padre y Maestro, solía, en semejante caso, poner las manos sobre la cabeza del niño á quien intentaba sacar á toda costa de las garras del demonio para restituirlo á Dios. ¡Imitad á este caro Padre Fundador, para que no os acontezca que, secundando los impulsos de un corazón ciego y aturdido, en vez de conquistar una alma y vencer al demonio arrebatándole la presa, acabéis por dejaros vencer y robar vosotras mismas, proporcionando así al enemigo un doble triunfo!

¡Ah, qué vergüenza! Sería éste el caso de aplicar el proverbio que dice: *Y pifferi di montagna scesero per suonare, ma furono suonati!*

¡Esa hermana quería arrebatarse al diablito á esa pobre niña; pero quedó ella misma, presa en las redes del negro cazador, por no haber cuidado bien su propio corazón, por haber amado, no el alma, sino las dotes corporales de su alumna!

¡Alerta, oh hermanas! ¿Qué haríais vosotras si vierais caer á una de vuestras hermanas ó niñas en las vertiginosas ondas de un río? ¿Os arrojaríais acaso á dentro, abrazándola para sacarla más pronto? ¡Jamás! ¡Pero, si fuera factible, os aseguraríais con una mano á algún árbol ó fuerte rama de la orilla, y con la otra aferraríais á la que está para ahogarse; pero tan sólo del cabello, y no os dejaríais abrazar de aquella; de lo contrario, la pérdida sería inevitable, y... para entrambas! ¡Ah, cuántos quedaron ahogados por esta cansa! ¡Pero un número mucho mayor quedó ahogado en las aguas muertas y vertiginosas del amor sensible, en el acto mismo en que pretendían salvar á sus pobres alumnas!

Lo que ha hecho D. Bosco con sus niños, hacedlo vosotras con vuestras niñas, y así tendréis un amor bien entendido, un amor prudente, y seréis valientes cazadoras de almas.

Sería aquí el lugar oportuno para estigmatizar toda amistad particular peligrosa de las hermanas entre ellas mismas; amistades que destruyen el espíritu de familia que debe reinar en una casa religiosa. Amistades que turban la paz y unión

general, suscitando un mar de murmuraciones, chismes, celos y discordias; amistades que ablandan en demasía y dejan afeminado el corazón; que debilitan la devoción; que alejan de las miradas de las superiores, y conducen poco á poco á la sensualidad: amistades que empiezan insensiblemente con una mirada, un apretón de mano, un regalito: continúan con tonterías y estupideces; y acaban á veces por envenenar el corazón, causando la muerte del alma y de la vocación... ¡Pero no tengo valor de tratar exprofeso un argumento tan triste!

Toca á los superiores remediar pronta y eficazmente este mal tan contagioso y fatal. Hagan presente á sus súbditos, cuando fuere el caso, cómo tales afecciones no sólo debilitan, sino que poco á poco destruyen en todas—no excluís las ya alicianadas—el amor á Dios; porque es tan débil y mezquino nuestro corazón que no se puede partir en dos, la mitad para Jesús, y la otra mitad para las criaturas:

«Corazones partidos no los quiero,

Pues, cuando doy el mío, lo doy entero».

Así dice á todos, y especialmente á vosotras que sois sus esposas, el celosísimo Jesús.

San Francisco de Sales, explicando la Regla de San Agustín, donde dice: Las religiosas no se han de servir de su corazón, ni de sus ojos, ni de sus palabras, sino para el servicio de la dilección de su Esposo celeste, y no para el servicio de las genialidades é inclinaciones humanas, así se expresa: Si hubiese, por ejemplo, dos hermanas. y

á una la amaseis muy mucho, al paso que miráis á la otra con frialdad, habría peligro que vuestro afecto no fuera demasiado puro, pues, cuando se ama á las hermanas en Dios y para Dios, se las ama á todas igualmente.

No cabe, como religiosas que profesan oración y tratan familiarmente con Dios, puedan dar su corazón á las criaturas y entregarse al placer de ser amadas por éstas, de mirarlas, etc.

¡Oh Religiosas, uníos todas con vuestras superiores para extirpar, donde lo haya, este vicio!

Si una hermana, decía Santa Francisca de Chantal, tuviese un tumor peligroso que quisiera tener escondido, seríamos crueles callándolo, y benignas manifestándolo á quien debe y puede poner remedio. Aplicar el caso, al tumor maligno de las amistades particulares.

¡La gracia del Espíritu Santo, que es amor purísimo, reine ahora y siempre en el corazón de todas vosotras! *Spiritus sancti gratia, illuminet sensus et corda vestra. Amén!*

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA VII

MORTIFICACIÓN ESPECIALMENTE EXTERNA

Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes. ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris: Traemos siempre representada en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nuestra carne mortal.

(2 Cor. IV. 10).

Nos cabe hablar expreso de la mortificación, virtud que consiste en el hábito de hacer siempre actos contrarios á nuestras malas pasiones, causadas ya por el pecado original, ya por nuestras propias culpas.

I. *Su necesidad.* 1.º Nos la inculca el Espíritu Santo por boca de San Pablo, diciendo: «Los que son de Jesucristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones: *qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* (Ad. Gal. V. 24). Si hacéis morir las obras de la carne, ó sea las pasiones malas, viviréis. *Si facta carnis mortificaveritis, vivetis* (Ad. Rom. 8, 13).» Traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nosotros. (*Loc. cit.*)»

2.º Nos la prescribe terminantemente Jesús mismo, de quien San Pablo pudo con razón escri-

bir que no buscó nunca su propia satisfacción: *Christus non sibi placuit. (Ad. Rom. XV, 3)*. Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue su cruz, y sígame: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me. (Math. XVI, 24)*. Quién no carga su cruz y me sigue, no es digno de mí: *Qui non accipit crucem suam et sequitur me non est me dignus. (Id. Y, 38)*. Y no se contenta Jesús con que llevemos nuestra propia cruz de tarde en tarde, sino que nos manda la llevemos cada día: *tollat crucem suam quotidie. (Luc. 9, 25)*. Jesucristo, dice San Pedro, padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigias ejus. (1.ª Petr. II, 21)*.

3.ª La misma razón natural, y nuestra condición de míseros mortales, tanto más miserables, cuanto más tentados y más pecadores, nos intiman la santa mortificación.

A la verdad, tres potentes enemigos nos están acechando, sin darnos casi nunca tregua, y son: por delante, el mundo engañado y engañador; á la espalda, el astuto y furiosísimo demonio, y las malas pasiones por adentro. Estas últimas constituyen nuestro enemigo más formidable. Si alguien nos avisara que un terrible enemigo, armado hasta los dientes, nos está buscando, que ya penetró en la casa, y ya logró esconderse en nuestro mismo aposento ¡cuál zozobra no nos causaría esta noticia! y como no nos armariamos también nosotros

de pies á cabeza para hacerle frente y no quedar muertos bajo sus golpes. Pues bien, el fatal enemigo de nuestra pobre alma, no sólo logró aposentarse en nuestra misma habitación, sino que está cerca, muy cerca de ella y de continuo le acomete gritando: ¡te mato, te mato!... ¡Pobre alma! Este enemigo es tu mismo compañero invisible, el cuerpo! ¡Ay de tí, si te descuidas un tantico! El enemigo tanto más feroz, cuanto más en lo pasado se ha consentido á sus brutales exigencias. Es como el lagarto de Guayaquil (Ecuador), que hasta no haber gustado carne humana, no acomete al hombre, mas una vez que en ella se haya cebado despidе un hedor insoportable y ataca á cuantos hombres encuentra. De consiguiente todos, pero en especial los que han cedido cobardemente en las pasadas batallas, deben estar de continuo sobre las armas para defenderse de ese cuerpo pecador por medio de rigurosa mortificación.

¿Qué hace el cirujano con el bisturí que acaba de envenenarse, por haberlo hundido en una llaga putrida y contagiosa? Lo echa sin más ni más en un fuego de altísima temperatura, á fin de desinfectarlo plenamente, no sea que contagiado, contagie á otros enfermos. ¿Qué se hará de un aposento que fué apestado por la larga permanencia de un cadáver putrefacto, ó aún sólo de enfermos atacados de enfermedades asquerosas? Habrá que esterilizar cuanto microbio pestífero en él se anidara, y para esto no bastará quizás lavar y relavar con desinfectantes, pavimento, paredes y cielo raso, sino que será preciso hasta quitar el revoque,

deshacer el piso, etc., si no queremos que la muerte sienta allá sus reales!...

Lo propio digamos de un cuerpo, que por desgracia haya manchado sus sentidos, hundiéndolos en vicios asquerosos, y que por un tiempo considerable, haya servido de triste morada al fétido y contagiosísimo pecado mortal. Fuego de amor divino y sendos golpes de continua mortificación se requieren para que el cuerpo, así azotado, pierda sus fatales bríos, sus humores contagiosos, y el alma no quede ya inficionada por el contacto con éste. «La carne es el manantial de los vicios; es pues preciso domeñarla, si queremos evitarlos». (*Santo Tomás*).

4.º Sube de punto la necesidad de la mortificación, tratándose de religiosas, que el día feliz de sus desposorios, oyeron la voz de Jesús resonar al oído del alma: «Yo soy tu Esposo de sangre» *«Sponsus sanguinum tu mihi es. (Exod. 4. 25).»* Yo he vivido y muerto en la cruz, y quiero que mi esposa me imite en todo y por todo. Yo quiero grabar mi nombre en el corazón de mi amada, pero, así como para poder escribir algo sobre un pergamino, es menester de antemano raspar perfectamente hasta el último vestigio de carne, así Yo no podré trazar ni una palabra en tu corazón, si no estuviese perfectamente mortificado, nunca tendrás tú derecho de exclamar: — mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para mi Amado: *Dilectus meus mihi et ego illi.*» (*Cant. 2, 16*). La esposa ha de semejar a su Esposo.

Vuestro corazón, oh Hermanas, es el jardín de

Dios. ¿Cómo podrá sembrar nada el jardinero en un jardín lleno de espinas y abrojos, sin antes desarraigarlo y limpiarlo todo perfectamente? Del mismo modo no sembrará el Jardinero celestial gracias y virtudes en vuestro corazón, á no haber antes desarraigado todas sus malezas mediante la mortificación.

El día de vuestra profesión religiosa, oh Hermanas, habéis prometido formal y solemnemente procurar alcanzar poco á poco la religiosa perfección, practicando no tan sólo los preceptos, si que también los consejos evangélicos. De consiguiente Jesús, vuestro Esposo, quiere de vosotras que además de mortificar las feas pasiones, á fin de evitar toda culpa grave, combatáis hasta ciertas inclinaciones naturales, que os inducen á propias complacencias, y os impiden pensar sólo en El, y hacer lo que á El más le place; quiere que no solamente os mortifiquéis en las cosas de obligación, sino también en las de supererogación, aunque honestas; quiere que desterréis de vosotras todo sentimiento de delicadeza corporal, de todo apego sensible, y os revistáis de su divino espíritu. ¡Cuidado con quejaros, porque os toca sufrir las penas inherentes á la vida común y los compañeros indivisibles de la santa pobreza! ¡Cuidado con lamentaros del demasiado trabajo en la difícil tarea de la vigilancia y de la euseñanza! ¿Acaso dejasteis el mundo y entrasteis á la Casa religiosa para gozar más comodidades, y no para sufrir privaciones? ¿Entrasteis para copiar mejor el divino modelo, Jesús crucificado, y de esta manera,

además de reparar por la penitencia los pecados de la vida pasada, ayudar al Divino Redentor en la salvación de las almas, puesto que no hay redención posible sin Calvario; y sin cruz, Jesús no admite á su amistad á los que buscan sus comodidades. (*Santa Teresa*).

Para volveros más inclinadas y más dispuestas á la oración, y para poder recibir más fácilmente las impresiones de la gracia, y *obtener la salvación de las almas*, que Dios os ha confiado, es absolutamente necesaria la santa mortificación. El Beato J. M. Viaúney, oyendo á un párroco quejarse de sus feligreses, que no se querían convertir, le preguntó: ¿Ha rezado Vd? ¿Ha ayunado? ¿Ha dormido sobre la desnuda tierra? ¿Se ha disciplinado? Si no ha hecho Vd. todo esto, no ha hecho lo suficiente para que se conviertan.

5.º Hay por último un prepotente motivo que nos obliga á la mortificación. ¿Y cuál? Ese Cielo tan bello que nos espera. Todos queremos subir allá; y con razón, puesto que es aquella nuestra única Patria. Harto terrible se nos presenta la disyuntiva; —¡O Paraíso eterno, ó eterno infierno! —Empero nada sucio ó contaminado podrá entrar en el Cielo: *nihil inquinatum in eam intrat*. (*Sap. 7, 25*). La mortificación será en buena hora el prodigioso lavado que nos acorta el terrible purgatorio, y nos limpia para el Cielo. ¿Habrá, pues, una sola de mis buenas Hermanas que se atreva á rechazarla? Para subir al Cielo dicen los Santos, no hay sino dos escalas: *la blanca* de los inocentes, en cuya cima está María Santísima

ma invitando á subir; y la *roja* de los penitentes enrojecida por la sangre de la santa mortificación, á cuyo pié vemos á Santa María Magdalena, invitándonos con su ejemplo á trepar por los áridos peldaños. Ya hemos dicho en otro lugar que los muros de la celestial Sión son formados de vivas piedras preciosas: *lapides pretiosi omnes muritui*; (*Off. Dedic.*). Estas piedras son los dichosos Comprensosres; piedras labradas y pulimentadas á fuerza de golpes de cincel de la mortificación: *scalprij salubris ictibus et tunsione plurima* (*ibid.*).

II. *¿En qué mortificarnos especialmente?*
Pasando por alto sobre la indispensable mortificación interior del terrible amor propio y del amor sensible, (de los que ya hemos hablado, y son dos gusanos roedores que echan á perder todo lo bueno) haciendo caso omiso de la no menos necesaria mortificación de todo afecto desordenado á parientes, amigos, patria, lugares, empleos, objetos aún pequeños, conformes á nuestro gusto y capricho, y hasta á favores y consuelos espirituales, etc., nos limitaremos á decir algo sobre la mortificación exterior de los cinco sentidos del cuerpo, tan indispensable, que, en sentir de San Vicente de Paul: «el que no hace caso de las mortificaciones externas, so pretexto que las internas son más perfectas, demuestra claramente que no es mortificado ni interior, ni exteriormente.» (*Magnari, Vida del Santo*).

1.º *Mortificación de los ojos*. Hé ahí el sentido corporal que necesita ser mortificado de un

modo especial. Es por los ojos por donde entra la muerte en el alma. Entre los ojos y el corazón hay una alianza tan íntima, que en el acto que aquellos miran, éste se resiente al instante. Tras la mirada va instantaneamente el pensamiento, tras el pensamiento el deseo, tras el deseo la acción. Por los ojos entran las emponzoñadas flechas que hieren el corazón.—Nuestros ojos son para nosotros un lazo.—(*Santa Teresa*).—Si vemos personas de diferente sexo, no debemos mirarlas con los ojos fijos, atentos y escudriñadores—dijo San Francisco de Sales.—*Ver y no mirar*, dice San Agustín. El ver es simple acción natural, mas el mirar puede ser fácilmente criminal. «Mira que es cosa mala el ojo maligno: *Memento quoniam malus est oculus nequam.* (*Eccle. 31, 1*). ¿Hay en el mundo cosa peor que semejante ojo? (*ibid*).—¿Quieres no caer en cosas ilícitas?—nos dice un Santo, evita el mirar las lícitas.—Poco á poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas. (*Eccle. 19, 1*). En ciertas materias, no conceder nada es más fácil que conceder poco. Nuestro Venerable Padre don Bosco en sus innumerables viajes nunca fué por pura curiosidad á visitar, por ejemplo un monumento ó cualquiera otra obra de arte. Los ojos de don Bosco fueron para nosotros una continua plática. ¡Hermanas! Sea también vuestra modestia patente á todos los hombres: *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.* (*Phil. 4, 5*). Jesús andaba con los ojos bajos. En el Santo Evangelio se señala como un acontecimiento cada una de sus miradas.

Mortificad la vista también con no leer nada peligroso ó sospechoso. Nuestra madre Éva halló la muerte en la manzana, que la miró antes con curiosidad, y después no pudo contenerse y la comió. Ciertos libros encierran más veneno que esa fatal manzana; hacen conocer solamente el bien y el mal: *el bien* de una ignorancia feliz que se perdió, y *el mal* de una ciencia funesta de que ya no podemos librarnos! ¡Cuidado con ciertas *novelas piadosas* que excitan la imaginación y la llenan de sentimentalismos! ¡Cuidado con ciertos libros *modernistas*, escritos especialmente para la mujer, para adularla y trazarle una devoción muy cómoda y sentimental, apta para hacer devotas sensuales, y farsantes, pero nunca santas!

2.º *El oído* es también muy peligroso á causa de las murmuraciones, adulaciones y palabrotas mundanas y maliciosas que se pueden oír. «Haz de espinas una cerca, dice el Espíritu Santo, y no des oído á la mala lengua: *Sepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire.* (*Eccli. 28, 28*). ¿Habéis presenciado alguna vez ese trasiego que se verifica entre los buques á vapor y las chatas cargadas de carbón? Pues bien, os aseguro que esos cargadores y descargadores no son tan negros y sucios como esos demonios sentados, quien sobre los labios, quien sobre las orejas de los que manejan el carbón mortífero de las malas conversaciones, hablando ó escuchando.

Ciertas conversaciones hay que temerlas como las espinas, el fuego y la peste. De un lado está el tizón, del otro la estopa; y en el medio está el

demonio que sopla! ¿Quién se atrevería á acercar su oreja á la boca de una serpiente venenosa, ó de un apestado? Pues, es cierto que ciertas bocas mal habladas son asaz más temibles!

Una religiosa ha de mortificar sus oídos, hasta con huir de las músicas profanas, de ciertas romanzas livianas, de las noticias del mundo, etc.; hasta con soportar sin quejas cuanto ofende los oídos materiales, como por ejemplo: el ladrar obstinado de los perros, el cacarear de las gallinas, ciertos traqueteos, ciertos sonidos de piano importunísimos, la gritería y chillidos de las alumnas, los pasos rumorosos y pesados de ciertos transeuntes, los gemidos de una persona enferma, etc., etc. Todo esto sirve admirablemente, si lo sufrimos con paciencia, para abreviarnos el Purgatorio, y labrar mejor nuestra corona.

3.º *El olfato* no deja de ser un sentido peligroso para nuestra alma. No sin motivo el sacerdote que ministra la Extrema Unción pronuncia sobre la enferma estas sacramentales palabras: *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam indulgeat tibi DOMINUS quidquid per odoratum deliquisti*. Y la religiosa responde: ¡*Amén!* ¡Que así sea! Pero más vale arrepentiros desde ahora de toda suerte de pecados pasados, y mortificar este sentido privándoos absolutamente de todo perfume ya natural, ya artificial. Estas cosas cuando no fueren aconsejadas por la mútua caridad por ejemplo, para quitar ciertos olores que ofenden al prójimo—son ciertamente indignas de toda religiosa que sepa respetarse.

Nuestro Venerable Padre don Bosco no olfateaba ni las flores más fragantes. Pero, cuando era invitado á dar su juicio sobre la fragancia de ciertas flores que ornaban los pensiles de sus amigos y bienhechores, se limitaba á pasar delicadamente un pétalo entre el pulgar y el índice, acercándolos después á la nariz á fin de poder emitir el parecer que le habían pedido.

De San Francisco de Sales se narra que, al acercarse un pobre anciano enfermo, que exhalaba horrible hedor exclamó: «Los malos olores de los enfermos son para mí como olor de rosa».

«Las hijas de este siglo, os dice San Ambrosio, recogen flores de un día, mas vosotras debéis recoger la flor del Cielo, Jesucristo, que ha dicho: Yo soy la flor del campo y lirio de los valles».

4.º *La boca* da abrigo, por desgracia, á dos grandes enemigos de nuestra alma: la lengua y la gula.

a) *Mortificación de la lengua*. No imitéis á las mujeres parleras, que siempre hablan hasta cuando no saben que decir. «En el mucho hablar nunca faltará pecado; mas quien sus labios refrena es muy prudente» *in multiloquio non deerit peccatum; qui autem moderatur labia sua, prudentissimus est*. (Prov. 10, 19).

Cuantas bufonadas, liviandades ó ternezas peligrosas deja imprudentemente escapar la lengua de una Hermana parlanchina. Y ¡ay! ¡con cuanta facilidad, durante ciertos insulsos y peligrosos discursos, las rosas y los lirios se deshojan y marchitan! «Nuestra lengua es la lengua de Jesu-

cristo; no hagamos de ella otro uso que el que haría El mismo." (*S. J. Crisóst.*) En la necesidad precisa de hablar de cosas delicadas, hágase lo más breve y decentemente posible. ¡Y esto en la misma confesión!... ¡Que María Santísima, *Virgo Prudentissima* nos bendiga esta lengua!...

b) *Mortificación de la gula.* Hé aquí los motivos de mortificarla: 1.º—Para ahuyentar las tentaciones de pecar, que el demonio de continuo suscita en nuestro derredor. «Si quitas la leña, decía el Venerable don Bosco, el fuego se apaga» *Si lignum tollis, ignis extinguitur.*

2.º—Para no caer en pecados graves: porque, como dice Santo Tomás: la impureza es hija de la gula. (2, 2 *quest.* 118 *ad le.*)

3.º—Para no caer en los veniales deliberados, que disgustan tanto á Dios, hieren el alma y le inclinan á caer en el pecado mortal, y nos aumentan las penas del Purgatorio, donde, en sentir de Santo Tomás, la menor de las penas excede al máximo dolor de esta vida: *pena Purgatorii minima excedit maximam penam hujus vite.* (*Supp. q. 2. ab 1.*)

4.º—A fin de podernos aplicar con facilidad á las cosas del espíritu, estando escrito: el cuerpo corruptible agrava al alma; *corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam.* (*Sap. 9. 15.*)

5.º—A fin de alcanzar un alto grado de perfección.—El que no sabe enfrenar su gula, dice San Alfonso, nunca será santo.

6.º—Hasta para no dañar nuestro propio cuerpo y morir antes de tiempo, siendo bien sabida

de todos la sentencia: ¡Mata más gente la gula que la espada! Cuando el Papa estaba en Avignon, quiso modificar la regla de los Cartujos, que nunca gustan la carne, sino en las graves enfermedades, Espantado por esta novedad el General, envió al Santísimo Padre veinticinco monjes casi todos centenarios, (el más joven tenía 80 años) para suplicarle que no cambiase la regla de la abstinencia. Viendo tanta robustez y lozanía en esos monjes longevos, el Papa no se atrevió á cambiar la regla y la dejó intacta.

Para venir á la práctica los maestros de espíritu, mandan no comer ni beber en demasía, ó fuera de tiempo, ó con harta prisa; ni buscar manjares ricos y exquisitos, de manera que el apetito nunca esté plenamente hartado, y pueda uno después de la refección, entregarse á la lectura de libros santos, y á las buenas obras. (*San Jerónimo.*)

Nuestro Venerable don Bosco nos solía decir: «Comed con moderación, en términos que podáis escribir una carta de consideración, acto seguido, después de la refección. Yo quisiera que en el escudo de nuestra Congregación estuvieran escritas de molde las palabras: *Oración, Trabajo, Templanza.* Mientras en nosotros reinen estas tres virtudes, la Congregación vivirá; mas si éstas se van, élla también desaparecerá.» Encontrándose un día con tres ó cuatro de sus alumnos que solían merendar fuera de tiempo, les preguntó:—Ya que estudiáis la Teología ¿podrías decirme de cuantos modos puede uno pecar de gula? De *cinco modos*, contestó uno de aquellos, que no sospechaba aún cual

fuese la intención de don Bosco, y son *praeperere, lente, nimis, ardentem, studiosum*.—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó significativamente don Bosco; y sin añadir palabra se fué, dejándolos meditar la lección. ¡Ah! bien podía él predicar la cruzada contra la intemperancia, *A*, digo, cuya vida había sido una continua mortificación de gula!

¡Oh! Religiosas, no os dejéis nunca vencer por el demonio de la gula! La poca vigilancia en la mortificación del gusto, es ese gusano roedor, que á muchas personas religiosas impide el progreso en la vida espiritual. Alcanzarán quizás vencer en todo lo demás, pero se dejan fácilmente atropellar en este punto; y por este motivo nunca serán santas. (*San Leonardo*).

Moderación! ¡Hé ahí la gran palabra! El alimento tomado con moderación es útil á la vez para el cuerpo y para el alma. San Francisco de Sales, dice que no debéis comer demasiado, de modo que el alma no tenga ya fuerza para arrastrar el cuerpo harto pesado, y se deje aplastar por él; pero quiere también que no alimentéis demasiado poco á este pobre cuerpo, en términos que ya no pueda sostener al alma en el cumplimiento de los deberes morales y espirituales que ésta tiene.

Por esta razón las que os sintieseis endebles y lánguidas al punto de no poder hacer expeditamente vuestros ejercicios, convendrá pedir permiso para comer y beber, y tomar algún alivio y descanso á deshora. Ni debéis esperar que las superiores lleguen á conocer vuestra debilidad y enfermedad,

puesto que, si se espera demasiado, es de temer que ya no sea tiempo para curar ciertos males. Por el contrario si la incomodidad que pretendéis sentir no es sino efecto de la imaginación, ó de gula, ó de poltronería, será entonces necesario acudir al remedio sugerido por el mismo San Francisco de Sales, que consiste en *tomar dos dedos de valor, más bien que dos dedos de pan y de vino*.

No es fácil ponderar cuan engañoso sea el vicio de la gula hasta entre las religiosas.—Cuéntase que una Maestra de novicias había dicho en secreto á sus discípulas, que tratasen de imitar á una de sus compañeras, dechado de obediencia, y por ende de toda virtud. Sucedió entretanto que esa buena novicia se puso algo enfermiza y debía por obediencia, ir á la cocina á tomar algo á las diez antimeridianas de cada día. Sus compañeras entonces, quisieron imitarla escrupulosamente también en esta circunstancia, y á las diez de la mañana en punto, se presentaban á la hermana cocinera para tomar sus alivios.—¡Qué obediencia tan... golosa!

Repito que la gula es un vicio capital muy traicionero. So pretexto de que los tiempos han cambiado, que la raza humana ha degenerado muy mucho aún físicamente, que... estamos en *América*, etc. (!), se ha reducido el precepto del ayuno casi á letra muerta. ¡Cuidado con acortarse la vida! ellas dicen—sería esto un barrenar el quinto: *¡No matar!!*... La Iglesia sin embargo continúa cantando en su Prefacio de Cuaresma: *Qui corporali jejunio vitæ comprimis, mentem elevas, virtutem largiris et præmia...*

5.º *Mortificación del tacto.* San Basilio define el tacto el más peligroso de todos los sentidos: *omnium sensuum perniciosissimum*. A la verdad, la vista se limita á los ojos, el oído á las orejas, el olfato á las narices, el gusto al paladar; pero, el tacto se extiende por toda la superficie del cuerpo, y en todos los miembros arma lazos contra la voluntad. Es el mortal enemigo de la castidad, virtud, sin la cual, todos caminamos á la perdición. Hé ahí por qué San Pablo decía: «Peleo, no como quien tira golpes al aire sin tocar á sus enemigos, sino que castigo mi cuerpo rebelde y lo esclavizo, no sea que habiendo predicado á los demás, venga yo á ser reprobado.» (1. Cor. 9, 26, 27).

«Dios aborrece á las almas amigas de su propio cuerpo», solía decir San Alfonso de Ligorio. Y San Francisco de Sales escribe:—Son los cuerpos humanos semejantes á los vasos de vidrio, que, si van tocándose unos con otros, están expuestos á quebrarse: ó á las frutas, que aunque esten enteras y bien sazonadas, contraen macas al tocarse unas con otras. Aún el agua, por muy fresca que esté en su vaso, si la toca algún animal terrestre no puede conservar largo tiempo su frescura. Y ya San Pablo había escrito: Llevamos nuestro tesoro, la castidad, en un vaso, el cuerpo, en el cual está escrito con caracteres de molde, FRÁGIL: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus*. (2 Corint. 4, 7).

Considerad á menudo, oh venerandas Religiosas, que este vuestro cuerpo

1.º Es, y debe ser el siervo del alma. ¡Ay de entrambos, si ésta se deja vencer por aquél!

2.º Fué consagrado en el Bautismo y en la Confirmación con los sagrados Oleos de los Catecúmenos y del santo Crisma, precisamente como se consagra un templo, un altar, un cáliz, un sacerdote, un Obispo.

3.º Cada día tórnase vuestro cuerpo como una sagrada custodia, ó como un templo, donde Jesús sienta sus reales mediante la primera Comunión.

Habrás, pues, que mortificarlo más y más, á fin de que, según la expresión del Crisóstomo, se vuelva más puro que el rayo del sol.

4.º ¡Meditad! Sois el templo del Dios vivo (2, Corint. 6, 16). Vuestros miembros templo son del Espíritu Santo. (1. Corint. 3, 16). *Nescitis quia templum Dei estis?* (1. Cor. 3, 16). Y ¡Ay! El que profanare el templo de Dios, el Señor le destruirá: *Si quis templum Dei violaverit, desperdet illum Deus*. (1. Cor. 3, 17).

5.º ¡Meditad! Mañana daréis el último respiro, y en derredor de ese vuestro cuerpo mandará la Iglesia que se enciendan cirios, se queme incienso, se derrame agua bendita, se recen misas, se entonen cánticos, precisamente como si se tratara de una reliquia de sus santos; y vuestras hermanas se afanarán en vestiros de antemano con el hábito de Esposas de Jesús, os ornarán esas manos con el Santo Crucifijo, el Santo Rosario, el libro de la Santa Regla; y ceñirán no sólo vuestras sienes, sino el cuerpo entero con fragantes flores, especialmente con blancos lirios... ¡Con lirios! ¿Entendéis?

Y la cruz, que se enarbolará sobre vuestra tnm-

ba, dirá en su mutismo á los que la visitaren, que ahí duerme su último sueño un cuerpo que fué de continuo mortificado desde la coronilla hasta los pies; que fué crucificado con Jesucristo en la Cruz por toda su vida: y que tiene derecho por consiguiente, de resucitar glorioso en el día final, para ir á gozar con su compañera el alma por eternidad de eternidades.

Empero ¡Ay de la que en su vida, lejos de mortificarse, permitió que su cuerpo saciara sus malditas ganas! ¡Oíd el estampido del trueno divino! «Cuanto se ha engreído y regalado, dadle otro tanto de tormento y de llanto! *Quantum in deliciis fuit tantum date illi tormentum et luctum* (Apoc. 18, 7)».

¡Meditad! ¡Sí! ¡y meditad seriamente! Y sea fruto de esta meditación un gran amor á la santa mortificación corporal.

Práctica. a) No juegos de manos aún honestos, ni caricias con las niñas, ni con las Hermanas, sobre todo con los animales domésticos. ¿No es ridículo hasta en las personas del mundo el acariciar perros, gatos, etc.? ¿Qué decir de una religiosa! Las familiaridades y los juegos de manos son indicios de una virginidad que agoniza y de una virtud que muere. (Jeron. in vita Sti. Hilar.) Una virgen debe ser cual un ángel; pero, los ángeles no nos acarician, aunque inefablemente nos quieran. Se han visto á niñas perder la vocación religiosa, ó bien rehusar de entrar en ciertas Comunidades, por haber presenciado, hartos mimos, durante el tiempo que pasaron en el Colegio.

b) Conservar el cuerpo en posición modesta, hasta cuando se está á solas; no estirar, ni cruzar las piernas sin gran necesidad, ni estirar los brazos, bostezar y gemir fuerte; y sobre la cama de nuestro reposo conservar una posición angelical. Santa Clara de Montefalco lloró amargamente porque la encontraron durmiendo con un pie descubierto...

c) Buscar de vez en cuando alguna posición algo incómoda; v. gr.; no apoyarse durante el rezo; rezar de rodillas, etc.

d) No quejarse de la intemperie: frío, calor, vientos, nubes, lluvias, etc., que ejecutan las órdenes de Dios: *que faciunt verbum ejus*. (Ps. 148, 8).

e) No quejarse tampoco de las enfermedades ó incomodidades habituales, de los mosquitos y demás insectos importunos, que al fin y al cabo no son sino instrumentos de la divina Justicia, la cual nos purifica y castiga, porque nos quiere.

f) No usar colchones demasiado blandos; ser puntuales en levantarse y no dormir la siesta sin absoluta necesidad y con explícito permiso. ¿No ha sido en la *Hora sexta*, que Jesús fué crucificado? ¡Alerta!

g) Usar con gusto vestidos, habitaciones, muebles, libros, etc., los más pobres y humildes. ¿No debe toda Esposa de Jesús imitar á su amado? Pero Jesús, con todo y ser el Rey del Cielo y de la tierra, no tuvo en este mundo donde reclinar su cabeza; cuando necesitaba reposo, usaba un solo vestido, comía pan de cebada, cuando no

granos de trigo seco, y bebía del agua del torrente. ¡Vengan adelante ahora esas religiosas, que se van quejando continuamente de que el vestido es remendado y pobre, ó demasiado pesado; preséntense las que pretextando economía van buscando géneros finos, porque, según ellas, duran más y cuadran mejor.

Por supuesto que no se han de llevar hábitos manchados, ni desgarrados, pues, sería esto contrario á la religiosa (decencia); pero son muy convenientes al estado que profesáis, los vestidos zurcidos y remendados, con tal de estar siempre bien limpios. Santa Francisca de Chantal era toda una baronesa, y sin embargo cuando se presentó á su soberano el Duque de Saboya, para obtener una fundación de Salesas en Turin, llevaba un velo que ostentaba cuatro ó cinco remiendos; y calzaba zapatos groseros atados con tiras de cuero, aunque todo estaba perfectamente limpio y aseado.

Y ¿Qué diremos de nuestro venerable Padre don Bosco? Aún quedan allá en la Casa de Turin sus muebles y vestidos. Y todo es de lo más pobre que se pueda desear. El estante de los libros está formado de cuatro toscas tablas: humildes son los armarios, y hasta hubo tiempo en que estaban suplidos por una cuerda atravesada de pared á pared, sobre la que el Venerable colgaba sus vestiduras cubriéndolas con una sábana para evitar el polvo. Don Bosco, empero, cuanto á limpieza se pintaba solo; pues, aseo y pobreza han de correr parejas.

III.—Concluyamos..

Se narra de un rey de Francia que, hallándose en el campo de batalla, gritaba á voz en cuello á sus soldados: «¡Hola! ¡Seguidme! Yo voy adelante: el penacho blanco de mi casco os mostrará el camino de la victoria y de la gloria». —¡Oh! religiosas: Mirad á vuestro Esposo Jesús, que, con la cruz á cuestas, os está de continuo repitiendo: —¡Seguidme! ¡Yo voy adelante! La roja señal de mi Cruz os guiará á la victoria, y á la gloria imperecedera. La que quiera venir en pos de mí y tener parte en mi Cielo, lleve su Cruz cada día, sin que sobre sus labios nunca asome una queja... ¡Ea, pnes, Hermanas! La Cruz á cuestas y... en pos de Jesús hasta el Paraíso!

DEO GRATIAS ET MARIE.

CONFERENCIA VIII

PRUDENCIA

*Et scientia Sanctorum prudentia.
Y la ciencia de los Santos es la
prudencia.*

(Prov. 9, 10).

Esta es la primera de las cuatro virtudes cardinales, que enseña al hombre á discernir el bien del mal, para seguir el primero y huir del segundo.

O en otros términos: es una virtud cardinal, con la que, obrando con reflexión, elegimos los medios, que son más proporcionados para la consecución del fin honesto que nos prefijamos.

«Virtud preciosa, dice San Bernardo, que dirige y modera las demás, compone los afectos y coordena las costumbres; virtud, siu la cual las mismas virtudes degeneran en vicios y desórdenes».

La prudencia consulta, juzga y manda con solícitud y diligencia.

Para la prudencia se necesitan siete cosas: 1.º, la *memoria* para utilizar la experiencia; 2.º, la *inteligencia* para conocer el estado de las cosas y los medios más adecuados; 3.º, la *docilidad* para buscar la luz en los libros y en los consejos de otro; 4.º, la *rectitud de juicio* para discernir la conveniencia y la oportunidad de los medios; 5.º, la *previsión* para prever las consecuencias; 6.º, la *circunspección* para considerar todas las cir-

cunstancias; 7.º, la *cautela* para obviar las dificultades y los peligros.

Se peca contra esta virtud: 1.º, con la *precipitación* en el ejecutar; 2.º, con la *inconsideración* en no premeditar; 3.º, con la *inconstancia* cambiando de parecer por frívolos motivos; 4.º, con la *negligencia* ó *tardanza* en el obrar; 5.º, con la *prudencia* de la carne, que excogita medios para un fin malo; 6.º, con la *astucia* fundada en fraudes y engaños; 7.º, con la *codicia* de los bienes terrenos; 8.º, con la demasiada inquietud y afán por el éxito, fiándose poco en la divina Providencia.

Hiere, de consiguiente, la virtud de la Prudencia: la que confía demasiado en sí misma; la que no toma consejo de las ancianas, instruidas y prudentes; la que con harta facilidad cree todo lo que se le cuenta; la que dice con facilidad todo cuanto le han contado; la que por poco se empeña en disputas, y con pertinacia quiere sostener lo empezado; la que da consejos (no siendo por caridad ó por justicia) á quien no se los pide, ó á quien tendrá que arrepentirse por haberlos seguido, etc.

II. En esta conferencia nos limitaremos á indicar algunas cosas, que, según la prudencia, deben hacer ó evitar las religiosas dedicadas al bien de la juventud.

1.º *Saber conservar el secreto*. El secreto debe, en primer lugar, conservarlo la Superiora con relación á lo que en ella han depositado sus pro-

pías subalternas; y, en segundo lugar, las mismas subalternas por lo que mira á ciertas instrucciones, órdenes, consejos, etc., que en modo especial y exclusivo les hubiera comunicado la Superiora.

La Casa religiosa donde no se respeta el secreto de que aquí hablamos, no tendrá nunca paz. Ni será nunca casa religiosa, sino más bien un verdadero campo de Agramante.

Combátase ante todo esa temible curiosidad, por lo cual, no bien se viene á saber, ó bien se sospecha que una hermana haya recibido de la Superiora algún encargo, aviso ó consejo, ó particular confianza, se van inmediatamente á buscar, como se dice, las tenazas de Nicodemus, para arrancar el secreto á fuerza de interrogaciones y súplicas importunas, y algunas veces hasta violentas.

Además de esto, excepto el caso en que la conciencia (hablo de una conciencia recta) imponga la obligación de manifestar la cosa á las superiores de grado más elevado, ninguna deje entrever jamás la menor cosa de cuanto las superiores inmediatas le han dicho expresa y exclusivamente para su gobierno.—Mi secreto es para mí, *secretum meum mihi*. (Isai. 24, 16). Es bueno tener oculto el secreto confiado por el Rey: *secretum Regis abscondere bonum est*. (Tobia. 12, 7).

¡Qué de miserias no nos toca ver á menudo! A semejanza del agua, que, cayendo sobre un techo pendiente pronto pasa de una teja á otra, y no se detiene hasta que no cae en la calle pública, así hacen, cabalmente, ciertas lenguas resbaladizas.

Apenas les acontece posesionarse de algún secreto, vuelan inmediatamente á contarlo (en secreto ya se entiende) á una compañera; ésta lo confía á una tercera, la tercera á una cuarta, y así sucesivamente, (por supuesto, ¡siempre por el canal del secreto!) de modo que, en un abrir y cerrar de ojos, toda la casa, cuando no los de afuera también, está al corriente del ya muy famoso secreto en cuestión.

¡Qué secreto tan admirable!... Y ahora ¿qué título daremos á esas tales? El corazón del fatuo, dice el Espíritu Santo, es como un vaso roto, que deja pronto salir cuanto recibe, *cor fatui quasi vas confractum*. (Eccl. 21, 17).

El secreto, para esas cabezas livianas, es como una flecha hincada en el cuerpo de una persona, la cual no halla paz ni reposo mientras que no se la ha arrancado.

Pero, ¿tendrá acaso ésta, verdadera paz después de haber propalado el secreto? ¡Jamás!

Por otra parte ¿quién se atreverá, de hoy en adelante, á manifestar las penas de su corazón á una que no sabe callar nada de cuanto sabe? ¿Qué subalterna alcanzará á tener confianza en una superiora de esta clase? ¿Qué superiora podrá todavía fiarse de una subalterna tan locuaz é imprudente?

Sobre tales cimientos nunca se edificará nada; los rendimientos de cuentas mensuales se volverán embrollos y causa de sinsabores; y toda dirección, aunque fuera la más hábil, se bará no sólo infructuosa sino imposible.

¡Que María, *Virgo prudentissima*, os bendiga á todas la lengua, y de un modo especial el corazón, de cuya abundancia, como dice Nuestro Señor Jesucristo, habla la boca: *ex abundantia cordis os loquitur*. (Math. 12, 34).

2.º *Prudencia, con relación á las cartas y escritos particulares*. ¡De cuántos daños es siempre causa la imprudencia en leer cartas ajenas! Puede llegar á ser esto un gran pecado, hasta entre la gente del mundo. Y en ciertas diócesis, este pecado es reservado al Obispo. ¿Qué diremos de las casas Religiosas?

Recordemos que una imprudencia, en esta materia, puede fácilmente sernos fatal. Y, cuanto se dice de las cartas, aplíquese á los escritos particulares, que pueden, algunas veces, encerrar cosas de conciencia. *Nec oculus in charta*, dice el adagio, *nec manus in arca*!

Es bueno que las superiores no reciban nunca abiertas las cartas que las hermanas escriben á sus superiores más elevados, aun cuando tales cartas no estén notadas con la palabra *reservada*.

Obligando á las subalternas á que presenten siempre cerradas las cartas de esta especie; toda casa, crédmelo, caminará mucho mejor. *Experto crede Ruperto*.

3.º *Prudencia en las lecturas*. a) *Lecturas en común*. Es de notar que, por cuanto una directora sea inexorable en no admitir en la biblioteca de casa ningún libro peligroso, por más que ella sea prudente en escoger libros de lectura para la mesa, el dormitorio, iglesia, etc.; con todo, es casi

imposible que en esta materia no se encuentre, de cuando en cuando, alguna piedra de escándalo, porque no todos los escritores que tienen merecida fama de excelentes, aun tocante á la religión y á las costumbres, han tenido aquella delicadeza verdaderamente angélica que vuestro Padre D. Bosco tuvo en cada página, en cada línea, en cada palabra de sus preciosísimos escritos. Delicadeza más que nunca necesaria en estos tiempos, en que la corrupción de las costumbres triunfa por doquier.

Será, por tanto, muy conveniente, que la hermana destinada á hacer la lectura, dé una mirada preventiva á cuanto deba leer en público. Que si no hubiese tiempo de hacer esto, *suprima ó cambie con desenvoltura y serenidad* aquellos puntos, trozos ó palabras que pudieran ocasionar mala impresión en muchas de las oyentes. Dije con *desenvoltura y serenidad*, porque interrumpiendo, tosiendo, ruborizándose, etc., se obtendría quizás el efecto contrario. En tal caso, sería preferible que leyese como está, pero con calma.

4.º *Libros de premio*. La prudencia quiere que aquí se abra más y más los ojos. No todo lo que lleva un título religioso, ni mucho menos todo lo que se dice escrito para la juventud, podréis ofrecerlo tranquilamente como lectura á vuestras niñas. ¡Ay de aquella que por una mal entendida avaricia da la preferencia á ciertos libros, sólo porque cuestan menos, sin fijarse más allá! ¡Ay! ¿seríais tan ciegas de ofrecer veneno en vez de vino á las pobres alumnas?

a) *Vigilancia sobre las lecturas de las alum-*

nas. En este punto nunca se pecará por exceso de vigilancia. Se sabe que las primeras impresiones, que reciben los tiernos corazones de vuestras niñas, duran después por toda la vida, y son cabalmente las malas lecturas las que en mayor escala producen las malas impresiones.

Diciendo *lecturas*, no entiendo hablar tan sólo de los libros, sino también de los *diccionarios*, periódicos, cuadernos de música, cartolinas ilustradas, de ciertas poesías, de ciertas cajas de fósforos, de ciertos abanicos, de ciertas fototipias, aunque fuesen microscópicas, de ciertas cartas, de ciertos envoltorios formados por periódicos ó de los que traen los jabones, dulces, frascos de medicina; en una palabra, todo lo que lleva consigo alguna cosa escrita ó alguna viñeta peligrosa.

¡Vigilad, vigilad en todas partes: en el dormitorio, en la clase, en el estudio, en el patio, etc.

¡Vigilad siempre de día y de noche, al principio de año especialmente, y después hasta el fin, sin descansar en la falsa suposición, de que en vuestras casas no hay ni un átomo de tales peligros! ¡Oh qué error tan fatal es éste! Cuanto más se duerme sobre este punto tan esencial, la vigilancia, tanto más seguro el *inimicus homo* entrará en vuestro campo y sembrará su zizania. El es más astuto que todas vosotras juntas. Los ojos de Argos no bastan para descubrir y defenderse de todos los manejos y tramas de este gran enemigo de vuestra alma y de la de vuestras alumnas.

Digo de *vuestra alma*. Y por este motivo, no bien se encuentre un romance ú otra publicación

peligrosa, no será suficiente retirarlo, sino que es necesario absolutamente quemarlo y *cuanto antes*, para no conservar entre manos un veneno que puede ser fatal, fatalísimo á las mismas religiosas, *como una muy triste experiencia nos autoriza á creerlo posible!!!*

b) La *prudencia* sabe pedir consejo á quien puede darlo.

Si así se hace, no solamente se sabrán separar los libros óptimos y buenos de los peligrosos, malos y pésimos, sino que hasta se podrá tener una regla segura para saber qué libros han de destinarse para las meditaciones y para la lectura espiritual, cuales para leer en los dormitorios, en el refectorio, en la recreación, etc. Porque aun cuando, por ejemplo, todos los libros de las *lecturas católicas* de D. Bosco se pueden poner á ojo cerrado en las manos de vuestras alumnas; sin embargo, no todos, ya se sabe, están destinados á servir para una misma clase de lectura.

Aprovecho esta ocasión para repetir las palabras de D. Bosco: *Alabad, defended, recomendad, publicad las lecturas católicas y los libros todos de los salesianos; que esto será para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas.*

5.º *Prudencia en besar la mano*. Cuando don Bosco fué á la casa de fundación de sus Hermanas, en *Mornese*, y encontró la costumbre de besar la mano á los Superiores, no la desaprobó, pero tampoco se mostró plenamente satisfecho, y dijo en público: *Ahora besan la mano á D. Bosco, y más tarde si esta costumbre, como es probable, se*

hiciere general, podrá haber sus serias consecuencias. Evítense, pues, y háganse evitar los inconvenientes previstos y temidos por el fundador.

La mano se besa ordinariamente sólo á los superiores eclesiásticos más calificados, y todavía esto con alguna parsimonia. Por la sola razón que aquel es sacerdote, no hay aún la obligación de besarle la mano. Claro está que á los Obispos, especialmente al propio, no sólo se puede, sino que se debe besar la mano ó el anillo, pidiéndoles de rodillas la bendición, que es cada vez un sacramental.

Sin embargo, á fin de tener en esto una regla de conducta más segura, las superiores locales tomarán consejo de quien deben, y así se evitarán las terribles consecuencias.

Bésense á menudo, ¡oh, esto sí! y con verdadero dolor de corazón, los pies de vuestro Crucifijo bendito, que haciéndolo así no habrá peligro de exceder los límites de la prudencia. Dije del *vuestro*, porque hasta en besar el de otras hermanas puede haber á veces sus inconvenientes...

6.º *Prudencia en las visitas que se hacen ó que se reciben.* Las visitas se han de hacer sólo por necesidad, y se restituyen solamente las de primera necesidad, ó cuando lo exija un motivo de gran caridad. Y en ellas habrá que evitar toda conversación ociosa ó demasiado familiar. ¡Ah, cuántas religiosas perdieron su vocación por el contacto con el mundo! ¡Alerta, especialmente con las personas jóvenes de cualquier clase, aunque tengan á veces fama de santas!

Con respecto á las visitas que se reciben, tened presente que si los locutorios de la gente del mundo son para hablar, vuestro locutorio, ¡oh religiosas! es, casi diría para huir de él. Al locutorio, deberíais ir como á un Purgatorio; es decir, sólo por estricta obediencia.

El frecuentar el locutorio es asaz peligroso. No es creíble lo que allí se evapora el buen olor de las Casas religiosas, y lo que se disipa el espíritu.

En el locutorio se han de tratar solamente los negocios indispensables, tanto espirituales como temporales; y nunca se ha de perder allí el tiempo.

«La religiosa que gusta estar en el locutorio, decía Santa Francisca de Chantal, se hace indigna de bablar con Dios en la santa Oración. Es una gran pérdida para la eternidad la pérdida del tiempo». — Y San Francisco de Sales agrega: «Cuando considero cómo empleo el tiempo, temo mucho que Dios no me quiera dar su feliz eternidad, porque no la da sino á los que lo emplean bien».

Cuando al interior de la casa debieran entrar personas extrañas, por ejemplo, sacerdotes, médicos, trabajadores ú otras visitas cualesquiera, las hermanas que no están encargadas de acompañarlas, procuren disimuladamente retirarse, evitando toda curiosidad. Se ha dejado el mundo allá afuera y para siempre; de consiguiente, si por fortuito accidente él intentase entrar en el corazón, respondedle luego con San Alfonso:

*Mondo, più per me non sei,
Io per te non sono più,
Tutti già gli affetti miei
Gli ho donati al mio Gesù, etc...*

Que si la obediencia ó la caridad, ó la prudente conveniencia ó la necesidad, os obligasen á presentaros á esos visitantes, habrá que tener en cuenta que una religiosa, una Esposa de Jesús, no tratándose de sus mismos padres ó próximos parientes, no dará la mano.

La gente bien educada sabe que á las religiosas no se da la mano: pero si alguno la presentase primero, la caridad, de acuerdo con la prudencia, *puede permitir en ciertos casos*, que se corresponda con moderación á este saludo, procurando, al dar la mano, de evitar toda manera mundana. En general, es mayor prudencia saludar ó devolver el saludo con una inclinación de cabeza, poniendo anticipadamente las manos entre las mangas del hábito.

Pero, con relación á las alumnas, hay que evitar otro inconveniente, cual es el agruparse y el acercarse demasiado á las personas visitantes.

Es ésta una verdadera falta de educación, que hay que desterrar cuanto antes, donde acaso se encontrara.

Si éstas se portan de este modo en el colegio, continuarán á hacer otro tanto cuando estén á fuera, y lo menos que se podrá decir de ellas, será que en el colegio de religiosas aprendieron á ser niñas sin educación.

Escribiendo Frassinetti la vida de la piadosa jovencita Rosa Pedemonte, la cual estuvo por algún tiempo en Mornese, narra que, acercándose sus discípulas para enseñarle el trabajo ó para pedirle un consejo, no permitía que se le acercasen demasiado, como suelen hacerlo las niñas, sino que las obligaba á quedarse á una distancia conveniente.

Había también una maestra, Hija de María Auxiliadora, que cada año dictaba el siguiente problema:

— Toda niña bien educada debe colocarse á la distancia, por lo menos, de diez mil decimilímetros de las personas, tanto eclesiásticas como seglares, que llegasen á visitarla.

Se pregunta ahora: ¿A cuántos metros de distancia deberá ella colocarse?

7.º *Prudencia en el trato con las niñas.*
Ninguna hermana, aunque sea Directora, debiera jamás dejarse tomar *habitualmente* de la mano, del delantal, etc., ni por las compañeras, ni de las niñas mismas: como tampoco permitir que le besen la mano, ni el velo, ni el hábito, etc. Y aún más, *en ciertos casos* la prudencia no quisiera tampoco que permitiese á otras el beso del propio Crucifijo que cuelga ante el pecho. ¡Todas estas miserias á veces encienden insensiblemente la llama de las amistades particulares, que como á todos es conocido, son infaustos manantiales de murmuraciones, celos, etc., y terminan hasta en peste, que rápidamente se apega de la una á la otra, echando á perder miserablemente tantas bellas azucenas!

Con mayor razón quiere la prudencia que se eviten los besos, los abrazos y apretones de mano entre las hermanas, entre alumnas y alumnas, y entre éstas y aquéllas. D. Bosco fué siempre severísimo sobre este particular.

Solía decir que, obrando de este modo, las hermanas no buscan á Jesucristo ni á las almas, sino más bien á sí mismas, y que si esperan al fin la común recompensa de Dios, El les dirá:— ¡Insensatas que fuisteis! habéis ya recibido vuestra recompensa en esos afectos y abrazos humanos... yo no os conozco: *nescio vos!*

¡Oh, hermanas, búsquese el alma, no la parte animal! Son las almas las más bellas coronas que debemos ambicionar en esta tierra; corona que es prenda de la que nos espera en el cielo.

8.º *Prudencia para no perder la salud.* ¡Desgraciadamente no es la salud la riqueza más abundante en las casas religiosas! Se pierde ¡ah! muy fácilmente este tesoro. Y, una vez perdido, difícilmente se recupera. ¡Y lo peor es que no se conoce el precio de ella, sino después de haberla perdido!

El Ven. Bosco, desde los dichosos tiempos de la fundación en Mornese, había fijado su atención sobre este punto capital de la *vida religiosa activa*.

Quería, ante todo, que sus Hijas, inmediatamente después de pedir la divina gracia por su propia alma, pidiesen á Dios la salud corporal, por ser ésta del todo necesaria para llenar los deberes impuestos por la dirección, por la enseñanza, por la vigilancia, etc.

Por otra parte, añadía él, cuando falta la salud se debe recurrir á las excepciones. ¡Y la Regla, por esta causa sufre, y el espíritu religioso se desvanece!

Solía, por este motivo, recomendar encarecidamente que se tuviera cuidado en tomar los remedios debidos en el principio de la enfermedad, especialmente cuando se tratara de tos, la cual, una vez entrada en casa, no quiere ya despedirse hasta no haber minado y destruído el edificio de vuestra vida corporal.

El arte médico, la experiencia y la prudencia, coordinada con una ingeniosa caridad, deben darse la mano á fin de combatir, mediante la gracia de Dios, toda clase de enfermedades, con objeto de prolongar la preciosa vida de las religiosas, para el único fin de la gloria de Dios y del provecho espiritual y corporal de tantas niñas abandonadas.

El Ven. Bosco quería aún que cada cual se persuadiera de que la salud, especialmente después de haber emitido los votos, es una propiedad sagrada de la Congregación, y que, por ende, debéis usar todos los medios preventivos para impedir su pérdida en todo ó en parte: evitando, por ejemplo, las corrientes de aire, la humedad, el paso brusco del calor al frío sin los oportunos reparos: el detenerse en lugares fríos cuando estáis sudadas: el comer ó beber con exceso ó que falte lo suficiente: el hacer un gasto inútil de voz cuando enseñáis, cuando cantáis, etc., en las clases, en los Oratorios festivos; el afanaros por el demasiado trabajo,

el no dormir suficientemente, (esto es, por regla ordinaria siete horas): el no tomar nunca, cuando es necesario, medicina alguna: el tener un cuidado exagerado de la salud, queriendo pasar á fuerza de drogas y remedios que acaban por arruinarla del todo: el hacer caprichos, sugeridos algunas veces por el demonio, y, finalmente, el abandonarse á una profunda y larga melancolía, que cual lima sorda ataca cruelmente y destruye la más florida salud corporal y espiritual.

9.º Pide aún la prudencia, que las hermanas no salgan de casa sino acompañadas, y tan sólo por verdadera necesidad, á fin de que el mundo no se crea con derecho de llamarlas *gírovagas*. ¡Y para que la salida se torne muy provechosa, sea bendecida, no sólo por la obediencia, sino también por Jesús Sacramentado, á quien haréis una visita antes de salir, á fin de lograr su auxilio, y otra al regreso para pedirle perdón de las ofensas que acaso se hubiesen cometido allá afuera!...

10.º Exige, finalmente, la prudencia, que no se vaya á contar á todo el mundo las cosas íntimas ó propias, ó de la Comunidad. *Non omni cor tuum manifestes*. (*Eccle. 8, 22*): No descubras tu corazón á cualquier persona, pues no es improbable que, á consecuencia de algún disgusto, se propale en seguida lo que se había manifestado en confianza.

Individuos hay que parece hayan nacido adrede para sonsacar de los simplotes todo lo que pasa en las Comunidades. Y ¡ojalá que el fin que éstos se proponen fuera siempre todo santo! Ellos pre-

tenden saber lo que allí se come, lo que se dice, lo que se hace, lo que se proyecta hacer; cuáles son las prendas de Fulana, cuáles los defectos de Zutana, etc. ¡Cuidado con esas lenguas! Sed sencillos cual palomas cuanto queráis, mas sed también prudentes como las serpientes. (*Matt. 10, 16*). ¡Callad, callad, si no queréis acarrear graves daños á vosotras mismas y á la Comunidad, y á toda la Congregación!

Acordaos, oh Hermanas, que si la casa religiosa se edifica con ese don del Espíritu Santo que se llama sabiduría, sólo por la prudencia se hará estable: *sapientia aedificabitur domus et prudentia roborabitur*. (*Prov. 24, 3*). Es ésta la ciencia de los Santos: *et scientia sanctorum prudentia*. (*Prov. 16, 16*): ciencia más preciosa que la plata. *Pretiosior est argento*. (*Prov. 16, 16*). Bienaventurada aquella que ha adquirido la sabiduría y es rica en prudencia: *beatus homo qui invenit sapientiam et qui affluit prudentia*. (*Prov. 3, 13*).

¡Que de ninguna de vosotras se pueda jamás decir que pertenecéis al número de las desaconsejadas é imprudentes. *Gens absque consilio est et sine prudentia*. (*Deut. 32, 28*).

Al contrario, que todas estéis abastecidas por ella, en términos que la podáis enseñar prácticamente á vuestras alumnas. *Ut prudentiam doceant adolescentulas*. (*Ad Tit. 2, 4*): cada una de las cuales pueda un día decir con toda conciencia: mi directora, mi maestra, mi asistente, etc., ha sido sobreabundante en toda paciencia y prudencia: *quae superabundavit in omni patientia et prudentia*. (*Ad Ephes. 1, 8*).

¡Que el Espíritu Santo bendiga á todas vos-
otras la mente, la lengua y el corazón, de modo
que, de hoy en adelante viváis y caminéis por la
vía de la prudencia: *et vivite et ambulate per
vias prudentiae.* (Prov. 9, 6).

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA IX

BUEN EJEMPLO

*In omnibus teipsum praebe exem-
plum bonorum operum... in integri-
tate, in gravitate, verbum, sanum
irreprehensibile...*

En todas las cosas muéstrate de-
chado de buenas obras... en la
pureza de costumbres, en la gra-
vedad de la conducta, en la pre-
dicación de doctrinas sanas, ó
irreprehensible.

(ad Tit. 2, 7).

1.º La sociedad moderna va de día en día
decaendo á causa de tantos malos ejemplos que
se dan á la juventud, y de un modo especial á
causa del escándalo del matrimonio civil, de las
malas lecturas y de la instrucción laica obligatoria.

Las jóvenes de hoy, son las que mañana ten-
drán la dirección moral y hasta religiosa de la
familia y por consiguiente de la sociedad.

Si la madre de familia es mala, sin religión,
¡pobre familia! Todo está perdido. Si por el contra-
rio ella es amante de su religión, veremos al buen
Dios reinar en esa familia, y aun cuando el padre
fuese tal vez incrédulo é indiferente, con el trans-
curso del tiempo se convertirá él también... Por
eso es que llamaremos felicísimos á cuantos se
ocupan en la educación moral y religiosa de las
niñas.

2.º Pero ¿cuál será la hermana que gane un
número mayor de niñas para el Cielo? Ciertamen-

te, la que diere mejor buen ejemplo, practicando la dulce virtud de la modestia.

Es del todo indispensable que en toda casa religiosa haya no uno, sino muchos espejos grandes de cuerpo entero.

Caeréis en la cuenta desde ahora que no hablo de los cristales, sino de los espejos del buen ejemplo. La directora debe formar el primero y principal espejo de la casa, de manera que sirva para todas. Cada una de las profesoras debe ser un espejo de todas las virtudes religiosas y casi diría la regla personificada para las novicias. Estas, por su parte sean espejo de virtud para las postulantes. En fin, directoras, profesoras, novicias y postulantes deben tener presente que las niñas internas y externas las observan con ojos penetrantes de lince, y hasta diría con ojos de buey, aumentando en su febril imaginación las virtudes y los vicios de las hermanas.

Y os diré todavía más. No pocas de vuestras niñas se forman una idea gigantesca de las Religiosas.

Como ellas aman naturalmente á la Virgen María y desean ardientemente ver á su Madre celestial, de quien han leído ú oído contar tantas maravillas, con su pequeña capacidad razonan de esa manera: Estas hermanas son las hijas predilectas de María; pero las hijas llevan siempre impreso algo de la fisonomía de la madre. María Santísima, cuando estaba en esta vida mortal debía de ser, pues, como estas hermanas: devota, humilde, caritativa, amable y todavía más, muchísimo más.

Pero ¡ay qué desengaño experimentarían esas pobres niñas cuando al fijarse en alguna hermana, notasen defectos en sus palabras, miradas y modales! Esas pobres inocentes no sólo perderían la grande estima de la virtud de todas las hermanas, sino casi estarían tentadas de dudar un poco de la bondad y santidad de María Santísima, la cual en el justo concepto de aquellas, debe estar, como se ha dicho, representada, retratada y personificada en cada una de sus hijas las religiosas.

3.º Tened pues, presente, oh hermanas, que vuestras niñas, á quienes todavía no es dado ver á María cara á cara, deben y pueden verla con sus propios ojos, fijándolos en vosotras. Recordad que os creen santas, especialmente si sois ya profesas.

Oíd este hecho histórico: En un colegio de religiosas hubo en cierto día una reunión de personas de afuera, con motivo de una academia, á la cual asistieron necesariamente todas las hermanas profesas y hasta las novicias.—¿Cuáles son las profesas? preguntaba una niñita desconocida á otra que era alumna de la casa.—Aquellas que llevan el Crucifijo, respondió ésta. Y como esa curiosidad no pudiese distinguir bien el Crucifijo, ni la medalla, por estar ocultos, la otra añadió—Mira: observa bien á las que tienen los ojos bajos; esas son las profesas.

¿Habéis entendido este latín, mis buenas hermanas?

Sí, como que es bastante claro para dar á entender lo que deben hacer continuamente las pro-

fesas y lo que pronto deberán practicar todas las otras. Una sola profesa, que dé mal ejemplo, puede ocasionar un inmenso daño á toda la comunidad. Recordad lo que pasó allá en el cielo. Un solo mal ejemplo de ángel soberbio bastó para arrastrar en pos de sí á la tercera parte de los ángeles, que son millones de millones; y todos quedaron convertidos en demonios, según refiere el Apocalipsis. Y San Pablo nos advierte, que basta un poco de levadura para corromper toda la masa. (1.ª Cor. 5, 6)

4.º Se dará buen ejemplo practicando la modestia.

La modestia es la púrpura de las virtudes: *purpura virtutum*, porque las cubre, reviste y adorna como de regia púrpura.

Existen religiosas, que no se distinguen de las otras personas de su sexo por el Hábito, sino tan sólo por la sacra vestidura de la modestia.

La modestia place sumamente á Dios, y á sus ángeles cuyos ojos recrea. Y el Divino Esposo de los Cantares dice á la Esposa: *quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia principis.* (Cant. 7, 1); ¡oh cuán hermosos son tus pasos en los calzados! ¡oh hija del Príncipe!

Y San Pablo exclamaba: *Spectaculum facti sumus mundo, et angelis et hominibus.* (1.ª Cor. 4, 9), somos espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres.

¿Quién podrá, pues, decirnos los tesoros espirituales que la modestia en sí encierra?

La modestia es rica, dice San Ambrosio. *Dives est modestia.* Y es rica en primer lugar esta vir-

tud, porque cada día enriquece á la hermana que la practica.

Son innumerables las pequeñas mortificaciones que la modestia exige; y de todas el Señor toma cuenta para premiarlas, aunque sólo fuese por un movimiento de un párpado.

Y todas estas mortificaciones le repetirán en el día del juicio:—obras tuyas somos: *opera tua sumus.*—Y quedará estupefacta por tantas riquezas que poseía, sin sospecharlo siquiera.

En segundo lugar es rica la modestia, porque es como un estuche de oro del cielo, que conserva todas las demás virtudes, en especial la celestial pureza, es cual una estatua viva de la santidad; es como un imán que atrae potente y santamente á las niñas hacia las hermanas que la poseen. Decir de una hermana que es modesta es lo mismo que decir que está clavada en el reverso de la cruz de Jesús, y crucificada desde la cabeza hasta los pies. Ojos, boca, lengua, oídos, manos, pies, hábito, velo, manera de sentarse, de caminar, de reir, de descansar, todo en esa hermana está santamente crucificado. Su porte exterior es, casi diría, algo de divino que atrae.

Nuestro Señor Jesucristo, que es la imagen de la bondad de su eterno Padre, dijo que desde la cruz atraería todos á sí: y esta hermana así crucificada, imagen de Jesús en la cruz, atrae hacia sí á las niñas como por encanto. No tendrá ella dotes corporales, será tal vez mucho menos que docta, esto no obstante parecerá que destile miel de toda su persona. Esas abejas del Señor, que

son las niñas, fijando en ella su mirada, la siguen; la imitan, la copian perfectamente.—¡Cazadoras de niñas para el cielo son por cierto tales hermanas!...

Procurad ser tales también vosotras, en grado sumo y lo más pronto posible.

5.º Repito que vuestras niñas os están copiando, tanto en el bien cuanto en el mal. Se diría que ellas son copias fotográficas de las hermanas.

Recordando que en la Capilla de una de vuestras casas pasó en cierta ocasión rápidamente un gato haciendo muecas, y que las niñas antes de abandonarse ó no, á la risa, miraron á las hermanas, como para tomar de ellas la iniciativa.

¡Oh! sí, sí, es certísimo:—Como son las hermanas así son las niñas que ellas educan.—¡No lo olvidéis! Vuestras educandas son siempre todo ojos para contemplaros. ¿Observan ellas á una hermana algo curiosa? ¿la oyen preguntar cosas que no debiera ó bien no de la manera conveniente? ¿ó pronunciar palabras poco correctas no sólo en lo que respecta lo castizo de la dicción, si no en lo que mira á la caridad, mansedumbre y obediencia? ¿La ven distraída en la Iglesia, reír por una tonada? ¿manifiesta quizá un sentimentalismo romántico al tratar con ellas? ¿Se vanagloria de lo que ha hecho? ¿Trata mal á las niñas?—¡Son mujeres como nosotras, aun cuando estén vestidas de hermanas.—Así piensan y dicen, á veces, vuestras espectadoras.

Y mañana tendremos una bandada de niñas parleras, curiosas, mal habladas, indevotas, insubordinadas, llenas de sentimentalismo, etc., las

cuales al salir del colegio servirán de tropiezo á las demás, y caminarán por las vías torcidas y desgraciadas del mal.

Si por el contrario, ven á una hermana modesta en su porte exterior y como si fuese un ángel del cielo, no sólo en la iglesia sino cuando habla, come, rie, juega, descansa, ó bien se recrea con ellas, mañana tendremos un ramillete escogido de santitas que se convertirán en apóstoles de la propia familia y de sus compañeras, ayudando así á poblar el cielo de santos.

6.º ¡Valor! hermanas mías; vuestra modestia, que no sólo la conozcan Dios y sus ángeles, sino también todos los hombres, como dice San Pablo: *modestia vestra nota sit omnibus hominibus.* (ad. Philip. 4, 5).

Examinaos, oh Hermanas, si la practicáis exactamente esta tan necesaria virtud.

La modestia es enemiga del desaliño y de la solidez, no menos que de la vanidad en el modo de ser, de hablar y de vestir.

Ella requiere en toda Religiosa una gravedad modestamente afable, y una afabilidad modestamente grave.

Ella exige que en las conversaciones no habléis siempre y sólo vosotras, sino que déis lugar á que hablen los que deben ó desean hablar.

Ella está reñida con ciertos groseros modales, por ejemplo, contradecir con altivez á la que os responde; ostentar ciencia delante de las mayores y ancianas; jactarse por ciertas prendas, talento, parentesco, etc.; hablar de cosas vanas y ridículas;

burlarse del prójimo, remedando sus modales y palabras; soltar la carcajada, decir bufonadas, chistes mundanales, agudezas peligrosas, hablar importuna y fastidiosamente; criticarlo ó satirizarlo todo; curiosear siempre por todas partes, levantando descompuestamente los ojos; no ser parcas en la comida, etc.

La modestia, en fin, es necesaria en todo tiempo y lugar, y en todas las personas, máxime si son religiosas: en la Iglesia, en el Colegio, en la calle, velando, durmiendo, paseando, estando sentadas, de rodillas, en pie, ó solas ó acompañadas.

¿Quiere Ud. saber, decíame un fulano, de qué modo llego á conocer si en un instituto dirigido por hermanas, reina ó no un buen espíritu para poder yo juzgar sobre si debo ó puedo en conciencia aconsejar á los padres de familia que coloquen en él á sus hijitas? Presto atención á lo que de sus maestras y asistentes van diciendo las inconscientes y sencillas alumnas, cuando vuelven á su casa.

Claro está que si las Hermanas no saben hacer preferencias, ni conocen las sentimentales caricias, los mimos, las amistades particulares, esas niñas le harán comprender en el primer discurso que del colegio tengan con sus padres. Si al contrario ellas cuentan que en el Colegio se alimenta el *benjamínismo*, se alaba sólo el aspecto físico de las alumnas, se agasaja á las simpáticas, al paso que á las de poca apariencia no sólo se las descuida, sino que se las maltrata, regalándoles á menudo títulos groseros y humillantes, todo esto las ingenuas ni-

ñas lo revelan á sus deudos, y ya nadie, que tales percances conozca, tendrá valor para enviar otras alumnas á semejante Colegio.

Nunca alejarse un paso del santo temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, ó sea de la santidad.

Conservar de consiguiente los ojos y demás sentidos crucificados, en términos que ningún mal pensamiento, ni mal deseo, logre penetrar en el corazón y mancharlo, aunque no sea gravemente.

Y poseerá el santo temor de Dios la que á menudo medita el:

¡Mira, que te mira Dios!

¡Mira, que te está mirando!

La perla preciosísima del temor de Dios se conserva, pues, en el estuche riquísimo de la santa modestia, y ésta se torna siempre más angelical, á medida que vivís en la divina presencia.

Meditad, pues, la presencia de Dios.

7.º Vosotras ya conocéis los medios para obtenerla:

La presencia de Dios. Delante de un Superior te comportarías de tal ó cual manera; con mayor razón delante de Dios que te mira y te está presente en todo lugar.

Dar á entender á vuestros propios sentidos: los ojos, la lengua, las manos, los pies, etc., que en nuestra casa mandamos nosotros, y que por esta razón no se deberán mover sin vuestro expícito permiso, es decir, sin que lo queráis y convenga hacerlo.

Me tocó raras veces escuchar á niñas, un po-

co atreviditas, las que refiriéndose á una cierta hermana, decían:—Ya no me parece aquella de otro tiempo: antes no podía estar quieta: tenía siempre los ojos vagando!—Es ella y no es ella, contesté yo. Es cierto que es la misma persona con el mismo nombre, con la misma fisonomía, etc., pero no es la misma en cuanto á su porte y á su conducta.

Para practicar con facilidad y eficacia la santa modestia, y para dar siempre buen ejemplo, sirve muchísimo mirar á menudo el retrato de vuestro Fundador.

Sería bueno que, además de colgarlo como ornamento en los locutorios, *se le colocase también en las principales salas del colegio.* Y entendedlo bien: al Padre Fundador no habrá nunca peligro de amarlo en demasía.

Mirando su retrato, os imaginaréis tenerlo presente en persona que os escucha y habla.

Os escucha. Por consiguiente, al contemplarlo con santo amor filial, debéis repetirle que queréis ser suyas hasta la muerte: pedirle que os obtenga de María y de Jesús el ser sus dignas hijas, y no tales que hayáis de ser el deshonor de vuestra santa congregación: y que ya desde ahora escriba vuestro nombre en el libro de vuestra casa magna en el Cielo.

Os habla. Sus palabras son palabras de vida eterna. Habla á todas y repite ahora desde su retrato los mismos consejos que solía dar cuando peregrinaba todavía con nosotros en la tierra.

Escuchad lo que os dice:

A la Superiora, Directora, etc.

¡Nada te turbe contigo misma! Caridad y dulzura con todas. Procura hacerte amar, si quieres hacerte temer. Sufré cualquier cosa, cuando se trata de impedir el pecado. Acuérdate de que debes ser como un holocausto. Hazte toda para todos, á fin de llevar todos á Jesús, etc.

A las Hermanas en general.

¿En qué punto te encuentras relativamente á los santos votos y de la Santa Regla? ¿Eres exacta? ¿En todo? ¿Siempre? Sólo con esta condición yo te reconozco por hija.

A las alumnas.

¡Buenas, es decir, sinceras y dolorosas confesiones! ¡frecuentes y santas comuniones!

A todas indistintamente.

Quiero que me ayudes á salvarte el alma. Yo no tuve otro afán cuando vivía en este mundo, ni tengo, ni puedo ahora tener otro deseo sino éste: salvar las almas, salvar la tuya que es el alma de una de mis carísimas hijas. Dime por lo tanto, ¿qué cosa quieres hacer especialmente, para ayudarme á salvar tu alma?...

Este Padre bendito, celosísimo de las almas, nos aseguraba haber obtenido de Dios el poder salvar centenares de miles de almas por intercesión de María Santísima Auxiliadora. ¡Feliz de aquella

hermana, que poniéndose la mano en el corazón pueda decir: yo también he contribuido á la salvación de aquellas almas prometidas al Fundador, modelando mi vida sobre la suya, máxime con el dar buen ejemplo!

II. Debo todavía añadir antes de terminar, que toda Hermana debe amar á su cara congregación, y por este motivo, es su deber hacer cuanto esté de su parte para procurarles muchas y buenas vocaciones, á fin de que no sólo el espíritu no mengüe, sino que se extienda más y más la esfera de acción apostólica de la congregación misma.

Ahora bien: es claro como la luz meridiana, que para cultivar, defender y fortificar las vocaciones que la divina Providencia va sembrando poco á poco en vuestros colegios, no bastan los sermones y las continuas recomendaciones. La misma continua vigilancia y aun la frecuencia misma de los sacramentos no son todavía suficientes. Se requiere el buen ejemplo.

Sin el buen ejemplo de todas (digo de todas), sería como querer hacer un hoyo en el agua.

¿Qué hacen tus conciudadanos? decía un fulano á un filósofo de la antigua Grecia. Copian, respondió éste, y quería decir: no hacen más que copiar en sí mismos el ejemplo que los ancianos y magistrados les dan. Decid lo propio con respecto á vuestras niñas.

Ellas os están copiando continuamente; y basta que una sola de vosotras se desvíe un punto del recto sendero, para que las que empezaban á sentir

afecto y admiración hacia el estado religioso, experimenten un terrible desengaño, y arrojen luego á tierra la preciosa margarita de la santa vocación.

Lo que voy á parraros es rigurosamente histórico. Una educanda bastante virtuosa, movida por el ejemplo de las celestiales virtudes que cada día recibía de las hermanas con quienes debía vivir, sintió una fuerte inclinación de darse á Dios y consagrarsele enteramente, pidiendo el santo hábito. Pero en el transcurso de pocos meses, esta niña, sin dejar de ser devota y amante de Jesús Sacramentado; abandonó, sin embargo, completamente, la idea de hacerse religiosa, y manifestó, por el contrario, (¡cosa extraña!) una especie de aborrecimiento hacia el estado de perfección. Quise indagar los motivos que produjeron esta metamorfosis, y me expuso lo siguiente: 1.º algunos títulos no honoríficos que ciertas maestras habían dado á sus alumnas y hasta á otras hermanas: 2.º ciertas palabras de crítica y murmuración contra las hermanas de otra Congregación: 3.º ciertas amistades particulares demostradas con preferencia, regalitos, apretones de mano, etc. Tanto, bastó para que inmediatamente *obscuratum est aurum* se ennegreciese el oro. (*Thr. 1*). A sus ojos perdió su esplendor primitivo el estado religioso, y, por consiguiente, todo su atractivo.—Me había equivocado... creía que... pero...—y ya no siguió más en vocación.

Figuraos, oh hermanas, si estáis ó no sobre el pedestal, como los candelabros ardientes que deben resplandecer continuamente en la Casa de Dios.

¡Ojo! ¡ojo! ¡mis buenas hermanas! Las niñas han fijado sus miradas sobre vosotras.

Vuestro amado Padre don Bosco indicaba tres medios principales para fomentar las vocaciones y así aumentar el número de las buenas religiosas.

1.º La práctica exactísima de la Santa Pureza.

2.º La comunión frecuente.

3.º Hablar á menudo á vuestras alumnas, tanto internas como externas, de vuestra pía Congregación, de sus obras pasadas y presentes, etc.

Estos tres medios, bien practicados, son más que eficaces para suscitar el deseo de consagrarse al Señor, de lo que por ventura pudieran ser los continuos sermones, donde se repite siempre: ¡entrad en la Religión, abandonad el mundo traidor, etc!

¡Ea, pues, oh Directoras y hermanas todas! no desmayéis jamás en la santa empresa de obtener vocaciones; cada vocación quiere decir centenares de almas que os formarán gloriosa corona en el Cielo, alabando á Dios para siempre. De consiguiente... ¡buen ejemplo ante todo! *quia Christi bonus odor sumus* (2. ad Corint. 3, 15), porque sois para Dios buen olor de Jesucristo; es decir, sois semejantes á un precioso perfume, derramando por doquiera la celestial fragancia de la virtud y del amor santo, y atrayendo así á vuestras alumnas al olor de vuestros espirituales aromas: *post te currimus in odorem unguentorum tuorum* (Cant. 1, 3), ellas dirán:—¡Correremos todas al olor de tus preciosos ungüentos!

CONFERENCIA X

TRISTEZA Y ALEGRÍA

*Tristitiam non des animas tuas.
No dejes que la tristeza se apodere de tu alma.*

(Eccle. 30, 22).

*Servite Domino in laetitia.
Servid al Señor con alegría.*

(Ps. 99, 2).

I. En los largos y frecuentes viajes, que por razón de mi oficio tuve que hacer por estos mundos de Dios, he tenido ocasión de observar que poco á poco desaparecen las familias patriarcales de otros tiempos, compuestas de veinte, treinta y hasta cuarenta personas, en las cuales todos tenían el *cor unum et anima una* de los tiempos apostólicos, y donde reinaba como legítimo complemento de esa unión una envidiable y cristiana alegría.

En las familias de hoy, raro es el caso en que no se vean divisiones y subdivisiones precoces. Dios nuestro Señor, sin embargo, á fin de que no se pierda la alegría de esas familias patriarcales, ha multiplicado en estos últimos tiempos las casas y familias religiosas, cuyos habitantes parece que no sientan el peso de los años. Siempre alegres y serenos van renovando de continuo su juventud, como se dice del águila. Casi diría que tales moradas benditas son como un reflejo del mismo Paraíso. ¡Bendita casa, la de vuestra fundación, hermanas mías! ¡inolvidable Mornese! ¡Oh, si pudiera

cantar en notas celestiales la alegría santa que en tí reinaba! No mintió ni exageró, aquel que escribía en la pared de tus claustros: *Casa del silencio, del amor á Jesús y de la santa alegría*. Y ¿por qué no deberán tener la misma prerrogativa todas las casas, hijas de tan noble madre? ¡Oh, sí! que en cada casa se encuentre el gozo y la alegría: *gaudium et laetitia invenientur in ea*. (Isai. 51, 3); de modo que, además de la voz de júbilo y alegría santa, se pueda oír la voz del Esposo divino que hace eco á la de sus felices Esposas: *Vox gaudii et laetitiae, vox sponsi, vox sponsae*. (Jer. 33, 11).

¡Guerra á la negra tristeza, mi buenas hermanas! Hay una tristeza, según Dios, dice San Pablo, que produce la penitencia para la salvación, y otra mala que causa la muerte. La mala, turba al alma, la agita, produce temores desarreglados, quita toda suavidad del corazón y nos hace insoportables con el prójimo.

La tristeza buena, la producida, como sería por la memoria ó la vista de nuestros pecados ó de los ajenos, es subordinada á la obediencia, afable, suave, paciente, y no ocasiona el menor desorden á la comunidad. No es á esta clase la tristeza á la que yo quiero intimar la guerra, sino á la áspera, impaciente, oscura, amenazadora, llena de rencor; llaga terrible, en una palabra, de las comunidades religiosas, la cual debéis combatir también vosotras á todo trance.

¡Dichosa la que no abriga tristeza en su alma! *Felix qui non habuit animi sui tristitiam*.

(Ecccl. 14, 2). Así nos dice el Espíritu Santo, y añade: No dejes que la tristeza se apodere de tu alma, ni te adlijas á tí mismo con tus ideas melancólicas. *Tristitiam non des animae tuae et non affligas temetipsum in consilio tuo*. (Eccle. 30, 22).

¡Viva la alegría! *agite dies laetitiae*. (Job. 13, 10), tened días alegres. Pero no alegría vana, tonta, distraída, libre, mundana, desobediente. ¡A semejante alegría, no perdonéis la vida!

Celebremos la alegría santa y modesta: porque la modestia y la santa alegría, son dos virtudes inseparables que se encuentran en todas las almas verdaderamente virtuosas.

Que cada una de vosotras pueda decir al Señor con la humilde Ester: Tú sabes, Señor, que jamás ha tenido esta tu sierva contento sin tí: *Et nunquam laetata est ancilla tua nisi in te, Domine Deus*. (Ester, 14, 18).

¡Alegría, buenas hijas de María!

Y ¿por qué queréis estar melancólicas en la casa de Dios? ¿Acaso no está escrito que todos los que en ella habitan, vivir deben en alegría santa? *Sicut laetantium omnium habitatio est in te* (Psalm. 86, 7). ¿Por qué abandonaros á la tristeza vosotras, que en el día de vuestros votos habéis escrito vuestro nombre con caracteres de oro en el libro de los predestinados?

¡Oh, alegraos, porque así vuestros nombres están escritos en el Cielo! *Gaudete quod nomina vestra scripta sunt in coelis*. (Luc. 10, 20).

Evitad solamente los extremos viciosos de ciertas puerilidades de palabras, de risas inmoderadas

y de acciones impropias de vuestra condición, por temor de que el enemigo infernal no siembre la cizaña so capa y disfraz de virtud... ¡Alegria á toda prueba y destrucción completa de la melancolia!

¿Por qué, vuelvo á repetir, deberá una religiosa ser melancólica?—¡Padre mío, es que todo me sale al revés! nunca alcanzo á contentar á todos, por más que procure hacerles todo el bien que puedo.—Será así; pero ¿no te habrás puesto los anteojos oscuros del amor propio para juzgar de este modo?

Y además... ¿por qué fin trabajas? ¿Para contentar á los otros ó para servir y consolar á Dios? *Lactare et benefacere e lasciar cantare le passere*, decía un santo sacerdote turinés, traduciendo buenamente el texto del Ecclesiastés, (Cap. 3, 12) que dice: *Et cognovi quod non esset melius nisi lactari et facere bene in vita sua*: y yo reconocí que no hay otra cosa mejor que estar contentos y hacer el bien en esta vida.

—¡Pero, Padre, dirá otra, es que no me siento nunca bien de salud!

—¡A la enfermería, pues, y que se consulte luego al médico!

—¡Pero, es que, para hablar francamente... mi alma tengo tampoco sana, que digamos!

—¡Entonces corre á la farmacia espiritual (el confesonario); á Aquél que es médico á la vez y medicina, al prisionero del Santo Tabernáculo que posee remedios para todos los males y tiene poder supremo para hacer nuevamente resplandecer, en

las almas que estuvieron en la obscuridad, el arco iris de paz, de santa alegría!

En medio de la mayor obscuridad, en las angustias más terribles, el justo hallará siempre luz, consuelo y alegría en el Señor: *Lux orta est justo, et rectis corde laetitia*. (Psalm. 96, 11). Alegraos, pues, en el Señor y alabad la memoria de su santidad. (Job. 12).

—¡Es que yo tengo muchos defectos y pecados!...

—Y ¿qué hay en esto? Aunque San Pablo diga: *Gaudeo quia contristati estis ad penitentiam* (2 ad Corint. 7, 9) me alegro de que vuestra tristeza os ha conducido á la penitencia, añade sin embargo: *quasi tristes, semper autem gaudentes*: como melancólicos, estando en realidad siempre alegres. (2 Corint. 6, 10). De manera que, basta que Dios y el confesor sepan que está uno triste por los propios pecados, pero los otros deben vernos siempre alegres. Así lo exigen la caridad y el buen ejemplo que debemos dar; así lo pide la santidad bien entendida. Un santo triste suele ser un triste santo, dice San Francisco de Sales. *Nolite fieri sicut hypocritae tristes*. No os queráis entristecer como los hipócritas. (Mat. 6, 16).

¡Esta es la divisa y el arma con que D. Bosco, vuestro Padre, os arroja contra el enemigo de vuestras almas: la santa alegría!

Sed siempre alegres, y el demonio huirá de vosotras. El gozo del corazón: esa es la vida del hombre y un tesoro inexhausto de santidad. La alegría alarga la vida del hombre: *jucunditas*

cordis haec est vita hominis: et exultatio viri est longevitas. (Eccle. 30, 23).

II. La melancolía, por el contrario, daña:

1.º Vuestra cara Congregación, porque impide que crezcan y se desarrollen las vocaciones. Si nosotros nos hemos dejado *enjaular* (dejadme decir así) por D. Bosco, esto fué á causa de la santa alegría que reinaba en el Oratorio. De la misma manera centenares de niñas fueron dulcemente atraídas al santo nido de las palomas de Dios, por la suave modestia y alegría que observaron en las primeras hermanas del famoso *ranchito* de Almagro (Buenos Aires). Pero si dejáis penetrar en casa la tristeza, ¡adiós vocaciones!, las palomitas, en vez de entrar, huirán espantadas.

Los espíritus caprichosos y melancólicos, decía Santa Francisca de Chantal, siu una verdadera gracia de Dios extraordinaria, son incurables: no deben admitirse para los votos. Y con razón, porque acarrear un daño incalculable á toda la comunidad.

2.º También hace daño á la salud. La tristeza produce inapetencia y languidez: y después se deberán hacer gastos en médicos y remedios, con la persuasión de que todo será en vano, porque si el alma alegre hace la edad florida, el espíritu melancólico seca los huesos: *animus gaudens aetatem floridam facit, spiritus tristis exsiccatur ossa. (Prov. 17, 22).* ¡Sí, esto es harto cierto!

La melancolía es una fatal gotera de veneno, que cae sobre las fuerzas vitales.

La pobre melancólica (que parece hermana del profeta Jeremías) se va cada día secando y consumiendo de tal manera, que parece un esqueleto viviente. Da miedo y compasión al verla; y el demonio se ríe de ella. Este, *homicida ab initio*, conoce muy bien que la melancolía es el imán de la muerte, y por esta causa, donde ella entra, á poco á poco entrará también la triste parca. Nos lo dice el Espíritu Santo: No dejes que tu alma sea presa de la tristeza, y no te aflijas á tí mismo con tus pensamientos.

Apídate de tu alma, procurando agradar á Dios, y está contento... y arroja lejos de tí la tristeza, porque á muchos ha muerto ella, la cual para nada es buena: *multos occidit tristitia et non est utilitas in illa. (Eccle. 30, 25. et seq.)*

De la tristeza viene luego la muerte, y la melancolía del corazón deprime el vigor y encorva la cerviz. *A tristitia enim festinat mors, et cooperit virtutem, et tristitia cordis flectit cervicem. (Eccle. 38, 19).*

¡Ah, cuántos de aquellos que ya bajaron á la tumba, habrían podido trabajar aún *largos* años en el ministerio apostólico, si no se hubieran abandonado á ese monstruo cruel de la melancólica soberbia! ¡Ellos se fueron; su lugar quedó desocupado; necesariamente se debió reducir el círculo de acción salvadora; y he aquí la ganancia del demonio y el por qué de su complacencia cuando ve que alguna es presa de la negra melancolía!...

¡Ea, pues, exclamemos una vez más: Lejos de nosotros la malísima tristeza! ¡Fea melancolía, vete de casa!

3.º Ella perjudica especialmente al alma. Es la verdadera carcoma de toda buena acción. Como la polilla al vestido, y la carcoma al madero, así la tristeza hace daño al corazón del hombre. (Prov. 25, 20). La tristeza, dice San Francisco de Sales, es como un riguroso invierno, que marchita toda la hermosura de la tierra y entorpece todos los animales, porque la tristeza arrebató al alma su dulzura y la deja como paralítica y privada de todas sus facultades. Job ha dicho que el demonio reposa bajo la sombra formada por la densa melancolía. A la verdad, A. Lápide escribió que la tristeza es el anzuelo del demonio.

Complácese el maligno en la tristeza y melancolía, porque él está y estará eternamente triste y melancólico, y quisiera que todos estuvieran tristes y melancólicos como él. (Sales).

¿Desde cuándo esa hermana se muestra tan seca y áspera con las superiores, altanera é iracunda con las alumnas y hermanas? Desde el día en que se abandonó á la tristeza.

Y esotra, antes tan fervorosa, ¿cómo ha llegado á sentir fastidio por los ejercicios espirituales, sospechando de todo y de todos, y dando motivo de temer por su vocación? ¡Ah! es el demonio de la melancolía que la empujó á tales extremos. El sabe que á río revuelto, ganancia de pescador; y apenas entrevé que alguna tiene la cara obscura, luego se le acerca, la incita, la trastorna y hasta la ciega, cubriéndola con el denso velo de la cólera y de otras pasiones; y finalmente llega á decirle así: *Fijate bien: ¡aquí ya nadie te quiere, todas*

*te odian! ¡En tal estado ya no serás feliz! ¡La verdadera felicidad consiste en...! Y aquí le representa las tentaciones más horribles, en las cuales, si no está sostenida por una gracia extraordinaria, cae entonces miserable y á veces irreparablemente. ¡Ay de quien cae en ciertos pecados! Es entonces, que la melancolía se hace más tenebrosa, porque está escrito: el corazón perverso será causa de tristeza: *cor pravam dabit tristitiam.* (Eccle. 36, 22).*

Sólo el temor del Señor recreará el corazón y dará contento y gozo y larga vida: *timor Domini delectabit cor et dabit laetitiam et gaudium et longitudinem dierum.* (Eccl. 1, 12).

¡Ah, Hermanas, no deis entrada nunca á la tristeza; apenas esta bruja se os presente buscando cómo entrar en vuestro corazón, dadle resueltamente con la puerta en la cara, diciéndole: ¡Atrás, pérfida! *Ne dederis in tristitia cor tuum, sed repelle eam.* (Eccle. 38, 21). No abandones tu corazón á la tristeza, arrójala de tí. Y alejaos, entonces, más que nunca, del consorcio de las que están atacadas de semejante enfermedad, porque podríais ser contagiadas. Odiad con todas las veras del corazón y combatid especialmente los pecados de soberbia, porque ésta es generalmente la causa de la odiosa melancolía.

El corazón humilde está en continua fiesta, mientras que el del soberbio queda sumido en el luto y en la desolación.

Mirad á Caín: *concidit vultus ejus*: se irritó sobremanera y se alteró su semblante. (Gen. 4, 5).

¿Por qué? Por la soberbia, la ira y la envidia que lo devoraban. ¿Por qué esa hermana, antes tan alegre, está ahora tan preocupada y triste, que para sacarle una palabra de la boca se necesitan las tenazas de Nicodemus? Por una preferencia que cree se le ha hecho á una compañera; por una pequeña observación que le hicieron; que es lo mismo que decir, por su mucha soberbia. Y esta otra, ¿qué motivo tiene para lloriquear todo el día, barbotar, amenazar y hacer locuras? ¿Por qué esas fulanitas tienen ahora la cara más triste de lo acostumbrado? *Cur tristior est solito facies vestra?* (Gen. 40, 7). ¡Por haberlas cambiado de oficio, casa, etc., pero, desgraciadamente, no se les pudo cambiar el amor propio, que tiraniza aún su corazón!

¡Ah, mi buenas hermanas! ¡Pasar una vida tan feliz, tan llena de amarguras, solamente para divertirse al demouio y sin ganar ningún mérito, al contrario, cargándose de deudas! ¡Qué desgracia! ¡Infeliz la casa donde se anida la carcoma fatal de la tristeza! Está escrito que una comunidad sin alegría, es una comunidad enferma.

III. ¡Hermandades! por la última vez: ¡Viva la santa alegría! ¡Muera para siempre la melancolía! ¡Y por consecuencia, muera el *initium omnis peccati* (Eccle. 10, 15): el primero de todos los pecados, la negra soberbia! ¡Sí, sí! ¡Es la diabólica soberbia la verdadera causa de la fatal tristeza!

Si queréis tener paz, dice Jesús, aprended de mí que soy humilde. ¿Queréis gloria? la tendréis

un día, con tal que por de pronto os humilléis. *Gloriam praecedat humilitas.* (Prov. 15, 33). Y el Santo Evangelio no dice que el que se humilla se ensalzará, sino que será ensalzado; porque, si uno se ensalzare á sí mismo, ya no sería humilde: *qui se humiliat, exaltabitur.* (Matt. 23, 12). Si, pues, te parece, oh religiosa, que todo el mundo conjura contra tí para humillarte, ¿qué te diré? Más vale así; alégrate, porque si sabes resignarte por amor de Dios á tanta humillación, pronto gozarás ese maná escondido que Dios ha prometido al que sabe vencerse: *Vincenti dabo manna absconditum.* (Apoc. 2, 17). Apenas muestra su rostro amarillo y flaco la fea melancolía, recurrid luego á la oración. Lo dice el Apóstol Santiago: *tristatur aliquis vestrum? oret.* (V. 13). ¿Hay alguno de vosotros que tenga tristeza? ¡Que haga oración! El ejemplo de Jesús en el huerto, oprimido de mortal tristeza, nos demuestra la necesidad de hacer oración. Se entiende que la oración debe ser fervorosa. Solamente las almas fervorosas son el consuelo de los superiores, porque están siempre santamente alegres; y están alegres porque son humildes, y por este motivo viven en buena relación con aquel Dios que es el *Deus totius consolationis* y ensalza á los humildes; con aquel Dios que desde su tabernáculo irradia por doquiera luz, paz y alegría santa.

Jesús Sacramentado es la inagotable fuente de la alegría santa. La Comunión frecuente es el Pan celestial, que confirma el corazón y alegra el espíritu.

A esta fuente de alegría infinita debéis volver vuestros ojos cuando la triste *mege*ra hubiese tomado posesión de vuestro corazón. En este caso, presentaos al *Deus, qui lactificat* y decidle con toda confianza: infunde la alegría en mi corazón: *da laetitiam in corde meo.* (Ps. 4, 7), ó bien: restitúyeme la alegría de tu Salvador: *redde mihi laetitiam Salutaris tui.* (Ps. 50, 14). Vuélveme, oh Jesús, la alegría perdida: y el Señor os responderá: *Gaudium tibi sit semper*, ¡la paz y la alegría te acompañen siempre! (Job. 5, 11).

Una verdadera Esposa de Jesús no sólo vive siempre en santa alegría, sino que busca cómo comunicar á otros este bien de Dios. Se le puede repetir lo del Salmo: te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría sobre tus compañeras: *Unxit te Deus, Deus tuus oleo laetitiae prae consortibus tuis.* (Psalm. 44, 8). Ella sonríe habitualmente; ella acarrea la actividad en el trabajo, y hace amenas las recreaciones. En cuanto está de su parte no permite que se pueda decir que su comunidad esté enferma por falta de alegría. Ella, en fin, pone en práctica el consejo del Espíritu Santo que dice: Dad la cerveza á los afligidos y el vino á los que tienen el corazón lleno de amargura: *Date siceram moerentibus et vinum his qui amaro sunt animo.* (Prov. 31, 6). Beban éstos para echar en olvido su miseria y no acuérdense más de su dolor: *Bibant et obliviscantur aegritatis suae, et doloris sui non recordentur amplius.* (ibid. 7). Así hacía aquel santo cándoroso de Fray Junípero. Un día se fijó en que su viejo

P. Guardián, sordo casi del todo, lloraba amargamente.—¡No llore! le gritó al oído; á los obesos no les está bien llorar, porque hacen muy feas muecas. Los que, como yo y usted, somos gorditos, no debemos llorar sino por nuestros pecados, por lo demás estar siempre alegres *in Domino*.—Y le hizo inmediatamente sonreír.

Este mismo hecho histórico se lo escribió el Ven. Claret á un amigo suyo muy inclinado á la melancolía, y terminó su carta diciendo: ¿te acuerdas aún, amigo mío, cuando allá en España te lanzabas llorando en los brazos de tu buena Madre? Al momento te callabas, y te venían ganas de reír. Y yo, que te miraba, reparaba en tu rostro risas y lágrimas á la vez.

Echate, pues, en los brazos de tu verdadera Madre, María Santísima, y muy luego, entre la lluvia de tus lágrimas, contemplaremos un iris encantador de inefable sonrisa.

Por otra parte recordad, hermanas... que sois las esposas privilegiadas de Jesús, sois las benjaminas de vuestra Madre María. ¿Por qué, pues, os dejaréis caer en la melancolía? *Tristitiam longe repelle a te.* (Eccl. 30, 24). Mandad lejos de vosotros la tristeza. *Servite Domino in laetitia.* Servid al Señor en alegría. (Ps. 49, 1). *Gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete.* (ad Phil. 4, 4). Vivid siempre alegres en el Señor: vivid alegres, repito. Decid á menudo con el real profeta: *Quare tristis es, anima mea?* ¿Por qué estás triste, oh alma mía? O bien con San Felipe Neri: *Scrupoli e malinconia, fuori di casa mia!*

Obedezcamos también al precepto de nuestro Padre Fundador, que dijo: ¡Quiero que mis hijos y mis hijas estén siempre muy alegres, pues de esta manera nos acompañarán las bendiciones del Cielo!

¡Oh, Señor, alégrense todos los que esperan en tí; ellos se regocijarán para siempre, y morarán en ellos: *et lactentur omnes qui sperant in te, in aeternum exultabunt.* (Ps. 5, 12). Yo entretanto me alegraré y me regocijaré en tí; cantaré á tu Nombre, oh Altísimo: *Lactabor et exultabo in te; psallam Nomini tuo, Altissimo.* (ib)

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA XI

CONFIANZA CON LOS SUPERIORES

Nolite amittere confidentiam vestram.

No querdis perder vuestra confianza.

(Ad Hbr. 10, 35).

1.º El Venerable don Bosco recomendó muchísimas veces esta confianza, ya de viva voz, ya por escrito. La confianza, decía, os aligerará las penas interiores, os quitará toda ansiedad en el cumplimiento de vuestros deberes, y hará que vuestros superiores puedan tomar las precauciones necesarias para evitar todo disgusto y malcontento; os pondrá en grado de conocer vuestras fuerzas físicas y morales, para daros los cargos más adaptados, y no colocaros nunca en oficios que os pudieran ser peligrosos; y finalmente, cuando se fuese introduciendo en casa algún desorden, os ayudará para poner el oportuno reparo, proveyendo de este modo, tanto al bien de los individuos, como al de la comunidad, que depende del bien individual.

Yo desearía ahora que mi voz, haciendo continuo eco á la de nuestro venerado Padre, anduviese repitiendo al corazón de cada hermana la dulce palabra: ¡confianza! ¡confianza! Si tuvierais confianza, todo será salvo; al contrario, ¡todo será perdido!

Santa Juana Francisca de Chantal decía á sus religiosas, con relación á la confianza con los su-

periores: «He aquí el artículo que ayuda á observar los demás, y practicado, según nos dijo nuestro buen Padre, llenará el cielo de almas. Cuando, por el contrario, se pierde dicha confianza, se pierde el espíritu del instituto».

San Jerónimo dice, que sin esta confianza no se progresa en la vía de la perfección: pocos la hallan, pocos entran y pocos perseveran en ella.

El demonio odia mortalmente una tal confianza. El mismo confesó á Santo Domingo, que pierde en cada cuenta de conciencia (ó sea en la acusación que los religiosos hacen de sus propias debilidades) todo lo que gana en las tentaciones y lazos que tiende á los incantos.

Don Bosco temblaba por el porvenir de la congregación, cuando en ella hubiese llegado á faltar esta confianza.

Es, por consiguiente, muy necesario, que cada una de vosotras tenga el corazón abierto para con su superiora.

2.º Pero *in medio stat virtus*, dice el adagio. Y también en materia de confianza se puede pecar, tanto por exceso, como por defecto.

Yo pienso que cabalmente pecan por exceso (al menos materialmente) ciertas hermanas, por ser demasiado sencillas y no rectamente instruídas en este punto esencial de la confianza con los superiores.

En realidad, no se puede suponer que las superiores se dejen llevar hasta escudriñar directamente, por vía de preguntas ó consejos, ó indirectamente con amenazas, ó con alicientes, etc., á escudriñar,

digo, los pliegues interiores de la conciencia de una subalterna; pues esto sería dar de bofetones á la virtud cardinal de la prudencia, é infringir la grave prohibición de Su Santidad León XIII, quien impone, además, á las subalternas, la obligación de denunciar á los superiores mayores á esas superiores menores que hubiesen hecho esto; pues sería hacer las veces del confesor: pero todas saben que una superiora podrá ser fácilmente mártir de paciencia, si lo quiere, pero confesor, jamás.

Luego, la demasiada simplicidad es, en primer lugar, la que hace caer en el exceso de que hablamos.

Una hermana, por ejemplo, ha oído decir que el corazón de una religiosa debe ser, en manos de la superiora, como una redoma de blanco y transparente cristal, en la que se puedan ver hasta los átomos, ó bien como un libro abierto con sus folios bien cortados desde la cruz hasta la fecha, etc. La *simplota* se cree, por este motivo, en la obligación de decir ó repetir á la superiora, todo cuanto dijo ó deberá decir al padre confesor. No se necesita un ingenio despejado para conocer luego el error de que es víctima esta hermana.

Dije que este defecto puede ser producido por falta de recta y sólida instrucción. Ejemplo al canto. Una hermana catequista, encargada de explicar el punto de la Santa Regla, donde se trata de la confianza, así se explica: «Una novicia ve, por ejemplo, un canasto de peras sobre la mesa; quisiera robar algunas, pero no se atreve porque teme de ser descubierta. Bastará que de este su

mal deseo se acuse al padre confesor. Pero si otro día, encontrándose en la misma ocasión, pasase del deseo á la obra y comiese las peras, debería acusarse de esto también á la superiora...

Pero ¿á dónde habrá ido, digo yo, esa catequista, á pescar un disparate tan mayúsculo? Si fuese cierta esta doctrina, se seguiría de ahí que toda religiosa debería patentizar á la superiora todos y cada uno de sus pecados *de obra* de cualquier especie; lo cual hace erizar el cabello, de solo pensarlo.

El Santo Padre León XIII, en su Decreto *quemadmodum*, 17 Dic. de 1890, dice claramente, que las religiosas "podrán con libertad, espontáneamente, abrir su alma á los superiores, á efecto de obtener, con la prudencia de éstos, consejo en las dudas y perplejidades, y dirección para conseguir las virtudes y la perfección".

De aquí es que, excepto el caso que la prudencia no lo permita (por ejemplo, en las cosas contrarias á la bella virtud), una religiosa *podrá* si quiere, acusarse de alguna culpa á la superiora, pero del *podrá* al *deberá*, la distancia es infinita. Es falsísima, de consiguiente, la doctrina explicada á las novicias por esa hermana catequista.

Pero aquí, si debo decir mi opinión, creo que algunas faltan á la confianza por *exceso*, muchas más son las que faltan por *defecto*. Y creo también que esto lo harán, no ya por malicia, sino por falta de instrucción. Continuaré con los ejemplos.

Sor Fulana va cada día, por obediencia, á la puerta para recibir los comestibles de que tiene necesidad el colegio.

Pero la persona que trae estas cosas, arroja además, sobre el alma de la pobre hermana, ciertos *combustibles* de infierno, con palabrotas satánicas. La hermana no consiente en ninguna cosa; antes bien se recomienda á la Virgen María, y persuadida de que no ofende al buen Dios, no sólo nada dice al confesor de cuanto sucede, pero ni una palabra siquiera á la superiora.

El mismo método tiene Sor Burgundófora, la cual, desde hace algún tiempo atrás, es acechada por una compañera con murmuraciones, regalos y mimos, capaces de robar el corazón á la más santa criatura del mundo, para enredarla en una fatal amistad particular.

En estos y otros casos semejantes, el no descubrir claramente la cosa á la superiora, es pecado.

—Si asoma el lobo, dice San Francisco de Sales, es necesario gritar luego y fuerte, de modo que oigan todos: ¡el lobo! ¡el lobo!—Si estalló el incendio, es preciso alzar la voz: ¡el fuego! ¡el fuego!

La caridad es ordenada; quiere, de consiguiente, el bien de la comunidad, antes que el del individuo. Es necesario impedir cuanto antes el mal de la comunidad. Pero ¿cómo hacerlo? ¡El confesor tiene un triple secreto que le cierra la boca! Dígase entonces todo, y luego á la superiora, que ella sabrá poner remedio.

Es ésta también la doctrina de San Alfonso, quien va aún más adelante, y dice en substancia así: Si en una comunidad se encontrase un individuo,

que fuese como un lobo escondido, peligrosísimo para las almas de los demás, y por más veces que su confesor le haya aconsejado y amenazado, no quisiese enmendarse, mas siguiera causando estragos entre las personas con quienes vive, estaría obligado á salirse de esa comunidad, buscando de antemano algún pretexto que sirva para proteger su fama ante el público. (Véase á San Alfonso, reglamento para los seminarios).

Esta doctrina puede servir especialmente para los internados, tanto de niños, como de niñas.

Supongamos ahora, que en una reunión de hermanas, en un patio, en una clase, etc., á una le hubiese escapado alguna palabra, más que impropia, imprudente, escandalosa (¡lo que Dios no quiere!), la cual á una de las presentes fué causa de pensamientos extraños y dañosos para su alma. Claro está, que esta hermana manifestará al solo confesor los daños internos sufridos, pero no sería ella cuerda, si, porque tuvo que confesarse de ese triste efecto, no revelase la causa de ello á la superiora (callando, se entiende, la desgracia interna), y no procurase que se amoneste á aquella, lengua imprudente, no habiendo ella misma tenido el valor de hacerlo; cosa que quizás no era tampoco conveniente.

Tened, pues, por cosa cierta, que cuando se descubre en una hermana algún defecto verdadero, grave, y al cual sólo los superiores son capaces de poner remedio, hay obligación de manifestarlo, so pena de hacerse culpable de la misma falta y de sus consecuencias. Inútil será añadir,

que en tales circunstancias es necesario no exagerar las cosas, pintándolas con vivos colores; debéis antes tratar de atenuar la culpa, más bien que exagerarla; y si con esa tal hermana hubierais tenido antes alguna antipatía aún natural, no obraríais quizás con justicia, si no lo manifestaseis á la superiora, á fin de que ésta, poniendo cada cosa sobre una justa balanza, pueda de todo formarse un juicio cabal.

Por supuesto, que toda superiora debe ser para cada una de sus religiosas una verdadera madre afectuosa y *prudente*.

Recurra, pues, cada cual á ella en las dudas, manifiéstele sus penas, expóngale todas sus dificultades. Cada mes, y aún más á menudo si ocurre, conferenciase con ella con toda naturalidad y candor, notando bien que se excluyen de esta conferencia, no sólo las cosas interiores, sino aun las exteriores, cuando formaseu materia de confesión.

Pero, tratándose especialmente de otras personas, tened cuidado de nunca exagerar, porque fácilmente la exageración se podría convertir en calumnia, y se cambiaría de este modo el día de la conferencia, que debe ser un día de paz, en un verdadero *Dies irae*, *dies amara valde*, día de ira y grande amargura para tantas pobrecitas...

Vuelvo á repetir: hablad, revelad á los superiores todo lo que puede ser causa de verdadero mal para vosotras y para el alma de las demás (hermanas, niñas, empleadas, etc.), pero hacedlo con prudencia y caridad; y prestaréis de este modo un gran servicio á toda la comunidad y á la Con-

gregación entera. No haciéndolo de este modo, la comunidad se perturba y la Congregación sufre graves daños.

—Un caso de conciencia á manera de apéndice.

«Aconseja una Superiora á sus súbditas, á que hagan cada día frecuentes actos de amor á Dios, y las invita á darle cuenta de ello por la noche». ¿Qué tal?—*R.* Si consideramos atentamente todas las palabras del Decreto *quemadmodum*, deduciremos que esta Superiora no debe obrar así. «De suyo, dice Vermesch (De Religiosis Inst. tom. I, núm. 492), la prohibición de Su Santidad León XIII es grave: *si bien admite parvedad de materia*».

El Santo Padre prohíbe *inducir directa ó indirectamente* á la manifestación de la conciencia; lo cual quiere decir: ejercer en el súbdito alguna fuerza ó influencia moral, que fácilmente se logra, aun con sencillas preguntas.

Sin embargo, añade el mismo autor, si esa Superiora estuviese notando que la súbdita no se atreve á decir, por vergüenza, lo que desea, y la oye quejarse con ella, de esta cobardía suya, no se podría decir que la induce ni directa ni indirectamente, si la exhortase á hablar; como tampoco *induciría* aquel Superior que, absteniéndose de aconsejar en privado, se limitara á comunicar á todos en general las ventajas de la armonía y confianza con los Superiores, y la espontánea manifestación de las dificultades, tolerada por el Decreto.

En todo caso hay que tener en cuenta que el

Decreto habla de la *manifestación de la conciencia*, esto es, de la *intima*, pero no de las iniquidades sobre cosas domésticas (*Lanyogne* testo e commento. Pag. 43 e sig.), ni de preguntas paternales, como sería el interrogar á una religiosa muy afligida, acerca de la causa de su tristeza, á fin de consolarla.

Ni hay que olvidar que, según sentencia probable, la prohibición se limita para con *solos los súbditos profesos*, no ya para los novicios. (Vermesch).

Prácticamente hablando, el Decreto del Papa no prohíbe de ningún modo á los Superiores el vigilar á las súbditas, tocante los actos puramente externos, y pedirles cuenta; por ejemplo: si observan el silencio, si rezan con devoción, si asisten religiosamente á los actos de la comunidad, si reina entre ellas la caridad, si no hay celos, ni murmuraciones, ni riñas, si sufren alguna necesidad corporal, etc.

Con respecto á la Comunión de las súbditas, ya se sabe que una Superiora se la puede impedir, (hasta que no se haya confesado de nuevo), *solo en el caso en que las súbditas, después de la última confesión, hubiesen dado escándalo á la Comunidad, ó hubiesen cometido alguna grave culpa externa*.

CONFERENCIA XII

LA RECREACIÓN

*Et requievit (Deus) die septimo
ad omnibus operibus suis.*

*Y descansó (Dios) al día séptimo
de todas sus obras.*

(Ad Hebræos, 4, 4).

I.—Hemos ensalzado en otro lugar el silencio religioso, tanto el riguroso, como el moderado. No sólo impide, el silencio, tantas palabras y discursos vanos y peligrosos, sino que hasta os ayuda para combatir los pensamientos vagos, inútiles y perniciosos, de suerte que podáis con facilidad tratar con el Esposo Celestial, y uniros á El, cada vez más estrechamente, adquiriendo así nuevas fuerzas para trabajar en las conquistas de las almas.

¿Quién podrá encarecer el progreso en el amor de Dios, que, mediante la práctica del silencio, puede alcanzar una religiosa, repasando en su corazón, mientras trabaja, lo que poco antes ha sido leído en la meditación, en la lectura, etc? En una especie de corriente eléctrico-celeste, que viene así á establecerse entre el Corazón Sacratísimo de Jesús y el de sus afortunadas Esposas.

Pero nunca se espere nada de bueno, la que fácilmente quebranta el silencio riguroso y que, durante el moderado, se abandona habitualmente á discursos inútiles y tontos, ó no hace más que levantar la voz, interrumpida por gritos y cajadas.

¿Y será posible que en muchas familias cristianas de seglares se deba encontrar más moderación que no en ciertas casas religiosas?

¡Silencio! buenas hermanas, ¡silencio! si no se quiere multiplicar los pecados y acallar la voz del Señor.

Aconsejo á cada superiora que establezca, si fuere necesario, una hermana vigilante, protectora del silencio; una hermana que esté llena de amor de Dios, sin respetos humanos, ágil y prudente, y que se encuentre siempre en todas partes intimando el silencio con el índice á los labios, en terminos de merecer el honroso título de *Presencia de Dios*, título que bellamente se ha dado á la vigilante de la casa madre, Sor Teresa Pampuro.

Pero el modo más eficaz para obtener el silencio consiste, por cierto, en decir frecuentemente y de corazón al buen Dios: *¡Oh, Señor, poned una guardia á mi boca y un candado á mis labios!*

II.—Mas, el arco siempre tendido se rompe. Así como la inteligencia se adormece si no se la despierta por medio de la instrucción, así el cuerpo se enerva si no se le pone en movimiento y fortifica con ejercicios corporales.

La recreación es necesaria para el cuerpo y el alma. La salud, ya lo hemos dicho otras veces, no es cosa vuestra, oh hermanas, sino que es propiedad de la Congregación; de consiguiente, la recreación es, para vosotras, un deber de justicia hacia la Congregación misma. El Venerable don Bosco nos cuenta el episodio de su protector San

Juan Evangelista, el cual, siendo ya anciano, acostumbra divertirse con una perdiz; y yo bien recordo que aun en esto, don Bosco imitaba á su caro santo, dando de comer á veces á dos tortolillas que le habían regalado, y que al vivo le representaban las almas de tantas de sus queridas hijas.

De San Luis se cuenta que, cuando algunos religiosos querían hablarle de cosas muy elevadas, después de comer, les decía: No es éste tiempo de razonar, sino de recrearse con algún chiste ó gracia que cada uno quiera decir honestamente.

La recreación, cuando es moderada y bendecida por la obediencia, hace un gran bien hasta al alma. Ella sirve maravillosamente para estrechar con más fuerza los vínculos de la unión fraternal, para dar expansión al espíritu y para darnos buen ejemplo recíprocamente.

Por otra parte, no es cosa tan fácil eso de hacer una buena y santa recreación. Hay peligro de que en este intermedio la serpiente (la lengua) salga demasiado á fuera de su madriguera (la boca) y vaya haciendo alguna de las suyas, ajando el manto real de la caridad, de la humildad, de la obediencia, etc.

Hay peligro de que asomen ciertos espíritus ásperos y coléricos, que no saben hablar si no es pinchando al prójimo, ó dispensándole tijeretazos; —ciertas Hermanas, á las que no se puede pedir ó preguntar nada, sin exponerse al peligro de recibir una repulsa ó una respuesta desagradable.

Hay peligro que estallen disputas entre ciertos caracteres tercos y obstinados, que nunca quieren

ceder un palmo de terreno, ni reconocer de haberse equivocado; caracteres dotados de espíritu de contradicción, que piensan, dicen y obran siempre lo contrario de los otros, etc.; caracteres obscuros y melancólicos, que, ó se lo pasan á solas, ó con una sola siempre.

Ayudan mucho, para evitar tales inconvenientes, las jaculatorias. Estas nos alcanzan los cuatro primeros frutos del Espíritu Santo: la caridad, la alegría, la paz y la paciencia, tan necesarios en toda recreación.

Siempre recuerdo que allá en Mornese, en la santa casa de la fundación, la primera palabra que salía del labio de las hermanas, al empezar la recreación, era la jaculatoria: ¡Viva Jesús! á la cual se respondía luego con santa alegría: ¡Siempre en nuestros corazones! ¡Viva Jesús! se exclamaba en los largos paseos que se hacían al famoso monte llamado *Tubbio*: ¡Viva Jesús! resonaban los collados mornesíneos: ¡Viva Jesús! repetían aquellos hondos y fértiles valles de tan grato recuerdo. Y hubo de acabarse por ponerla en música esta dulcísima jaculatoria. Resucitad, os lo suplico, esta santa práctica en todas las casas.

El ¡Viva Jesús! sea lo que da siempre la entonación á vuestras recreaciones, y entonces reinará allí la alegría, el buen ejemplo, y, de un modo especial, la caridad. ¡La caridad! ¡Ah, que es fácil que esta virtud sea maltratada durante la recreación!

Al ¡Viva Jesús! añadid, si os agrada, el *Ave María*, llamada de la caridad, que en mis viajes aprendí de los óptimos padres redentoristas.

Ellos no hacen nunca recreación alguna sin recitar antes, de rodillas, una *Ave Maria* á la Madre del Amor Hermoso: motivo por el cual tienen sus recreaciones algo de celestial. Yo lo he constatado muchas veces. Imitémoslos, y entonces no se volverán ya á ver ciertos semblantes tristes, ciertas miradas torcidas, ciertos labios perfectamente cerrados, ni se oirán ya risas estrepitosas, ni clamores intempestivos, ni discursos necios y desagradables, ni palabras picantes y mundanas, ni lamentaciones y murmuraciones, etc., sino que por el contrario, la recreación será del todo santa, es decir, hecha con sencillez y franqueza, alegría y caridad: todo será en edificarse recíprocamente en santos discursos, en devotas alabanzas, en dulces exhortaciones á la práctica de la virtud; será, en fin, como el recrearse de los ángeles é imitar las dulces recreaciones que hizo María Santísima, primero en el colegio ó monasterio contiguo al templo, y después con San José y con el amabilísimo Jesús.

Una recreación hecha de este modo os sería ciertamente de gran provecho para el cuerpo y para el alma. Os haría crecer en santidad. Haced luego el ensayo: Pero persuadíos, oh hermanas, que para pasar la recreación como á religiosas conviene, no se requiere ciertamente poca virtud; por eso os repito: preparad y santificad vuestras recreaciones con el ¡*Viva Jesús!* y con el *Ave Maria* de la caridad.

Aquí es bueno recordar los avisos y ejemplos de don Bosco. «De los sermones, catequismos y conferencias oídas, ó no hablar ó hablar siempre

bien, no tocando la persona del catequista ó del predicador».

«De los ministros de Dios, decía otras veces, ó discurrir bien ó callar absolutamente. ¡Ay de quien pone en ridículo las palabras, la voz y los ademanes del ministro de Dios! Tébase el enojo de Aquel que ha dicho: El que tocara á vosotros, toca la pupila de mis ojos». *Qui enim tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei.* (Zacch. 2, 8).

Para evitar todo peligro de murmuración y para poder santificar sus recreaciones, don Bosco, estando todavía en colegio, se había dicho á sí mismo: Cada día contaré algún ejemplo ó máxima ventajosa para las almas. Haré esto con los compañeros, amigos y parientes; y cuando no lo pudiese con otro, lo haré con mi madre.—Dijo y mantuvo siempre su propósito. Hasta la gente del mundo puede servir de modelo. Es muy justo que las hijas imiten á su padre. Hasta la gente del mundo puede servir de modelo. Los negociantes, por ejemplo, es sabido que hablan siempre y donde quiera, de sus negocios; los artesanos y letrados, de sus artes y ciencias; los trabajadores, de los instrumentos de su arte: *tractant fabrilis fabri*, y como dijo uno de nuestros poetas:

*Sogna il guerrier le schiere,
La selva il cacciator
E sogna il pescator
Le reti e l'amo.*

Si todos éstos hasta sueñan con sus oficios, cuánto más no deberán hablar de ello con sus amigos? Es cosa demostrada por la experiencia.

Ahora bien, vuestro oficio, oh hermanas, es el de llevar á Dios muchas almas, empezando por la vuestra y la de vuestras alumnas. Luego, cuando el silencio no lo prohíbe, en todas partes, y especialmente en la recreación, hablad de Dios, de Jesús vuestra vida, de vuestra Madre carísima María, de vuestra cara Congregación, del alma de vuestras discípulas, etc., etc. La meditación, la lectura, las amonestaciones, los sermones, las cartas de los superiores, serán, según ya lo hemos dicho, como tantos despertadores para sacudir, de cuando en cuando, el sueño espiritual que á veces amenaza oprimiros.

Aquellas, además, que tienen la fortuna de asistir á las niñas en la recreación, cuando las viesen cansadas, abandonar los juegos y venir á agrupárseles al rededor, como los pollitos junto á la gallina, después de mandar que se acerquen las más pequeñitas para tenerlas todas á la vista, de modo que ninguna pueda esconderse; podrán alternar un poco los juegos espirituales con los corporales, despertando la emulación de las niñas con algunas interrogaciones sobre historia sagrada, sobre asuntos de piedad, etc.

Las asistentes más cuerdas saben prepararse á tiempo la materia apropiada, y nunca se encuentran con el saco vacío.

He aquí un breve interrogatorio que se puede ampliar *ad libitum*, y que sirve para todas. Por ejemplo:

1.º ¿Qué cosa se representa en la estación 3.ª, 4.ª, 5.ª, 7.ª, etc., del Vía Crucis?

2.º ¿Quién de vosotras me sabe decir el 4.º misterio doloroso, el 3.º, el 5.º glorioso, etc?

3.º ¿Cuál fué el 7.º dolor de María? ¿cuál el 1.º, etc?

4.º ¿Cuántos años hace que murió Jesucristo? ¿Cuántos desde que nació María? ¿Cuántos años hace que fué asunta al cielo?

5.º ¿Cuál fué el primer ostensorio ó custodia?

6.º ¿Cuál es el mejor templo del mundo?

7.º ¿Quién fué el primero que hizo el Vía Crucis, etc., etc.?

Sería también cosa utilísima interrogarlas respecto al así llamado *Reloj de la Pasión*.

En mis largos viajes he encontrado colegios donde, al dar la hora, todas las niñas dicen la jaculatoria que vosotras sabéis rezar; esto es: ¡Bendita sea la hora en que nacieron Jesús y María para salvar el alma mía! Terminada la cual, una alumna dice así: En la hora (tal) *Jesús sufrió (tal pena)*. Acto continuo rezan el *Ave María*, llamada de la hora.

He aquí el precioso reloj:

A las 7 (p. m.)	Jesús lavó los pies á los Apóstoles	<i>Ave María</i>
» 8 »	» instituyó el SS. Sacramento »	
» 9 »	» hizo el sermón sobre la caridad. »	
» 10 »	» empezó la oración en el huerto. »	
» 11 »	» fué confortado por un ángel »	
» 12 »	» fué aprisionado. »	
A la 1 (a. m.)	» fué conducido á Anás . . . »	
A las 2 »	» recibió una bofetada. . . . »	
» 3 »	» fué interrogado por Caifás. »	

A las 4 (a.m.) Jesús fué negado por San Pedro. Ave Maria

» 5 » » fué condenado á muerte por
el Concilio. »

» 6 » ' » fué conducido á Pilatos. . . »

* 7 * » fué conducido á Herodes. . *

» 8 » » fué pospuesto á Barrabás. »

» 9 » » fué azotado »

» 10 » » fué coronado de espinas . . »

» 11 » » se fué al Calvario, llevando
la cruz »

» 12 » » fué crucificado.. . . . »

A la 1(p. m.) » pidió perdón por los pecadores. »

A las 2 » » se despidió de su madre . »

» 3 » » murió!!! »

» 4 » » recibió la lanzada. . . »

» 5 » » fué bajado de la cruz.. . . »

» 6 » » fué sepultado. »

Finalmente, es también un bello modo de pasar alegre y santa recreación, eso de hacer representar en el patio, por un grupo de niñas, y á manera de pantomima (con santa gravedad), las divinas escenas ó pasajes de la Historia Sagrada ó eclesiástica, ó de la vida de don Bosco: provocándose recíprocamente á adivinar y explicar el hecho representado.

Primero en Mornese y después en Niza, este modo de recrearse ha dado excelentes resultados.

De esta manera se desenvuelve y fortifica la vida corporal, la intelectual y aun la espiritual, con tal de que, como se supone, las cosas caminen siempre en santa paz y tranquilidad.

Notaremos empero, que si las niñas representasen el papel de hombres, no sería cosa conve-

niente, aunque tuviesen cuidado de llevar por debajo el vestido del propio sexo; prácticamente hablando, es harto difícil contenerse entre los justos límites de la necesaria moderación: por lo que nuestro Venerable don Bosco quería que del todo se dejasen en los colegios las representaciones de papeles *mixtos*, porque su éxito, por lo común, es contraproducente.

DEO GRATIAS ET MARIAE

FIN DE LA PRIMERA PARTE

PARTE II

La Religiosa con relación á las alumnas

CONFERENCIA XIII

VIGILANCIA SOBRE LAS ALUMNAS

*Vigilate, quia adversarius vester
diabolus, tamquam leo rugiens cir-
cuil quaerens quem devoret.*

*Estad en continua vela, porque
nuestro enemigo, el diablo, anda
girando, como león rugiente, alre-
dedor de nosotros, en busca de presa
que devorar.*

(1.ª Petr. 5, 8).

El oficio de asistente no es oficio humilde, ni mucho menos bajo, sino nobilísimo y angelical. ¿Quién podrá decir los males que una buena asistente alcanza impedir? ¿Quién podrá encarecer lo bastante, los bienes morales y espirituales que ella procura?

Vuestro oficio, oh asistentes, es una especie de martirio. Vuestra dura cama, vuestro pan duro también, vuestras fatigas en la enseñanza y en la continua vigilancia: ¡he ahí vuestros cilicios!

La Ven. Magdalena de Canossa solía á veces salir del coro á deshora. Y cuando se le preguntó el por qué, respondió:

—«¡A decir verdad, me quedaría de mejor gana con mis Religiosas para hacer oración, pero me

viene á la mente que el tiempo que yo estoy en el Coro, las niñas se lo pasan haciendo insolencias y cometiendo pecados en las clases y corrillos! ¡Ah, cómo fácilmente se enseñan la malicia las unas á las otras! ¡Oh, Hermanas, mucho más agradable es el sacrificio que hacemos para preservarlas las almas, que el de elevar á El nuestra mente en la Oración! Hacemos contemporáneamente el oficio de María y de Maríán.

I. Las directoras, las maestras, las asistentes que quieren de veras desbaratar al demonio que asalta á sus alumnas, además de rezar mucho y vigilar continuamente, deben, sobre todo, separar inexorablemente ciertos grupos de *sedicentes* amigas, las cuales, de palabra y hecho, den á conocer que no vienen de parte de Dios.

¡Oh, los *corrillos*! ¡Ciertos nudos sólo Dios tiene la fuerza de desatarlos! ¡Sólo el demonio puede tragarlos! ¡Y lo hace de veras, después de haberlos hecho tostar al fuego de la maledicencia y del vicio, contrario á la bella virtud!

Se necesita resolución. *Divide et impera*. ¡Si queréis mandar vosotras, como es deber, en vuestra casa, separad los tales corrillos! Lanzaos en medio de ellos constantemente y sin miedo alguno; *in nomine Domini*.

El Ven. D. Bosco solía decir, que el medio más eficaz para deshacer un remolino de viento, era cabalmente el arrojarse dentro, sin ningún miedo. Y así como decía, así obraba. Y de este modo se convertían los vagabundos de la calle en los santos *biriquines* de D. Bosco. Imitémoslo.

Pero aguzad más y más vuestro ingenio, si fuese posible, cuando ciertos moscardones, ó quizá ciertos buitres de niñas muy malas, persiguiesen á las que aún fuesen inocentes, máxime si fueran éstas de índole muy sencilla. Pocos minutos bastan á veces para que el hielo y el granizo destruyan todas las flores y los suspirados frutos de una riquísima planta en primavera. ¡Adiós, caras esperanzas! Todo está perdido.

✓ Pero calamidades peores suceden algunas veces en la recreación y salones de ciertos colegios, por falta de vigilancia.

¡Un solo entretenimiento algo licencioso, una sola escena imprudente de cinematógrafo, basta para abrir en esos candorosos y tiernos corazones una llaga, que ni el tiempo ni el buen ejemplo de otras, sería parte para cicatrizarla!

Las flores se marchitan y caen en tierra, las blancas palomitas se tornan en negrísimos cuervos, y los ángeles lloran desconsolados, porque el mal se ha hecho irremediable.

✓ ¡Y pensar que los padres de familia han colocado á sus aún inocentes hijitas, de preferencia en un Colegio de Religiosas, cabalmente para que allí encontraran un seguro asilo para su virtud! ¡Y ellas hallaron, por el contrario, la tumba de su inocencia! ¡Ah, cómo se nos hace pedazos el corazón al oír á ciertas alumnas exclamar, hechas un mar de lágrimas!—¡Yo entré en el Colegio siendo aún inocente! ¡Mis padres me conservaron ángel de costumbres! ¡Es aquí donde aprendí toda la malicia! ¡Es aquí donde las compañeras dieron muerte á

mi alma!—¡Oh, asistentes, qué responsabilidad la vuestra!...

Si no hay suficiente asistencia, dice el V. Claret, es mucho mejor un simple externado que no un internado. ¡El mal llamado educatorio, donde la vigilancia y la frecuencia de los Santos Sacramentos no se aprecian, es ciertamente un lugar de desgracia para las pobres almas de tantas niñas!

Y ya que he tocado esta cuerda, quiero exhortaros á ser santamente duras é inexorables con las soberbias que ridiculizan á sus maestras y todo lo critican: mandatos, superiores, prácticas de piedad, método, comida, etc., etc. ¡Pero las que hacen discursos inmorales y diabólicos, expúlsense sin piedad y lo más pronto posible! Tener tales cabras roñosas en el redil con las ovejas, no es piedad, sino verdadera crueldad: alejarlas es, por el contrario, prudencia, caridad y benigna misericordia hacia toda la comunidad.

¡Ojalá que se pueda decir de vosotras, oh hermanas, cuanto dice Dios de las estrellas, que jamás se cansan de hacer centinela, *et non deficiunt in vigiliis suis. (Eccle. 43, 11).*

¡Ojalá que interrogando Dios al ángel de vuestra Congregación, respecto de cómo cumple cada una sus deberes, *quid tu vides?* ¿qué es eso que ves tú? él pueda responder: *Virgam vigilantem ego video.* Yo estoy viendo la vara de una que está vigilante. (*Jer. 1, 11*).

¡Ojalá que todas las que tienen algún cargo de otros, puedan repetir con San Pablo á los Efesios: *«contestor... quia mundus sum a sanguine*

omnium: protesto... que yo no tengo la culpa de la perdición de ninguno» (*Act.* 20, 26), es decir, no he dado ningún mal ejemplo á nadie, no he descuidado nunca la debida vigilancia; no he reprehendido demasiadamente, ni demasiado poco, cuando el deber me lo imponía!

¡Ojalá que en toda Comunidad dedicada á la enseñanza y educación religiosa, se verifique al pie de la letra lo que de Jerusalén dijo Dios, por boca de Isaías: Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto centinelas: todo el día y toda la noche estarán alerta, no callarán jamás! (*Isai.* 62, 6); es decir, vigilarán continuamente, y avisarán lo que asome algún peligro.

II. Nunca creeré recomendar demasiado la práctica de la más estricta vigilancia. Suplico, pues, á la buena superiora, que lea, relea y explique cien veces, si fuere necesario, las siguientes consideraciones á sus buenas hermanas:

a) Dos hermanas asistentes que durante el recreo anden siempre juntas, equivalen á: *menos tres hermanas*.

En efecto, será necesario que una tercera hermana asista á esas dos, ya que es imposible que, andando éstas siempre juntas y quebrantando por esto su deber de asistentes, no caigan en murmuraciones, etc. Así tendremos á tres hermanas *fuera de combate*.

b) Cuando se notase que dos hermanas asistentes, no haciendo caso de la prohibición que se les ha hecho, están siempre juntas, no creais que sean solamente dos, no; desgraciadamente son tres.

Y la tercera que á ellas se acerca, llámase *Sor diablillo*. Pues, del mismo modo que el Señor se acerca á dos hermanas, cuando asisten ó van juntas por obediencia en el nombre de Dios, así el cornuto se acerca á esas dos pobrecitas y se queda con ellas, toda vez que se hayan alejado del puesto de la obediencia para charlar, etc. ¡Ah, y qué desgraciada compañía es la de esas dos pobres loquillas!

Por este punto empieza á desquiciarse el edificio de la vocación, y brotan á veces ciertas amistades particulares que arrastran, casi indudablemente, á la eterna ruina: ¡Dios nos libre!

c) Los pecados de las alumnas que, por faltar voluntariamente á la vigilancia, no impidiereis, pudiéndolo, fuera de estar apuntados en el *Liber scriptus* de esas pobres niñas, estarán también notados en el vuestro, sin que falte uno solo de ellos.

Las alumnas que os están confiadas *cargan sobre vosotras* con todo el peso de los pecados que, por vuestra negligencia, les dejáis cometer; ¡y un día pedirán la venganza de Dios sobre vosotras!

¡Ay de la pastorcilla que vigila doce años y se adormece una hora! Bastará este descuido á la manada de lobos que acecha el rebaño, y, cuando despierte la malaventurada celadora, ya estarán lejos los verdugos, destrozando á la víctima.

Y ¿de quién será la culpa? ¡Pensadlo bien! El Santo Evangelio nos describe al Padre de familia afligidísimo porque, habiendo hecho sembrar en su campo un óptimo trigo, ve que despunta la maldita cizaña. Mas, la culpa de eso no fué la simien-

te ni el terreno, sino la incuria y pereza de los agricultores. *Cum autem dormirent homines* (Matt. 13, 25): en el tiempo que los hombres dormían, vino el enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué.

Da, no solamente grima, sino indignación á un corazón recto, cuando se viene á saber que por el descuido de sus Asistentes y Maestras, una alumna, antes buena, fué pervertida por malas compañeras. ¿Cuál no será, pues, la indignación de Jesús, que ha debido comprar esa alma con toda su Sangre, y halla que se la han robado en la misma Casa santa?...

d) Toda nueva vocación religiosa, equivale á un grandísimo número de almas que irán al Cielo seguramente. Pero ¡ay! ¡cuántas vocaciones se pierden por falta de vigilancia! ¡No lo olvidéis!

e) Una buena asistente gana más, si ella quiere, que un valiente predicador. El predicador, por regla ordinaria alcanza á impedir el pecado en alguno, y no por largo tiempo; mientras que una celosa asistente llega á impedir casi todos los pecados de sus alumnas; y ésto, con solo su presencia asidua como la de Dios, con la cual confunde los planes inicuos de Satanás, que quiere avivar doquiera las llamas del infierno con discursos, palabras, adivinanzas, miradas, regalillos, libritos, diarios, envoltorios, viñetas, vistas microscópicas, etc. Si tú, durante la recreación, por amor de Dios y de las almas, das una vuelta por los corredores, escalas, escondites, etc., del colegio, no sólo tendrás el mérito de impedir algún pecado

(porque Dios quiere premiar la recta intención), sino que en realidad lograrás impedirlo.

Estas palabras salían de los labios de nuestro Padre D. Bosco, que sabía cuántos y cuáles medios posee el enemigo para engañar á las almas, y conocía muy bien todos los sitios donde este monstruo del Averno va á esconder su cola serpentina.

f) Para obtener de Dios la gracia de impedir un solo pecado mortal, no sería harta penitencia peregrinar con los pies descalzos hasta los últimos confines de la tierra.

Con gusto, decía el V. Claret, yo sufriría ser arrastrado por un caballo hasta el día del juicio, con tal de impedir un pecado venial. Y una simple asistente no sólo logra impedir pecados veniales, sino aún muchos mortales cada mes, y á veces también cada día. ¡Qué corona tan hermosa se va formando esta afortunadísima hermana para el Paraíso! ¡Y con qué paz y confianza se presentará delante de Dios después de su muerte!

g) Cada vez que una ha impedido un pecado mortal, ha alcanzado á salvar de la muerte al mismo Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo, porque es verdad de fe que con un pecado mortal se vuelve á crucificar á nuestro amabilísimo Salvador. Es evidente que Dios Padre se tendrá por deudor hacia esta buena hermana, que ha librado acaso mil veces de la muerte á su Hijo Unigénito. ¡Ah! y ¿quién habrá, que oyendo tales maravillas no quiera ser una de las asistentes, ó á lo menos ayudar á las otras en la vigilancia, cada vez que la santa obediencia no se lo impida?

h) Un padre, una madre de familia, cristianos y prudentes, que amen realmente el alma de su cara hijita, no se resignarán jamás á hacerla educar en un colegio, en el cual, por falta de vigilancia debida, se previese un peligro para su inocencia. Ahora bien, tanto los ángeles custodios de las niñas destinadas para un colegio, como María Santísima, que es la tierna madre de estas mismas niñas, viendo que en vuestro colegio la vigilancia se considera como un peso insoportable que se quisiera sacudir (con tal que no lo notasen los superiores), y que por esta causa no sólo se perderán las vocaciones, sino hasta las almas de muchas niñas educandas, impedirán ciertamente el ingreso de otras alumnas en el mismo colegio. Si, por el contrario, María Santísima y los ángeles ven que vuestro eminente ideal, vuestro principal deber es el de vigilar con afán, con suma delicadeza y con infatigable celo, llenarán luego de alumnas vuestros colegios, porque saben que esto será lo mismo que llenar el Paraíso. Y si fuese necesario ensanchar vuestra santa casa, creedlo que no os dejarán faltar los medios materiales para verificarlo.

III. Recordad, oh hermanas asistentes y maestras, que sois como las madres espirituales de vuestras alumnas. Imitad por esto á la gallina madre (nadie se crea humillada por este parangón, ya que no desdeñó aplicárselo el mismo Divino Salvador). Esta es un animal sin valor y sin espíritus generosos, mientras no sea madre. Pero cuando ha

llegado á serlo, se arma de un corazón de león. ¡Vedla allá, en medio de sus pollitos, erguida la cabeza, con los ojos fieros que gira hacia todos lados, inquietos y amenazantes! No hay enemigo, por muy fuerte que sea, contra quien ella no se lance en defensa de su pequeña familia; y la ansiedad continua, que en este oficio la fatiga, la hace gritar sin interrupción, por temor de perder sus pollitos. Que si por desgracia se le pierde alguno, ¡qué dolor no es el suyo!...

Os lo repito, oh hermanas, imitad á la gallina madre, y así cumpliréis exactamente vuestro deber de asistentes.

Recordad aún, oh asistentes, que sois cual ángeles visibles de vuestras niñas. Los Angeles Custodios contemplan incesantemente la Majestad Divina, y no dejan un instante de velar sobre sus protegidas. Lo propio debéis hacer vosotras: vigilar día y noche premurosamente á vuestras alumnas, y al mismo tiempo no perder nunca la presencia de ese Dios, de quien depende la salvación de vuestras alumnas y la vuestra.

¡Valor, oh asistentes! sed siempre el brazo derecho y el verdadero consuelo de vuestras superiores. Cada una de vosotras debería poder decir á su directora, con respecto á las alumnas que le están confiadas, lo que Judas dijo á su padre Jacob, para que dejase partir á Benjamín:—Yo me encargo de ellas. ¡Si no te las cuido ni devuelvo tales como me las entregas, me declaro indigna de tu perdón! (*Gen. 43, 9*).

Una hermana que tenga un poco de celo por

la salvación de sus niñas, debería sentirse desmayar al ver que éstas tan fácilmente insultan al buen Dios, barrenando á sabiendas su santa Ley. *Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam* (Ps. 118, 55), decía David: desmayé de dolor por causa de los pecadores que abandonaban tu ley.

Extiéndase vuestra vigilancia, oh asistentes, de un modo especial sobre las lecturas de las alumnas. — ¡Ojos de Argo, Hermanas! — Es allí, donde el demonio engaña miserablemente á las niñas curiosas, y las unce al carro de perdición.

La reina María Lazinska era, en este punto, siempre inexorable. Hallándose una vez de visita en casa de una dama de Corte—la duquesa de Lugues—visto un libro malo sobre una mesita, lo echó sin más ni más al fuego. Y á un corrillo de damas, que criticaban un cierto libraco pésimo, preguntó: ¿Vosotras, pues, lo habéis leído?—Sí, madama; hemos querido cerciorarnos de si era un libro tan malo como se dice.— ¡Desgraciadas! ¡Y qué temería cometer un delito leyendo un libro en el cual se ultrajara á mi padre el Rey; y tanto más donde se ultraja á mi Dios!

Os suplico que queráis, oh buenas hermanas, meditar bien cuanto os he dicho, y que lo practiquéis con santa perseverancia.

¡Dichosos, dice el Santo Evangelio, aquellos siervos á quienes el amo, al venir, los encuentra así velando! ¡Y si viene á la segunda vela, ó viene á la tercera y los halla así prontos (es decir, vigilantes), dichosos son tales criados! *Beati sunt*

servi illi, porque los hará sentar á la mesa y se pondrá El mismo á servirles: *et faciet illos discumbere et transiens ministrabit illis*. (Luc. 12, 37. et seq.)

DEO GRATIAS ET MARIAE

CONFERENCIA XIV

BUENA EDUCACIÓN

*Educate illos (filios vestros) in disciplina et correctione Domini.
Educad (á vuestras alumnas) corrigiéndolas é instruyéndolas según la doctrina del Señor.
(Ad Eph. 6, 4).*

Los padres y tutores de vuestras alumnas, oh buenas hermanas, os las han entregado para que poco á poco las transforméis y hagáis de ellas otros tantos tesoros de toda clase de virtudes morales y religiosas.

Las niñas son como los arbolitos tiernos, que si al principio no crecen derechos, sólo servirán después para el fuego.

Son ellas, propiamente hablando, cual cera bastante blanca, como para recibir la efigie que queráis en ellas estampar, ó como un pliego de papel blanco, en el cual podáis escribir lo que os plazca. Aprovechad bien estas hellas disposiciones.

Pero permitidme aquí unas breves observaciones.

1.º *Sueño. Septem horas dormivisse satis juveni, senique*, dice un adagio. De manera que, exceptuado el caso de enfermedad, no se les conceda ordinariamente más de ocho horas de reposo, mientras bastan siete. El exceso puede acarrearles daño al cuerpo y especialmente al alma.

Vayan á dormir temprano y á hora fija, cuan-

do la obediencia no mande diversamente, á fin de que puedan madrugar al día siguiente. *A quien madruga Dios le ayuda*, dice el proverbio. «El levantarse temprano sirve lo mismo á la salud que á la santidad». (San Francisco de Sales). — «La gracia de la salvación está ligada á la Oración, y la de la Oración á la gracia de levantarse temprano». (San Vicente de Paúl).

Las que muy de mañana velan para buscarme, me encuentran, dice Nuestro Señor. (*Sap. 6, 13*).

Las largas vigiliias de la noche que ahora se acostumbran hacer en el mundo, son dañosas para el cuerpo porque debilitan mucho el cerebro, y aunque sus efectos no se sientan tanto en la juventud, se sufrirán más tarde sus consecuencias; pero esas vigiliias son aún más perjudiciales para el alma, porque por su cansa se pierde la mañana del día siguiente, y, de consuno, la meditación, la Misa, la Oración, la Comnión etc. *Noctem verterunt in diem*. (*Job, 17, 12*): cambiaron el día por la noche, la luz por las tinieblas, las buenas obras por las liviandades. (Sales). ¡Ah, de cuántos pecados es causa eso de cambiar el día por la noche!

Al acostarse ármense del agua bendita, y recordando vivamente la presencia de Dios y del buen Angel, reposen por cuanto es posible, del costado derecho, en posición angelical, tal como desearian tenerla en punto de muerte, pues la muerte puede sobrecogerlas durante esa misma noche. San Francisco de Sales quiere que se considere la cama de su reposo como un altar donde

todo es limpieza y blanqueza, sobre la que ha de acostarse la niña con tanta modestia y mortificación, que se torne en holocausto á los ojos de Dios.

No se olviden por la mañanita, que el demonio es ese gran ladrón que está espiondo el momento de levantarse para robar las primicias del día y para despertar pensamientos malos, é inútiles, que sólo á Dios pertenecen de derecho.

Primitiae Domini sunt. (Num. 31). Las primicias son del Señor. *Da Domino*, dice San Climaco, *primitias dici tuae; erit enim tota illius, qui prior occupaverit.* (Cap. 25). Ofrece al Señor las primicias de tu día, porque el día será del que lo ocupó el primero. Los primeros minutos de la madrugada dan la entonación á todo el día.

Hubo quien se disciplinó tantos minutos, cuantos había perdido disputando con la almohada. Dirige tu primer afecto á Jesús Sacramentado y á María Santísima.

La campanilla es la voz de Jesús que te llama, es el orologio misterioso de todas las acciones del día. Respóndele á cada toque: *Ecce adsum.* ¡Heme aquí pronto!

2.º *Lavarse no demasiado, ni demasiado poco.* En invierno lávense muy bien con agua pura y fresca las manos, la cara y la cabeza, pero no lo hagan *demasiado* en verano. De esta manera practican ellas un poco de mortificación, que les será provechosa corporal y espiritualmente.

Ocioso será encomendaros el impedirles absolutamente el uso del *colorete*. ¡La santa reina Lazinska, ya mencionada, solía decir que esta es-

túpida usanza había sido introducida por señoras viejas y feas, que quieren que sus hijas se les asemejen!...

¡Si vuestras niñas, en lugar de lavarse la cara con lo que se lavaba la Madre de Dios, que, según San Vicente Ferrer, lavábase con el agua de sus lágrimas (*Domin. 6.º Pentecost.*), la quieren pintar con coloretes, en el juicio particular, viéndolas con esos aceites en la cara, y sin aceite en la lámpara del corazón, les dará Dios un eterno golpe en los ojos con la puerta: *clausa est janua* y un terrible: *no te conozco! nescio vos!* en los oídos, puesto que el Señor no mira de buena gana las caras que no son tales como El las hizo: *Deus non libenter aspicit vultus quos ipse non fecit.* (*ibid.*)

3.º *Uniforme y demás vestidos.* Sean simples, esto es, sin lujo ni vanidad. Los vestidos de lujo hacen dar vuelta á ciertas cabecitas, volviéndolas desaplicadas, vanidosillas y orgullosas. Que sea modesto, tanto el peinado como el calzado, si no queréis educar á casquivanas, aptas solamente para disipar hasta los más pingües patrimonios.

¡Aseo, grande aseo en todo, esto sí! ¡pero nada de vanidad ni lujo! San Pedro en su primera (*Cap. III. 3, 4*), dice que el adorno de las mujeres no ha de ser por de fuera con rizos del cabello, ni con dijes de oro, ni con galas de vestidos, sino con el atavío interior de un espíritu de dulzura y de paz.

Procurad alabar en ellas el vestido ya usado, pero aseado, más bien que el nuevo.

Muy antiguo es el proverbio: *Mulieris ornamentum mores, et non aurum*: el mejor ornato de una joven es el terso ropaje del pudor. (*San Juan Crisost.*): es la mansedumbre, la modestia, la paz del corazón; pues todo esto compone, orna y enriquece las potencias del alma, y santifica los mismos sentidos del cuerpo, verificándose así lo que dice el Espíritu Santo: *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus*. (*Ps. 44, 13*). En el interior está la principal gloria ó lucimiento de la hija del Rey.

Demostrad, oh Hermanas, á vuestras niñas, que esos vestidos nos recuerdan que el pecado nos ha puesto, en cierto modo, en un grado más bajo que los animales irracionales, puesto que ellos no necesitan vestiduras. ¡Oh tristísimo recuerdo de la inocencia perdida!

Además, los vestidos son, por lo regular, restos de animales ya muertos; deben, pues, despertar en ellas, el saludable pensamiento de la muerte, y no serles causa de peligroso engreimiento.

Cuenta el apóstol de Valencia, que María Santísima, para salir de casa, se ponía el vestido más humilde. ¡Así se portaba en público la que milagrosamente purificaba los pensamientos de los que miraban su hermosura!

Un monje de santa vida vió, en visión, dos bestias muy deformes que ponían una red en la puerta del Cielo y mientras una voz gritaba: ¡Esa red son las galas de las mujeres y los trajes profanos que impiden entrar en la Gloria!

Dice la Teología moral, que el traje excesiva-

mente costoso es pecado mortal en quien, por llevarlo, deja de pagar sus deudas ó de socorrer la extrema necesidad del pobre: si no hay éste ú otro perjuicio grave, sería venial por el exceso; pero el traje que de suyo es provocativo y próximamente incita al mal, siempre, y en todo caso y en todas personas, es pecado mortal.

Decidles que agrada siempre más la mayor sencillez; y que eso de querer seguir las modas, además de empobrecerlas, las vuelve ridículas; pero que la limpieza exterior representa en cierto modo, la interior pureza; y que por este motivo, estén siempre muy aseadas de pies á cabeza.

4.º *En la mesa*. Tenéis, además de otros textos, el *Carreño*. Explicadlo á su tiempo y lugar.

Yo aquí quiero solamente mentar las cosas principales que debéis enseñar á vuestras alumnas, á fin de que puedan muy fácilmente practicarlas cuando se les presentare la ocasión.

Cuando están en la mesa tengan el cuerpo recto y los pies juntos, y las manos sobre el borde de la mesa, no apoyándose nunca con los codos.

Si acaso fuesen invitadas á comer ó cenar fuera de casa (no deberán ir sin su mamá), nunca empiecen á comer ó beber antes que los otros; tomen los manjares sin ansia, con toda modestia y limpieza, cuidando de no mancharse los dedos, los labios, la barba, etc.; no remuevan la sopa á fin de que se enfrié, ni tampoco la soplen; no hagan ruido al masticar ó beber, moviendo cucharas, tenedores, etc.; no laman la cuchara ni los dedos; no

mordizquen el pedazo de pan; no presenten el plato para ser servidas las primeras, ni señalen jamás la porción de comida que más apeteciesen; no beban mucho vino, no absorban hasta la última gota, pues esto no sólo las mostraría mal criadas, sino también asaz golosas; no hablen en voz baja con las personas vecinas en aire misterioso, ni demasiado fuerte, como si hablasen á sordos; límpiense los labios con la servilleta antes y después de haber bebido; y finalmente, hagan al menos la señal de la cruz antes y después de la comida, como dice el Catecismo de la doctrina cristiana, y esto sin temor de ser burladas de nadie; al contrario, con la persuasión de ser alabadas por todos, á lo menos en lo íntimo del corazón, aun de los más materialones.

La oración, en este caso, es un acto de obligada gratitud á Dios, tan generoso con nosotros; es un acto de justicia, por el cual el alma, antes de *conceder* al cuerpo lo que éste le pide, le muestra lo que ella es y debe ser, esto es, señora y patrona; es, finalmente una súplica á Dios para que bendiga la comida y la vuelva saludable, y bendiga también nuestra voluntad para que no se deje subyugar de la gula y para que esta acción animal sea de comer se ennoblezca, y se torne ella también meritoria para el Cielo.

La costumbre de orar antes y después de tomar alimento, es tan antigua como el mundo. «Comerás, dice el Señor, en la presencia del Señor Dios tuyo (*Dent. 14, 23*); cuando hubieres comido y te hubieres saciado, bendice al Señor Dios tuyo»:

cum comederis et satiatus fueris benedicas Domino Deo tuo (ibi 8, 10).

Nuestro Señor la consagró con su ejemplo, bendiciendo los panes en el desierto y diciendo el himno de gracias después de la Cena legal y de la Institución: *et hymno dicto, etc. (Matt. 26, 30)*. Y los primeros cristianos, imitando á Jesús, oraban antes y después de la comida, según nos asegura Tertuliano: *Oratio suspicatur et claudit cibum. (Apol. 3, 91)*.

Claro está que todas estas cosas deben practicarlas las alumnas, ya desde ahora que están en el colegio, y vosotras debéis darles lecciones prácticas á este propósito, con la palabra y con el ejemplo.

En cuanto á urbanidad, el Ven. D. Bosco fué siempre ejemplar con sus hijos. Nosotros lo vimos cenar por muchos años, ya en el Oratorio, ya en casa de sus bienhechores, que lo habían invitado para recibir de él, en cambio, el alimento del alma. Nunca empezaba á tomar boeado alguno, si los demás no le daban el ejemplo. Servíase frugalmente de cuanto le habían puesto por delante. Poquísimo vino le bastaba, y esto lo mezclaba con agua. Acababa antes que los otros; guardaba un respetuoso silencio, no interrumpiendo jamás á quien estuviese hablando. Mas, si alguien le interrogaba, con su amabilidad y alegría era el contento de los convidados. Tal fué vuestro fundador desde la niñez hasta la más avanzada edad. Imitad todas á un tan santo padre.

Es buena costumbre preguntarse á menudo,

mientras se come: ¿Cómo se portaría la Virgen Santísima en mi lugar?

5.º *Paseo.* Caminen en grupos, en cuanto sea posible; las mayores con las mayores; las medianas con las medianas; las pequeñas con las pequeñas. Nunca salgan de casa sin haber recitado el *Angele Dei*. Las más curiositas (que no suelen ser pocas), antes de salir deberían hacerse en los ojos una cruz con agua bendita, y rezar de todo corazón dos *Ave Marias* en honor de los ojos de la Virgen Santísima, á fin de que las preserve de la muerte espiritual que por los ojos entra.

¡No levanten la voz en la calle, y especialmente no miren acá y acullá, ni mucho menos fijen la vista en las personas, estatuas, estampas ú otros objetos peligrosos! Quien mira el sol de hito en hito, pierde la vista; y la que se detiene á mirar ciertas personas ó cosas peligrosas, pierde la vista del alma. ¡Ah, cuántas pobres educandas salieron á pasear cual blancas palomas, y regresaron á casa negros cuervos! ¡partieron corderillos, y tornaron lobos; ángeles, y volvieron demonios!

6.º Por eso es que yo nunca dejaré de recordar la obligación que tiene toda hermana y alumna, de avisar á las superiores, tocante á los peligros que se encuentran en ciertas calles, plazas, jardines, etc., á fin de que se pueda impedir el triunfo del demonio sobre las compactas filas de las pobres educandas. Y si el daño hubiera venido de la serpentina lengua de una escandalosa compañera, ¡recuerden todas, dice San Alfonso, que no son dignas de recibir la absolución sacramental

las que, conociendo al lobo escondido en el redil, no lo descubriesen inmediatamente á las superiores, á fin de que éstas puedan ahuyentarlo!

Dígase lo mismo de los escándalos dados ó recibidos entre las mismas paredes del colegio: en los patios, en los dormitorios, en las clases, donde quiera. Incúlquese siempre á todas el absoluto y grave deber que tienen de acusar á las personas *verdaderamente escandalosas*. ¡Mientras en vuestras casas no reine este *caritativo y santo* espionaje (que se supone hecho siempre por puro amor á Dios), los internados no serán casas de Dios, sino focos de desórdenes de toda especie!

Mas, al contrario, si se grita ¡*el fuego!* cuando apenas se distingue una chispa, entonces se llega á tiempo; todo está salvo. ¡Decidlo, pues, á todas, que en tales circunstancias hablen, avisen, griten fuerte, por amor de Dios!

7.º *En la Casa de Dios.* No es raro el caso de ver á algunas alumnas entrar á la Iglesia riendo, charlando ó pavoneándose, como acostumbra hacerlo en otros lugares.

Esto es del todo detestable. Decid á esas locuillas que el Señor no tiene necesidad de ellas en la Casa Santa.

Esas charlatanas, esas cabecitas ligeras y vanidosas son las mal educadísimas entre todas las mal educadas, precisamente porque faltan á la buena educación con el mismo Dios. *Intimidales* que cambien luego de conducta. Yo entraré en tu Casa, dice David, y poseído de tu santo temor, doblaré mis rodillas ante tu santo Templo. (*Salmo*

mientras se come: ¿Cómo se portaría la Virgen Santísima en mi lugar?

5.º *Paseo.* Caminen en grupos, en cuanto sea posible; las mayores con las mayores; las medianas con las medianas; las pequeñas con las pequeñas. Nunca salgan de casa sin haber recitado el *Angele Dei*. Las más curiositas (que no suelen ser pocas), antes de salir deberían hacerse en los ojos una cruz con agua bendita, y rezar de todo corazón dos *Ave Marias* en honor de los ojos de la Virgen Santísima, á fin de que las preserve de la muerte espiritual que por los ojos entra.

¡No levanten la voz en la calle, y especialmente no miren acá y acullá, ni mucho menos fijen la vista en las personas, estatuas, estampas ú otros objetos peligrosos! Quien mira el sol de hito en hito, pierde la vista; y la que se detiene á mirar ciertas personas ó cosas peligrosas, pierde la vista del alma. ¡Ah, cuántas pobres educandas salieron á pasear cual blancas palomas, y regresaron á casa negros cuervos! ¡partieron corderillos, y tornaron lobos; ángeles, y volvieron demonios!

6.º Por eso es que yo nunca dejaré de recordar la obligación que tiene toda hermana y alumna, de avisar á las superiores, tocante á los peligros que se encuentran en ciertas calles, plazas, jardines, etc., á fin de que se pueda impedir el triunfo del demonio sobre las compactas filas de las pobres educandas. Y si el daño hubiera venido de la serpentina lengua de una escandalosa compañera, ¡recuerden todas, dice San Alfonso, que no son dignas de recibir la absolución sacramental

las que, conociendo al lobo escondido en el redil, no lo descubriesen inmediatamente á las superiores, á fin de que éstas puedan ahnyentarlo!

Dígase lo mismo de los escándalos dados ó recibidos entre las mismas paredes del colegio: en los patios, en los dormitorios, en las clases, donde quiera. Incúlquese siempre á todas el absoluto y grave deber que tienen de acusar á las personas *verdaderamente escandalosas*. ¡Mientras en vuestras casas no reine este *caritativo y santo* espionaje (que se supone hecho siempre por puro amor á Dios), los internados no serán casas de Dios, sino focos de desórdenes de toda especie!

Mas, al contrario, si se grita *¡el fuego!* cuando apenas se distingue una chispa, entonces se llega á tiempo; todo está salvo. ¡Decidlo, pues, á todas, que en tales circunstancias hablen, avisen, griten fuerte, por amor de Dios!

7.º *En la Casa de Dios.* No es raro el caso de ver á algunas alumnas entrar á la Iglesia riendo, charlando ó pavoneándose, como acostumbra hacerlo en otros lugares.

Esto es del todo detestable. Decid á esas loquillas que el Señor no tiene necesidad de ellas en la Casa Santa.

Esas charlatanas, esas cabecitas ligeras y vanidosas son las mal educadísimas entre todas las mal educadas, precisamente porque faltan á la buena educación con el mismo Dios. *Intimadles* que cambien luego de conducta. Yo entraré en tu Casa, dice David, y poseído de tu santo temor, doblaré mis rodillas ante tu santo Templo. (*Salmo*

5, 8). Y Jacob, despertado del sueño, dijo: Verdaderamente que el Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía. Y todo despavorido, añadió: ¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la Casa de Dios, y la puerta del Cielo. (*Gen. 28, 16, 17*). Todas deben saber, perfectamente, el modo de portarse en la Casa del Señor. Apenas entradas en la Iglesia, santigüense con el agua bendita, y hagan la genuflexión tocando la tierra con la rodilla derecha. Llegadas á su lugar den una mirada al Santo Tabernáculo y hagan un acto de adoración, diciendo por ejemplo: *Sea alabado y agradecido en todo momento, etc. Gloria Patri et Filio, etc.*

Hecha la adoración, si aún no comenzó la función religiosa, pueden sentarse, leer algún libro de piedad, hacer la comunión espiritual, la meditación, rezar el Rosario, el Oficio, el Vía Crucis, rogar por los pobres difuntos, por sus padres, por sus propias necesidades personales, etc. Y apenas sale el Sacerdote, levántense en señal de respeto.

Si, cuando entran, la Misa estuviese en la elevación, se estarán de rodillas, con la cabeza inclinada, sin moverse, repitiendo entretanto jaculatorias al Santísimo; por ejemplo: ¡Jesús, por tí quiero vivir! ¡Jesús, por tí quiero morir! ¡Jesús, soy tuya en la vida y en la muerte! ¡Jesús mío, misericordia! ¡Jesús, séme clemente! ¡Quiero ser toda tuya! etc.

Acabada la elevación, van á su puesto, sin mirar acá y acullá, para saber quién está en la iglesia, qué cosa hace, cómo está vestido, etc. Acuérdense siempre de la intimación de San Pablo: *Mu-*

heres in ecclesiis taceant (1 ad Corint. 14, 31). Las mujeres estén en silencio en la iglesia. *Velet caput suum* (1 ad Corint. 11, 6): cada una vele su cabeza.

Taceant: hasta cuando rezan, no levantando demasiado la voz durante las oraciones particulares, de modo que distraigan la devoción de los demás que están en la iglesia.

Taceant: no diciendo jamás palabra alguna, que no sea del todo necesario decirse, en el lugar santo.

Taceant: especialmente no tosiendo, ni haciendo algún otro ruido en los momentos en que debe reinar absoluto silencio, como á la consagración de la Misa, en la Bendición, durante los sermones, etc.

El velo debe ser de tal materia y forma, que queden con él cubiertos los cabellos, y, por consiguiente, no se aprobarán las redecillas transparentes llevadas sobre el occipucio, como por adorno.

No os canséis jamás de repetir á vuestras educandas, que la Iglesia es casa de oración, y que por esto recen y recen bien. Recuerden que rezando hablan con el Eterno Dios, de quien tienen eternamente más necesidad que del pan cotidiano. ¡Que por caridad no hagan llorar á Jesús, el cual desde el Santo Tabernáculo se está fijando en ellas, con la mirada triste y el corazón hecho pedazos!

Os recomiendo también, que durante la misa *vele*, si no es por alguna verdadera necesidad, no dejen que vuestras alumnas se sienten. Quédense de rodillas durante todo el tiempo de la misa, poniéndose en pie sólo á los dos evangelios, según el

uso piamontés, que es también el uso prescrito por la Santa Madre Iglesia. — (Léanse las Rúbricas generales del Misal, párrafo XVII n.º 2).

La Misa es la renovación del sacrificio del Calvario. ¡Pero allá en la cruz, Jesús estuvo pendiente de los clavos sus muy largas tres horas! ¿Por qué no podremos estar nosotros de rodillas, siquiera una media horita?

Durante la Elevación miren á la Sagrada Hostia, diciendo con fe y devoción:—*¡Señor mío!* y *¡Dios mío!* no sin inclinar profundamente la cabeza antes y después. (Ephes. lit. ann. XXI, pág. 671 nov. 1907).

En tiempo de la misa solemne podrán tomar asiento cuando se sienta el clero.

Durante las *Vísperas*, se hincan al principio y durante la primera del *Veni Creator* y *Ave Maris Stella*; y se están de pie desde el *Deus in adiutorium* hasta que se haya entonado el primer Salmo, y al *Magnificat*; se sientan mientras se cantan los Salmos; en los demás tiempos es *ad libitum* el hincarse, sentarse ó estar en pie.

Durante la *Bendición* estarán siempre de rodillas, excepto el tiempo pascual durante la Antífona *Regina Coeli*, y desde el sábado por la tarde hasta todo el día del domingo durante el canto de las otras tres Antífonas mayores ó marianas: *Alma*, *Ave Regina* y *Salve Regina*.

8.º Con los ministros de Dios. Recordad á vuestras niñas cuanto habéis aprendido vosotras mismas, es decir, que de los Ministros de Dios no deben hablar, ó deben siempre hablar bien; pues,

al que los maltrata, es como si maltratase al mismo Dios. Pónganse de pie cuando éstos pasen por delante; dénde la parte cercana á la pared, ó bien la derecha, según el uso del país, cediéndoles siempre el paso más cómodo y seguro. Salúdenlos con el *¡Viva Jesús!* ó con el *Sea alabado Jesucristo*, ó bien haciéndoles inclinación con la cabeza. ¡Cuántas señoritas, educadas á la moda, faltan torpemente á esta rigurosa etiqueta!

En ciertas familias de América se ha introducido la costumbre de que, las señoras y señoritas, y hasta las niñas, no se pongan de pie cuando entra en su casa un Ministro de Dios. Que no se levanten cuando entran ciertos pisaverdes ó caballeritos, pase; esto lo exige la etiqueta; pero que las señoras católicas estén sentadas cuando se presenta un Ministro de Dios, oh, esto ninguna regla de educación cristiana lo permite; al contrario, la buena crianza quiere que todos, hombres y mujeres, matronas y niñas se levanten en pie; y si es persona calificada le besen la mano y le den el puesto de honor en la sala de visitas y en la mesa.

Delante del Obispo doblen la rodilla derecha, besando el sagrado anillo y pidiéndole la bendición, que es siempre un sacramental. La buena educación, fundada en nuestra santa religión, exige también que defiendan, tanto á esta misma religión como á sus sagrados ministros, de los insultos que les hiciesen gente sin fe, tanto más si tal cosa aconteciera en su mismo santuario doméstico.

Los Ministros de Dios son nuestros Padres es-

pirituales. Ahora bien, ¿qué hija no defendería su padre, si lo viese asaltado de los enemigos?

Maria Lazinska, reina de Francia, al oír á una dama de palacio, que hacía observaciones poco respetuosas acerca de una Pastoral del Arzobispo de París, le dijo rotundamente: Cuando se tiene gana de burlar, mi buena dama, conviene hechar mano de otros argumentos que no sean de religión.

—Es que yo no me estoy burlando—repuso la dama—sino que hablo lo que siento.

—Yo tampoco me burlo; y le digo á Vd. que debe de ser muy presuntuosa, si, en materia de Religión, se cree Vd. más ilustrada que el Arzobispo; ¡y es menester que Vd. me crea una imbécil, si en su concepto piensa que yo pueda preferir su juicio de Vd. al del Sr. Arzobispo!—Sobrado es decir que á esa dama no le volvieron ganas de repetir sus boberías.

Y á cuantas damas querían hacerse las doctoritas ó las despreocupadas, tocante á religión, la reina Lazinska solía apostrofarlas de este modo:—Cuando Dios ha hablado, el querer examinar es sacrilegio, y el dudar es apostasía. Creamos lo que la Iglesia cree, y recemos nuestro Rosario. Ordinariamente, en las disputas sobre el dogma, lo que se buscan son pretextos para dispensarse de la moral. Dan grima, esas mujeres que se dan ínfulas de doctoras, y entretanto con su conducta demuestran que han menester estudiar el catecismo.

Y una vez que una de esas sabiondas se atrevió á responderle en tono sentencioso: La fe, Majestad, es un don de Dios.—¡Muy bien que me la

se, contestó la reina, y lo que me hace temblar por Vd. es que este don de Dios no lo da sino á los humildes!

Y la hija de esta misma reina, la princesa María Luisa, que fué más tarde Sor Teresa de San Agustín, ahora Venerable, oyendo á una dama censurar la decoración de las Iglesias so pretexto de que «Dios es espíritu, y quiere ser adorado en espíritu y verdad» (*Joan. 4, 24*), replicó prontamente: «Dios es espíritu; pero era espíritu aún entonces cuando ordenó á Salomón la construcción de aquel templo tan famoso, que no tuvo igual nunca. Dios es espíritu, y nada más que espíritu; pero sabe muy bien que nosotros, miserables, constamos de alma y de cuerpo, y, de consiguiente, necesitamos un culto externo, tanto más estupendo cuanto más grande es Aquel á quien debemos elevarnos».

—Contesta al necio según su necedad merece, dice el Espíritu Santo, á fin de que no se crea él que es un sabio. (*Prov. 6, 5*).

Haced, empero, entender á vuestras alumnas, que muchas veces el arma más terrible de que podrán servirse en semejantes casos, será un serio y significativo silencio.

9.º *Con los propios padres.* Pórtense con ellos con el mayor respeto, obediencia y amor. Trátenlos (si aún es tiempo de corregirse) de *Usted*, no los tuteen; porque la experiencia ha demostrado que *en general* este modo de tratar no da buenos resultados. Acostúmbrense á considerar en el papá á un lugarteniente del buen Dios, y en la mamá á una representante de la misma Virgen María.

De esta manera la obediencia se hará no sólo fácil, sino también suave y alegre. Pidan continuamente por ellos, sobre todo cuando estuviesen enfermos corporal, ó, lo que es peor, espiritualmente. No se olviden de hacer la Santa Comunión en el día onomástico de papá y mamá.

No tomen parte en sus conversaciones si no son invitadas; no los interrumpan cuando hablan. Si ellos discuten con gente de afuera, no se presenten sin ser llamadas, y si, ya estando ahí, llegase algún extraño, retírense disimuladamente, siempre que la obediencia no las obligue á quedarse. En este caso no deberán tomar parte en la conversación sino cuando son interrogadas; y se estarán quietas, siempre cerca de su mamá.—*Más vale buen callar que mal hablar*—dice un proverbio. Este es el grado más sublime de la urbanidad y del decoro de una niña.

10.º *Con los superiores en general.* Delante de ellos, como también delante de las personas de otro sexo, tengan siempre la vista baja y modesta, no mirando de fijo ni los ojos, ni la cara de nadie. Hablando con ellos estén quietas, no haciendo ruido con las sillas, con los bancos, con los tacones de los zapatos, etc., ni jueguen con los dedos, estrujando el velo y los encajes de los vestidos, sacando las hojas de las plantas y de las flores, etc.; ni pronuncien el nombre de ellos sin hacerlo preceder del título que les conviene.

¡Cuidado con quejarse de ellos, ponerles apodos, reírse de sus modales, y lo que es peor, en recordarlos ó burlarlos de cualquier modo que sea!

A este propósito, con disgusto he notado que en la escena de algunos teatritos, donde se representaba, ya una clase, ya un colegio entero, se había enseñado, ó á lo menos tolerado, que para hacer resaltar más una acción, alguna niña hiciera las muecas por detrás de la supuesta maestra, sin que se le aplicase en seguida el debido correctivo ahí en la misma escena. Este es un grave defecto de educación que produce tristes consecuencias. Las niñas imitan con harta facilidad. Y yo he sabido más tarde que las mismas faltas de respeto, permitidas en las escenas del teatrito contra la fingida maestra, fueron luego reproducidas en muy amplia escala, en las escenas domésticas, contra la verdadera maestra y contra los otros superiores. ¡Aviso á quien le toca!

11.º *Con los iguales.* Sean siempre corteses con todas. Recuerden que las alumnas de un instituto son como hermanitas y deben reputar á honra el tratarse como á tales. ¡Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir las hermanas en mutua unión! (Ps. 132. 1). Ellas lo tienen todo en común: mesa, habitación, estudios, trabajo, juegos, recreo, funciones religiosas, penas, alegrías, etc.: es justo, de consiguiente, que tengan un corazón y un alma sola.

No susciten jamás cuestiones; no demuestren saberlo todo; no hablen de sí mismas y de lo que á ellas pertenece, si no es por necesidad y brevemente; no mientan ni exageren las cosas jamás; confabulando entre ellas, no hagan ademanes exagerados; no suelten fácilmente la carcajada; ni gri-

tos que tengan algo de salvaje; ni se acostumbren á hablar tan fuerte que ofendan los oídos ajenos.

Propongan firmemente de no decir, con las compañeras, palabras de doble sentido, ni adivinanzas maliciosas, ni tener conversaciones no del todo modestas, ni maldecir, murmurar ó hablar con poco respeto de nuestra santa Religión y de sus sagrados ministros. ¡Oh, muérdanse la lengua y escúpanla á pedazos, antes que emplearla tan desgraciadamente!

¡Será mucho mejor entrar mudas en el cielo que caer en el infierno, donde, en compañía de tantas lenguas enrojecidas y candentes, tendrán que blasfemar de todo y de todos, *per omnia saecula!*

12.º *Con los inferiores.* No hablen con altivez ni con desprecio; no los humillen, echándoles al rostro sus defectos, ni de ninguna manera los insulten jamás. Si el Señor nos tratase del modo que acostumbramos hacerlo con nuestros inferiores, ¡ay de nosotros! El que fuere misericordioso, encontrará misericordia.

Las niñas bien educadas son toda suavidad y delicadeza, aun con las inferiores. De aquí es que, si tienen necesidad de recibir algún servicio, no lo intiman diciendo: hazme esto, hazme aquello, sino más bien: hágame (ó hazme) el favor de... etcétera. ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!

Demuestren, en fin, vuestras educadas, ante la faz del mundo, que no tiene ningún fundamento la acusación lanzada á menudo contra los institutos católicos; es decir, que éstos desconfían las conve-

niencias sociales y todo elemento de urbanidad. Por el contrario, que todos deban, necesariamente, exclamar: ¡Dichosa la niña que tiene la suerte de ser educada por religiosas: ella es como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en el tiempo debido, y cuya hoja no caerá *nunca*, y cuanto ella hiciere tendrá prosperidad! (*Ps. 1, 8*).

Y á fin de que vuestra incesante labor en la educación de las niñas obtenga siempre mejores y más abundantes frutos, será menester que os ganéis de antemano la confianza de todas ellas: — «Ganad primeramente el corazón de los pueblos, escribía S. Francisco de Javier á sus colaboradores en las Indias, y haréis enseguida lo que quisiereis de sus almas».

¡Caridad, Hermanas, caridad!! Nunca esta virtud podrá ser reemplazada por el temor. ¡Reine, pues, el amor santo!

«Haceos amar más bien que temer», nos repetía siempre nuestro Venerable D. Bosco. El temor produce esclavos, mas la caridad forma hijos dóciles y devotos.

Claro está que la prudencia, de consuno con la caridad, levantará la voz todas las veces que en el extremo horizonte de vuestro corazón asome alguna natural simpatía, que pretende dispensar caricias, mimos, regalos, privilegios, etc., y os gritarán incesantemente: ¡Alerta, oh educatrices! ¡ni simpatías, ni antipatías! ¡A vuestras alumnas amadas en Dios y para Dios! ¡Nada de familiaridades que alteren el respeto que os es debido, que

ajan la modestia religiosa, suscitan afecciones har-
to humanas, y abren poco á poco la puerta á la
negra sensual amistad!

Procurad, sin embargo, de evitar el rigor y la
severidad excesiva, que cierran el corazón á esas
pobres alumnas, y las vuelven apocadas, irascibles,
vengativas. Si el Espíritu Santo ha dicho de no
ahorrar la vara cuando es tiempo (*Prov. 13, 24*),
no ha sido ciertamente con el fin de desautorizar
una educación dulce y paciente, sino tan solo para
condenar ciertos padres y superiores débiles é in-
considerados, quienes, con una falsa dulcedumbre,
estropean la educación de sus hijos y alumnos.

Una niña que obre, movida sólo por la imagi-
nación, al ver un *rigor continuado* se inclina, na-
turalmente, á creer que sus maestras le tienen aver-
sión, y, confundiendo las cosas, llega hasta á odiar
el estudio y la piedad, por la prevención que tie-
ne contra las que de esto le hablan. ¡Alerta, pues,
para evitar á todo trance la costumbre de peniten-
ciarlas al primer movimiento de impaciencia ó
desdén, ó mientras las niñas mismas están todavía
bajo la presión de la rabieta que las agita!

Finalmente la caridad, de acuerdo con la pru-
dencia, os sabrá trancar en los labios toda adula-
ción que estuviereis por hacer de vuestras alum-
nas, puesto que no hay medio más propio, para echar
á perder una buena niña, que el adularla. Ciertas
alumnas no recibieron en su casa sino incensacio-
nes y aplausos; no saben lo que es contradicción;
se creen que todo el mundo debe ocuparse de ellas;
se imaginan que cuanto ellas hacen ó dicen es ad-

mirable, extraordinario. Adular á esas cabecitas es
odiarlas, es darles un empujón para que se preci-
piten aún más abajo. ¿Qué hacer, pues?—Tomarse
cuidado de ellas sin dejar traslucir que se piense
mucho en sus personas; demostrarles que sólo por
amor de Dios y por la necesidad que ellas tienen
de ser bien enderezadas, no ya porque nos admi-
ren sus dotes, nos ocupamos de su conducta; y á
las que se creen sabias, hacerles á veces algunas
preguntas que las pongan en apuro, cuidando, em-
pero, de no humillarlas; antes bien animándolas
para que sigan adelante por la senda de la vir-
tud», etc.

DEO GRATIAS ET MARIE

CONFERENCIA XV

INSTRUCCIÓN RELIGIOSA

Erudierunt filiam suam secundum legem.

Instruyeron á su hija según su ley.

(Dan. 13, 3).

I. Es una verdad manifiesta, que si una niña es realmente buena, nada habrá mejor en este mundo: *bonis, nihil melius*; pero si por el contrario ella es mala, no habrá cosa peor: *malis, nihil pejus*.

Pero, para que una niña sea buena, es necesario primeramente que sea educada desde la infancia según la ley, es decir, en el amor hacia nuestra Religión Católica.

Dice la Sagrada Escritura que los padres de la casta Susana, que eran justos, habían instruído á su hija según la ley: *Parentes enim illius, cum essent iusti, erudierunt filiam suam secundum legem. (lib. cis).*

He aquí por qué la pequeña Susana resultó tan fuerte en la fe y en el amor santo, que, puesta en la dura prueba de ofender á su Dios, exclamó: Mejor es para mí el caer en vuestras manos sin cometer pecado, que el pecar en la presencia del Señor: *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini. (ibid. 13, 23).*

Y ya se encaminaba valerosamente á la muerte, cuando el joven profeta Daniel se levantó á librarla prodigiosamente.

Con la religión la mujer será un vaso de honor, pero sin ella sólo será un vaso de contumelia.

La historia está pronta á demostrar este aserto, y la experiencia nos repite constantemente la misma verdad.

Haced entender á vuestras niñas que una sociedad sin religión, es como si el universo no tuviera sol; es como un cuerpo sin alma, hediondo, repugnante, porque es todo gusanos y corrupción.

Enseñadles bien claramente, que si el hombre sin religión es cual un animal irracional, la mujer irreligiosa será el peor de todos los irracionales: *Peior omnium animalium*; no hay, ni puede haber un demonio más *diablo* que una mujer sin religión; que finalmente, si la religión es del todo necesaria á los hombres, lo es de un modo especial á las mujeres; porque es para ellas una gran defensa en su debilidad, un bálsamo suave en sus llagas; una amiga fiel que las consuela; una madre tierna que las abraza y acaricia.

II. Pero la religión no se puede amar y practicar sin conocerla. De aquí el empeño que debéis tener, oh hermanas, en instruir muy bien en la religión á vuestras discípulas. A la verdad, si la mujer practica la religión, pero sin instrucción y sólo por instinto, le mezclará mil caprichosas supersticiones, que la volverán ridícula delante de los hombres y manchada delante de Dios.

Por otra parte, vuestras alumnas deberán, probablemente, ser *maestras de religión* en la propia familia, comenzando, quizás, por su misuo padre ó hermanos, quienes, ¡ó habrán olvidado los misterios que la religión nos propone para creer, y los deberes que nos impone, ó quizá no los habrán aprendido nunca!

Si la irreligión, además de dominar entre los hombres, se posesionase también del alma y del corazón del sexo débil, entonces ¡ay de la familia! ¡ay de la sociedad!

De esta verdad estaba plenamente persuadido ese genio extraordinario de Napoleón I, quien, visitando el pensionado de *Ecouen*, dirigido por *Madame Campan*, y encontrando que el horario fijaba la Misa sólo para los domingos y los jueves, borró ese punto, y de su puño y letra escribió: *Misa, todos los días*. Y solía siempre decir: ¡Hacédmelas creyentes á las niñas y no charlatanas!

III. Pero baste de consideraciones; vengamos á la práctica.

Explicando el pequeño catecismo, que debe ser siempre vuestro más caro libro, recordaréis frecuentemente á las niñas que no basta creer, sino que es necesario obrar, y, por consiguiente, observar los Mandamientos. Pero éstos no se pueden observar sin la gracia que Dios nos da por medio de la oración y los Sacramentos; de consiguiente:

1.º *Oren y oren bien*. Por la mañana levántense pronto del lecho y con toda modestia, para

ofrecer las primicias del día al Señor con una mortificación, y no brindarlas al demonio con un acto de pereza.

Que hagan á menudo la señal de la cruz, y como la Virgen misma lo enseñó á la Bernardita de Lourdes, *rite pieque*, es decir: despacio, exactamente y con devoción, haciendo caso como si plantaran, dice San Francisco de Sales, el árbol de la cruz en el jardín de su corazón. Expliquenles cómo están compendiados en esta señal los misterios principales de nuestra santa religión; ni teman de hacérsela repetir todas las veces que no la hubiesen hecho como se debe.

Sólo cuando se ha hecho bien esta señal, con espíritu de piedad y devoción, atrae sobre nosotros las bendiciones de Dios y disipa las tentaciones del espíritu maligno. Se lucran 50 días de indulgencia cada vez: 100 días si se hace con agua bendita, con tal de que en ambos casos se añadan las palabras: En el nombre del Padre y del Hijo, etc. (*Pío IX, 27 de mayo de 1866*).

Acostúmbrenlas también á tener, durante las oraciones, las manos juntas, no demasiado levantadas que toquen la barba, ni demasiado bajas, sino precisamente delante del pecho, como siempre lo hacía nuestro don Bosco, quien en esa posición parecía decir al Señor: «Dios mío, ¿ves este corazón que tengo aquí apretado? es todo tuyo y lo será para siempre».

Sepan, además, vuestras discípulas, que cuando se van á postrar delante del Santísimo Sacramento, deben tratar á lo familiar con su Jesús, como

se hace entre hija y padre; y cuando oren delante de una cruz ó imagen bendita, se deben figurar que se ha establecido ahí como una especie de estación telefónico-divina entre esa imagen y el santo que está en el cielo, y que allí está sólo representado. De este modo será alimentada y tomará más incremento la fe y la piedad de vuestras alumnas.

Recomendadles también que nunca dejen las oraciones matutinas y vespertinas, llamadas *de la mamá*. Pero esta última palabra me hace recordar que no son pocas las niñas que no conocieron á su mamá, ó lo que es peor, si la tienen todavía, nunca fueron enseñadas por ella á rogar á su Dios. ¡Qué desgracia! A vosotras toca remediarla.

Fijad la atención en cuanto os voy á decir:

Quiere la Teología que el niño, llegado al uso de razón, haga actos de fe, esperanza y caridad, y esto, bajo culpa grave. Pero, ¿cómo los podrá hacer, si nadie se los ha enseñado? Que esto sea, pues, el primer combate que libraréis contra Satanás para arrancarle esas caras almas, si por desgracia se encontrasen ya en sus garras. Enseñadles esos *actos* lo más pronto posible.

Os recomiendo de un modo especial *el acto de caridad*.

Recuerden las niñas los principales beneficios que tuvieron del Creador, parangonándolos con los que recibieron de las criaturas: confronten la eternidad desde cuando Dios las ama, con los pocos años desde que son amadas de sus padres, etc., para exhalar luego, de sus pequeños corazones, un

acto de ardentísimo amor y de vivísimo reconocimiento.

Instruidlas desde su niñez sobre el modo de hacer frecuentes jaculatorias y la Comunión Espiritual. Pero enseñádselo todo prácticamente en cuanto sea posible, empezando por la señal de la cruz, y la inclinación de cabeza al pronunciar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, del Santísimo Sacramento y de María Santísima.

Decidles, con respecto á las jaculatorias: 1.º, que las pueden hacer á todas horas, aunque estén entre gentes, con tal que miren á Dios en su corazón; 2.º, que escojan las más indulgenciadas, y 3.º, que es más útil repetir cien veces una sola jaculatoria, que decir ciento de diversas clases una vez cada una. (*Sales*).

A las más grandecitas enseñaréis el modo de hacer la visita al Santísimo, estimulándolas á repetirla todos los días. Es cabalmente en la visita, que ellas gustarán las verdaderas delicias del alma; será entouces cuando tal vez sentirán la suave voz de Jesús que les repite al corazón: Escucha, oh hija mía, abandona el mundo y ven, que yo quiero hacerte mi esposa, feliz en el tiempo y en la eternidad.

La verdadera felicidad temporal consiste, precisamente, en buscar la eterna.

2.º Les inculcaréis muy especialmente el uso de la frecuente comunión, herencia especial que debe ser de las casas religiosas.

No os olvidéis de hablarles siempre de la Santa Misa, la cual vale tanto, cuanto la muerte

de Jesús, siendo la repetición del mismo sacrificio del Calvario. Ni el mismo Dios puede hacer que haya en el mundo una acción más grande que ésta. Exhortadlas, por este motivo, á oír muchas y con gran devoción. De este modo podrán, con facilidad, acumular muchos tesoros espirituales. A este objeto les haréis conocer, que si en los días festivos hay grave obligación de asistir á una Misa entera, no se debe decir lo mismo de las otras Misas. La esencia del sacrificio, dice San Alfonso, consiste en la Consagración y en la sunción (esta última es al menos como parte integrante), de modo que, uno que asista á estas dos partes de la Misa de un mismo sacerdote, puede decir con verdad que ha asistido al divino sacrificio. Pero, ¡cuántas almas, y algunas veces hasta religiosas, después de haber estado largo tiempo en la iglesia, salen de ahí cabalmente cuando ya el sacerdote está á punto de consumir la Hostia y el Vino consagrado! ¡Desgracia! Con uno ó dos minutos más que hubieran esperado, habrían tenido delante de Dios el mérito grandísimo de haber asistido á un sacrificio más.

3.º ¡A todas, además, grandes y pequeñas, hablad á menudo de María Santísima!—¡Amar á María Santísima y salvarse, es todo uno!—Pero, amar á María no es por cierto una señal de predestinación.—Repetidles con frecuencia que uno de los medios más eficaces para mantenerse puras, y, por ende, agradar á Dios, oír su voz, ver sus arcanos, y llegar después un día á contemplar su faz en la gloria eterna del cielo, es el de recitar

manana y tarde, con el rostro á tierra, tres *Ave-marias* á la Virgen Santísima y consagrarse del todo á Ella. ¡Oh, si todos los confesores y las maestras inculcaseu á sus hijas espirituales y á sus alumnas esta tan bella práctica, cuántas almas menos irían al infierno! (*San Alfonso de Ligorio*).

4.º Exhortadlas, finalmente, á que cada día hagan un poco de meditación y lectura espiritual, lo mismo que el examen de conciencia por la noche, enseñándoles el modo que expondré más abajo en otra conferencia; pero instad, especialmente, á que se busquen un buen Director espiritual. Al confesarse sean breves, pero nunca callen nada; porque, vergüenza es cometer los pecados, no ya confesarlos. Acérquense siempre al sacramento con fe, como si estuviesen delante de Jesús que les lava el alma con su propia Sangre. Fíjense bien que muchas de sus confesiones serán quizá malas por falta de dolor y de propósito: no olviden practicar exactamente los consejos del Confesor, y nunca hablen de las cosas de confesión, etc.

Haciendo todo esto, es decir, orando bien, y recibiendo á menudo y con devoción los Santos Sacramentos, ellas creerán más firmemente, practicarán con toda facilidad los mandamientos, y así se salvarán con seguridad.

IV. Además del pequeño catecismo, servirán aún para completar la instrucción religiosa de las alumnas, la Historia Sagrada, los cuatro Evangelios, los Hechos de los apóstoles y sus Epístolas, el Compendio de *Historia Eclesiástica* y el Ca-

tólico en el siglo *por don Bosco*, la Religión demostrada *por Balmes*, los aureos libros de San Alfonso, de San Francisco de Sales, etc.

Recomiendo, de un modo especial para la moral, la parte 1.^a de la *Juventud instruida* de nuestro don Bosco, que todas las niñas deberían aprender de memoria.

Este libro ya ha salvado más almas que letras contiene. ¡Debe de haber sido un ángel del Cielo que se lo dictó á nuestro Venerable Padre!

¡Hacedlas vuestras también vosotras esas páginas de oro!

Por ellas aprenderéis á recomendar con ansia materna á vuestras alumnas el evitar las malas compañías, las cuales son peores que todos los demonios del infierno unidos en contra nuestra; y el aborrecimiento por las malas lecturas, como las que dan á menudo muerte al alma, y hasta al cuerpo. En efecto, muchas niñas, especialmente aquí en América, se han suicidado á causa de tales lecturas.

¡Desgraciadas!... En su magín calenturiento, ellas hubieran querido ser como esas protagonistas imaginarias, tan al vivo pintadas en esas malditas novelas; es decir, ser admiradas, incensadas, adoradas por todos, y no teniendo valor para bajar de la cumbre de ese heroísmo imaginario hasta los humildes tragines y quehaceres domésticos, acudieron al veneno, al revólver, etc... ¡para que el mundo se ocupara de ellas, siquiera pintando con colores vivos su trágica muerte en las columnas de los periódicos! ¿Puede haber locura más satáni-

ca? Bien dijo un gran pensador católico, que si el diablo pudiera encarnarse, lo verificaría en un péximo libro. Los libros malos son como esos pantanos péfidos del Brasil, del Ecuador, y demás regiones de la zona tórrida, que, cubriéndose poco á poco de despojos vegetales y de tierra arremolinada por el viento, se tornan cual verdes y floridas praderas encantadoras. Los animales incantos, y á veces hasta los pobres viajeros, se avanzan con paso seguro sobre aquella engañosa superficie, y se hunden miserablemente, y son destruidos por el feto caimán, allá dentro escondido. ¡Oh Hermanas! tened piedad del alma de vuestras pobres niñas, y arrancándoles de las manos esos libros intoxicados, aconsejadles á que imiten á las primorosamente educadas, quienes poseen su pequeña, pero selecta biblioteca religiosa, cual arsenal espiritual, provisto de armas bien templadas para la defensa del alma en este triste mundazo, que especialmente para las niñas es una batalla continua.

Y cuando asomare la amarillenta cara de la muerte, acudan á la *Filotea* de San Francisco de Sales, y se dispararán los nubarrones como al despuntar del sol. Y si el orgullo quisiere cegarlas, abran la *Imitación de Cristo*, que les pondrá de relieve su propia miseria para que se humillen. Al sobrevenir de los escrúpulos lean el *Combate espiritual* por Scupoli. En las arremetidas del desaliento, oigan qué les dice San Alfonso en su *Conformidad con la voluntad de Dios*. Y si la cabeza les llenara de ilusiones, y el corazón de locos y peligrosos amores terrenales, mediten seria-

mente en la *Preparación para la muerte*, del mismo autor. Cuando estuviesen agobiadas por sufrimientos físicos ó morales, exgracia, abandonos, calumnias, etc., mediten la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Hallándose inquietas por su porvenir, el *Tratado de la perfección* por Rodríguez y cien otros, les dirán al corazón: Mira que Dios es tu Padre, El, que piensa para proveer hasta á las aves del Cielo y á los lirios del campo, ¿cómo no ha de proveerte á tí, que eres su hija. En el *Año Cristiano*, hallarán una magnífica y castísima galería de pinturas divinas; y podrá escoger el modelo que mejor les convenga, pues si las palabras mueren, los ejemplos arrastran, etc.

Un buen libro es un don del Cielo. El nunca causa de aconsejarnos, nos dice la gran verdad sin miedo y sin cambiar de color; no nos abandona y no lo abandonamos; y nadie puede darse por ofendido con sus palabras, porque las dice en nombre de Dios.

No os olvidéis tampoco de enseñarles á escribir cartas, no de un modo pagano, sino cristiano. Las cartas de los cristianos deben comenzar y terminar con el augusto nombre de Dios, como enseñaba San Pablo. Este apóstol no empezaba ninguna de sus epístolas sin indicar que deseaba la gracia y la paz del Señor al individuo ó á las personas á quienes las dirigía, y concluía más ó menos en los mismos términos. Pero todo esto se inculcará más con el ejemplo que con las palabras.

En estos tiempos en que la fe está amortiguada, se conserva aún aquí en América el uso de termi-

nar las comunicaciones oficiales con las palabras *Dios guarde á Ud., el Señor (lo ó la) conserve*. Ahora bien, ¿cómo no ha de causar desconsuelo el recibir cartas ó cartolinas de educandas y hasta de religiosas, en las cuales no se muestra ni una expresión siquiera que indique vida cristiana?..

¡Que el padre de la juventud, quien pasó toda su larga vida catequizando á los niños, nos pueda ver un día á su alrededor, maestros y discípulos, haciéndole escogida corona en el Paraíso!

Fiat! Fiat!

DEO GRATIAS ET MARIAE